JANET & ISAAC ASIMOV

# NORBY



## NORBY REGRESA A LA TIERRA

Lectulandia

Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero está dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no sólo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez. Norby es, a su manera, el autorretrato más logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov. Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Sólo este segundamano sabe cómo mover las piezas y las mueve.

Isaac Asimov & Janet Asimov

# Norby regresa a la Tierra

## Las crónicas de Norby - 7

**ePub r1.0**
**Titivillus** 28-05-2026

Isaac Asimov & Janet Asimov, 1986
Traducción: Liliana Piastra Foschini

Editor digital: Titivillus

Digitalización y OCR para Epublibre

Colaboración: libro editado gracias al material aportado por digitalizadores amigos de Epublibre

Primera edición en Epublibre, 28-05-2026
ePub base r2.1

*Al planeta Tierra*
*El primero y, hasta ahora, nuestro único hogar.*
*Ojalá los humanos lo cuiden mejor.*

# 1. Crisis en casa

IMPULSADO por su antigravedad, Norby se balanceó ante su terminal de ordenador y dedicó unos parpadeos de falsa inocencia a su propietario.

—Jeff, ¿te importarla si me dedico a hacer un poco de investigación para mi biografía de MacGillicuddy? Es importante.

—Sí, claro —dijo Jefferson Wells con aire ausente y los ojos fijos en su ordenador—. Pero hazlo con el mayor silencio posible. Me he prometido a mí mismo que me pasaría esta semana de fiesta trimestral dándole duro al estudio.

—Nadie ha oído hablar del genio que me reconstruyó con componentes terrícolas y alienígenas —comentó Norby—. Debería ser inmortalizado. Tendría que ser famoso. Habría que erigirle una estatua…

—Claro, claro… —murmuró Jeff.

—En la Tierra.

—Uuuh…

—En el Parque Central.

—Buena idea, pero necesito tranquil…

—Y tengo que ir a la Tierra a investigar. Ahora.

—Norby, vamos a pasar esta semana aquí, en la Academia Espacial. Y no se hable más —Jeff se peinó sus rizos castaños con los dedos pensando que ojalá no tuviera que vérselas con las ecuaciones de dinámica espacial.

—Podría saltar a la Tierra por el hiperespacio, efectuar mi investigación y estar de vuelta antes que empiece tu próximo trimestre.

Norby juntó las manos de doble palma sobre el plateado metal de su cuerpo en forma de bidón. Bajo el ala de su sombrero cónico, su cabeza se hundió en el interior del bidón de manera que sólo quedaron fuera las dos

mitades superiores de sus ojos. Era la misma estampa de un robot necesitado de piedad y compasión.

—¿Por que no haces la investigación en la biblioteca del Comando Espacial? El almirante Yobo te dará permiso a condición de que le promesas no conectarte con el ordenador de la cocina y estropearle sus comidas. Ya sabes lo importantes que son para él.

—Ya he explorado la biblioteca del Comando Espacial sin el permiso del almirante y no hay nada sobre Mac.

—El Comando Espacial está conectado con todas las bibliotecas de la Federación…

—No todas. Incluso desde que Manhattan intentó ser la única nación independiente en el seno de la Federación Terrícola, sus bancos de datos han quedado tan enredados que algunos de ellos incluso constituyen un sistema aparte. Además, quiero entrevistarme con su familia, esa gente horrible que me vendió a aquella tienda horrorosa de venta de robots usados donde me compraste.

—De acuerdo, Norby. Imagino que deberías ir, pero tengo entendido que te adquirí como robot-maestro. ¿Acaso no me vas a ayudar a aprender esta maldita dinámica espacial?

—Te costaría mucho menos de una semana de estudio si me permitieras enseñarte mentalmente, Jeff.

Su dueño gruñó:

—¡Oh, no! La última vez que me enseñaste por telepatía no aprendí nada del examen y, en cambio, llenaste mi mente con las ciento diecisiete recetas de la peor especie de comistrajos que nos dan en el Comando Espacial. Norby, ¿cómo es posible que te interese tanto la comida si tú no puedes comer?

—Todas las recetas tienen unas leves diferencias muy extrañas, muy interesantes desde el punto de vista de las permutaciones matemáticas. Lo siento si te organicé un lío, Jeff.

—Tuve que estudiar como un loco en el último minuto.

—Pero aprobaste el examen. Siempre lo consigues cuando te esfuerzas, incluso sin ayuda. Estoy orgulloso de ti, Jeff. No necesitas tanto tiempo como una semana para estudiar. Ven a la Tierra conmigo.

—¡No! ¡La dinámica espacial es demasiado difícil!

—Quizá lo que pasa es que no quieres venir conmigo a la Tierra para mi investigación porque tienes celos de Mac, un pobre y anciano robotista

espacial al que deberían honrar…

—¿Por haberte creado a ti?

—Yo soy único. No es culpa mía si, de vez en cuando, cometo ligeros errores porque la mezcla de mis componentes terrícolas y espaciales no trabaja con la perfección deseada —se lamentó Norby que parecía a punto de soltar un torrente de lágrimas de aceite en el caso que Mac lo hubiera hecho posible—. No hay otro robot en toda la Federación con mis capacidades y nunca habrá otro igual. No se me aprecia.

—Norby, yo te aprecio y lo sabes. Imagino que las computadoras de la Academia también pueden ayudarme a aprender dinámica espacial, pero sólo tú puedes ser mi amigo.

—Gracias Jeff. Aprenderé dinámica espacial y te la enseñaré antes de que vayamos a la Tierra… quizá mañana.

Jeff continuó estudiando. Por fin reinaba la tranquilidad en su habitación del Comando Espacial que contenía una cama de campaña, un armario, una mesa, una silla y dos terminales de ordenador. En las paredes pintadas de verde pálido, había dos holofotografías. Una era de los padres de Jeff, que habían muerto en un accidente espacial cinco años antes, cuando él sólo tenía diez; la otra holofotografía era el rostro atractivo y de sonrisa picaresca del hermano de Jeff, de veinticinco años, Farley Gordon Wells, llamado «Fargo» en recuerdo de un remoto antecesor que había conseguido el oro de un banco, la hija de un *sheriff* y un traje de plumas y alquitrán mientras huía por Dakota del Norte.

—Terrible, terrible —murmuró Norby borrando una frase.

—¿Qué es terrible? —preguntó involuntariamente Jeff antes de darse cuenta de las consecuencias de iniciar otra conversación.

—Vender un robot de mi talento. Desde luego, si en aquella época yo hubiera sabido que lo tenía, me hubiera escapado de la tienda de robots usados antes de que su propietario me metiera en la caja éxtasitransparente.

—Si te hubieras escapado no hubieras estado en la tienda cuando yo entré a comprar.

—Cierto. Y me alegro de que me compraras, Jeff, porque la mayoría de los seres humanos me hubieran desmontado para averiguar cómo hacer otros robots como yo, sin darse cuenta de que yo estoy hecho con un metal alienígena, un metal tan raro que, cuando tú y yo lo encontramos en otro universo y tuvimos que llevarlo al futuro…

—La verdad es que hemos corrido grandes aventuras los dos juntos —comentó Jeff recostándose en la silla—. Hemos ido por el tiempo y el espacio gracias a tus talentos especiales, pero creo que será mejor que no escribas nada de esto ni de nuestras aventuras si quieres continuar siendo *mi* Norby. Fargo, Albany Jones, el almirante Yobo y yo somos los únicos terrícolas que lo sabemos y mantendremos el secreto.

—En ese caso, me limitaré a escribir que, gracias a mis maravillosas capacidades de miniantigravedad e hiperviaje, la Federación Terrícola ha podido inventar su propia versión… muy deficiente, claro. Extraordinariamente deficiente. Nunca podrán viajar en el tiempo ni tener telepatía como yo.

—Creo que será mejor que siga estudiando, Norby.

—¡Cadete! —gritó una profunda voz de bajo.

Jeff casi se cayó de la silla a causa del movimiento precipitado que hizo para ver quien había entrado, pero la puerta estaba cerrada y en la habitación no había nadie.

—¡Cadete, haz el favor de mirarme cuando te hablo!

En la pantalla del ordenador, en lugar de las ecuaciones de dinámica espacial, había aparecido la calva y maciza cabeza oscura de Boris Yobo, el jefe del Comando Espacial.

—Te llamo por mi línea privada —explicó—. Es la manera más rápida de comunicarme contigo, digamos en persona. Acaba de llamarme Leo Jones. ¿Recuerdas? El padre de Albany y alcalde de Manhattan, del sector de Estados Unidos de la Federación Terrícola.

Jeff reprimió una sonrisa. Los personajes importantes de Marte, como Boris Yobo, siempre adoptaban un tono condescendiente cuando hablaban del hogar primigenio de la humanidad, la Tierra.

—Lo recuerdo, señor.

—No te pongas nervioso, Jeff, pero Leo dice que sería mejor que volvieras a casa enseguida. Fargo ha tenido un accidente y hay una especie de crisis…

—¿Qué ha sucedido? —exclamó Jeff—. ¿Está en peligro? Qué…

—¡Adiós, almirante! —gritó Norby, asiendo la mano de Jeff—. ¡Nos vamos a la Tierra!

—Pero tengo un billete del transportador para cada uno de vosotros…

El rostro del almirante y todo lo demás desapareció antes de que Jeff tuviera tiempo de oponerse a la rápida decisión de Norby.

El vacío gris los envolvía. A pesar de las veces que había estado en el hiperespacio, Jeff sentía el estómago encogido porque sabía que fuera de la burbuja protectora personal de Norby sólo había la nada, letal para cualquier forma de vida biológica. Aunque en el interior de la burbuja de Norby podía respirar el oxígeno que ésta contenía, la cantidad era limitada. Gracias a la mordedura del dragón del lejano planeta de Jamia, Jeff podía hablar telepáticamente con Norby.

—«Deberías haber esperado, Norby. Ahora no sabemos donde está Fargo».

—«Puedo conectarme con él, no tan bien como contigo, pero lo encontraré. En situaciones de tensión emocional, mis circuitos emotivos aumentan el rendimiento de mi maquinaria interna y puedo hacer maravillas. Verás».

—«Por favor, no te equivoques esta vez, Norby. Quiero llegar a donde se halle Fargo “en esta época”, no en el pasado cuando aún era un niño antes de nacer yo, ni en el futuro».

—«No te preocupes, Jeff. Soy muy eficiente. Mi hiperviaje nos llevará con mucha mayor rapidez a la Tierra que si hubiéramos usado el transportador orbital de Marte del Comando Espacial. Estoy usando el hiperespacio a cero en un punto del espacio normal que corresponderá al micro-segundo exacto de cuando nos hemos ido».

La masa amorfa y gris del hiperespacio desapareció y se hallaron en el espacio normal ante el paisaje más árido y desolado que Jeff había visto nunca. A través de un valle yermo, se veía una cadena montañosa, igualmente desprovista de vegetación, bombardeada por una espantosa tormenta eléctrica que bajaba de una masa tan espesa de nubes negras que era imposible calcular en qué hora del día se encontraban.

Todavía estaba dentro de la burbuja protectora de Norby, pero a pesar de ello, Jeff sentía un calor muy intenso. De la tormenta caían rayos sin cesar, no se veía ni una gota de lluvia y, por doquier, los colores de las cosas estaban cambiados.

—¡Arriba! —exclamó Norby. El paisaje se desvaneció y volvieron al hiperespacio.

—«¡Norby, creía que habías prometido no volver a viajar en el tiempo! Ésa no era la Tierra de nuestro tiempo. No había vida y dentro de tu burbuja hacía mucho calor».

—«Lo siento, Jeff. Me he esforzado tanto en no viajar en el tiempo, que me he descuidado un tanto en lo relativo al espacio».

—«¿Qué espacio? ¿Dónde estábamos?».

—«En el planeta Venus. He pasado un poco de largo de la Tierra…».

—«¿Un poco?».

—«Lo intentaré otra vez, Jeff. Resulta duro ser un robot con circuitos emotivos. Ha salido con demasiadas prisas del Comando Espacial porque Fargo nos necesitaba, pero esta vez seré más preciso».

—«¡Mejor será!».

—Vamos, Jeff ¡A casa!

Las últimas palabras de Norby dichas en voz alta coincidieron con el momento justo en que Jeff aterrizó tan duramente contra un suelo enmoquetado que, por unos instantes, se quedó sin respiración.

Delante de los ojos de Jeff había un par de voluminosas botas de plástico conectadas por un cordón a un enchufe de la pared.

El par de piernas metidas dentro de las botas pertenecían a Fargo.

# 2. En la tierra

DE RODILLAS para arriba, las piernas de Fargo parecían en buen estado. Su sección corporal media también estaba bien, en especial teniendo en cuenta que la rodeaban los brazos de la policía más bonita de Manhattan, Albany Jones. El resto de Fargo aparecía asimismo intacto mientras miraba a su hermano con su acostumbrada expresión burlona.

—Podías haber llamado —se limitó a comentar.

—¿Estás malherido? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Jeff respirando entrecortadamente. Le aliviaba ver que Fargo no estaba en el hospital sino en la sala de estar de su apartamento de la Quinta Avenida.

En aquel momento la puerta de la cocina se abrió de par en par y un hombre alto, robusto, de mediana edad, dio un salto en dirección a Jeff.

—¡Hola, Jeff! —exclamó. Tenía una mata espesa de pelo rubio que le daba todo el aspecto de un león benevolente—. No te he oído llamar a la puerta. Imagino que tienes una llave.

—Yo soy la llave —intervino Norby ayudando a Jeff a ponerse en pie.

—Fargo —dijo Jeff—, el almirante Yobo me ha dicho que aquí había una especie de crisis.

—No precisamente, no precisamente… —tronó Leo—. Parece ser que Fargo está convencido que sólo tú eres capaz de cuidarle adecuadamente, dado que mi hija ha de asistir a esa reunión especial de la Federación. Boris Yobo insistió en que vinieras como suplente. ¿No te ha contado el estado de Fargo?

—No le dimos oportunidad —respondió Jeff mirando ceñudo a Norby—. ¿Es muy grave tu herida, Fargo?

—La herida ha sido profunda, pero no grave —explicó Fargo.

—¿Profunda?

—Se refiere —intervino Albany— a que no está malherido, sino impedido y que necesita tu ayuda.

—Mucho, hermano —añadió Fargo—. Mucho.

Jeff se secó la frente.

—¿Se trata… de una misión secreta para Yobo? ¿Necesitas que te ayude a acabarla?

—No exactamente —dijo Fargo mientras un leve rubor le subía hasta la raíz de su pelo negro rizado—. Se trata de ese maldito tropezón…

—Tropezón es la palabra exacta —añadió Albany con una sonrisa dedicada a Jeff—. Pero le ocurrió con las palomas.

—¿Palomas? ¿Qué palomas? —repitió Jeff—. ¿Las que hacen de señuelo o las mujeres bonitas?

—¡Con plumas! —aclaró Fargo en tono renuente—. Sugiero que dejemos el tema.

—Alcalde Jones —dijo Jeff apretando los dientes—, me gustaría oír toda la historia y estoy seguro que usted me la contará.

A Leo Jones, como a la mayoría de los alcaldes, le gustaba hablar.

—Jeff, muchacho, tu hermano mayor, pero no más juicioso, estaba en el Parque Central con mi hija que suele llevar una pistola que aturde y que es de lo más eficaz combatiendo el delito, pero que aquel día iba como civil a causa de una actividad a la cual habían tenido la debilidad de ceder.

—¿Actividad? ¿Debilidad?

Aquella vez fue Albany la que enrojeció ligeramente.

—Aquí estamos en pleno invierno, Jeff. Fuimos a patinar sobre hielo, al aire libre.

—*Fuimos*. Yo también —aclaró Leo Jones con un guiño—. Por una vez Albany y Fargo iban debidamente escoltados. Entonces apareció aquel taxi con ventanas polarizadas, ésas que no dejan ver a los que van dentro.

—Creía que a los taxis aéreos les estaba prohibido pasar por los alrededores del parque.

—Excepto cuando se les llama para una emergencia —aclaró Albany—. Normalmente, los pasajeros han de bajar a tierra fuera del parque y entrar a pie en él.

—Exacto —dijo Leo—. De todas maneras, el taxi apareció, bajó en picado hacia la pista de patinaje y disparó contra dos robots de mantenimiento que se pararon en seco hasta que a alguien se le ocurrió

apretar el botón de «puesta en marcha» y reemprendieron el trabajo como si nada. Son máquinas estúpidas, pequeñas como Norby.

—Yo soy pequeño, pero no estúpido —protestó Norby—. ¿Qué pasó con el taxi?

—Se dio a la fuga y Fargo lo persiguió.

Jeff miró a su hermano.

—¡Nadie puede atrapar un taxi!

—Éste —repuso Fargo con un bostezo— era tan viejo que se movía con lentitud y tenía dificultades para elevarse. Estaba seguro de que podría detenerlo y ver quien viajaba dentro.

—Ha habido diversos accidentes de máquinas pequeñas atacadas por algún idiota que viaja en un taxi —explicó Albany—. Como ninguna de las máquinas ha resultado dañada de forma permanente, no han llamado a la policía, pero esta vez se transgredieron las leyes del parque. Me aprendí de memoria la placa del taxi, pero, cuando lo hallamos horas más tarde, habían borrado el registro del viaje del diminuto ordenador que lleva incorporado como cerebro.

—Pero ¿cómo se accidentó Fargo? ¿Qué hizo el taxi?

—Nada. Sencillamente tropecé…

—Con una paloma gordita —concluyó Leo.

—A la paloma no le pasó nada —declaró Fargo en tono frío—. Pero yo me torcí los dos tobillos. Eso es peor que si me los hubiera roto, un accidente que puede curarse electrónicamente en un día o dos. Pero las torceduras requieren baños electrónicos durante al menos una semana, de manera que me encuentro atado, sentado ante estas malditas botas y desplazándome por la casa con la silla de ruedas eléctrica. Me niego a que me vean en público metido en este trasto.

—¿Y ésa es la crisis? —exclamó Jeff—. ¿Sólo porque te has torcido los tobillos he tenido que dejar mis estudios en la Academia Espacial porque Albany no puede cuidarte?

—Si tienes que estudiar, Jeff, deberías volver. Yo puedo encargarme de tu solitario hermano —se ofreció Leo.

Mientras Leo hablaba, Fargo tocó la mano de Jeff estableciendo contacto telepático.

—«Sálvame, Jeff. Me cae bien Leo pero es un político e insiste en entretenerme cuando lo único que yo quiero es quedarme solo para trabajar en la Gran Novela de la Federación que siempre he tenido ganas

de escribir, pero que nunca he podido por falta de tiempo. Ahora dispongo de mucho y, si tú no te quedas, lo hará Leo».

Jeff suspiró y sonrió al alcalde Jones.

—Me quedaré con mi hermano. Puedo estudiar aquí y además Norby ha de efectuar una investigación.

—¿Puedo usar los bancos de datos de la Mansión Gracie? —solicitó Norby.

—Ciertamente, claro, Venid a comer mañana. Norby podrá bajar al sótano donde tenemos las computadoras mientras tú y yo, Jeff, comemos. Estaré en mi despacho, a menos que tengamos otro de estos robos en las tiendas de ordenadores que recientemente han empezado a producirse.

—No me gusta la gente que dispara contra los robots o roba piezas de ordenador —declaró Norby.

—Nadie te robará a ti, Norby —aseguró Leo—. Eres demasiado listo. Ahora, Albany, querida, has de hacer tu maleta para reunirte con Boris.

—Sospecho que fue Boris el que colocó aquella paloma en el parque para tener a Albany a su lado en lugar de a mí —rezongó Fargo.

Se produjeron mutuos adioses entre los presentes, con la particularidad de que el intercambiado entre Fargo y Albany duró mucho más que los otros, pero, al fin, los Jones se fueron.

—¡Al fin sólo con mi novela! —exclamó Fargo—. O pronto lo estaré, así que Norby me desenchufe las botas y me ayude a sentarme en la silla de ruedas eléctrica. Una vez en mi habitación podría empezar con un relato emocionante sobre unos ladrones que roban pequeños robots…

—No —dijo Norby mientras se elevaba con su antigravedad y depositaba a Fargo en la silla.

—¿Quiere eso decir que Norby sólo aparecerá en el primer capítulo de la Gran Novela de la Federación? —preguntó Jeff.

—Un gran historiador ha de empezar por alguna parte —declaró Fargo—. Ah, y mientras tú estudias, Norby podría ir de un salto a Jamia y traerme a Ula. Un artista creativo necesita la compañía de un cachorrillo peludo, aún cuando sea verde.

El animalito «multiformas» había ido a visitar a su madre al planeta Jamia y, desde que la nave experimental del almirante Yobo se había estrellado, sólo Norby podía ir y volver del planeta de los robots Mentores, los constructores de los componentes alienígenas de su maquinaria.

—Todavía tardará una semana en volver —repuso Jeff—. El Mentor Primero podría enojarse. Norby la traerá a su debido tiempo, que será cuando yo haya acabado de estudiar.

—Para entonces ya tendré los tobillos curados y Albany habrá vuelto —protestó Fargo.

—Yo iré a Jamia dentro de dos días, Fargo —dijo Norby—. He de hablar con el Mentor Primero acerca de la biografía que escribo. Si él no hubiera enviado mi otro yo alienígena a rescatar aquella nave enviada por los Otros, no me hubiera estrellado en aquel asteroide y Mac no me hubiese encontrado ni restituido. El Mentor Primero y Mac son como dos padres para mí.



—Norby está escribiendo una biografía de MacGillicuddy —aclaró Jeff a Fargo—. Aunque, para ser más exactos, creo que la biografía será la de Norby.

—Me parece que sí —comentó Fargo que salió zumbando hacia su habitación a bordo de su silla de ruedas.

—Ahora, Norby —advirtió Jeff en tono firme—, voy a la cocina a prepararme un bocadillo. Y me lo voy a comer. Después iré a mi habitación a «estudiar». Y no quiero que me molesten. Mañana he de comer con el alcalde Jones y tú mientras tanto podrás hacer tu investigación.

—De acuerdo, Jeff.

El bocadillo de mantequilla de cacahuete era delicioso y Jeff lo estaba redondeando con un zumo de frutas cuando Norby se precipitó en la cocina.

—¡Jeff, al taxi le habían borrado unos circuitos de su memoria! ¿Y si un día me tropiezo con uno de esos individuos que quiere borrar los circuitos de la mía?

—Tu memoria es demasiado complicada para dañarla así como así —le tranquilizó Jeff, aunque añadió en silencio: «Espero»—. Si te dañan hiperviajaremos a Jamia para que el Mentor Primero te repare. Mientras tanto, hasta que la policía no haya apresado al malhechor, andaremos con cuidado.

—Lamento mucho haber venido a la Tierra para investigar los datos sobre Mac. Ojalá nos hubiéramos quedado en la Academia Espacial a salvo en la órbita de Marte.

—Hemos sorteado situaciones mucho más peligrosas, Norby. Mientras estemos en Manhattan efectuarás tus investigaciones y escribirás y yo estudiaré. No resultará muy emocionante, pero esta vez, en la Tierra, eso será lo que hagamos.

—En la Tierra —repitió lentamente Norby—, siento que mis circuitos se estremecen.

# 3. La Mansión Gracie

NORBY y Jeff subieron los peldaños del amplio porche de la Mansión Gracie. A Jeff le ardía el rostro a causa del vuelo veloz con que su robot le había trasladado desde el apartamento de los Wells.

—La próxima vez quizá será mejor que vengamos en taxi —dijo Jeff—. Me había olvidado de lo fríos que son los inviernos, aunque no lamento que la eterna crisis financiera de la ciudad le impida tener una cúpula climatizada.

—No tomaremos ningún taxi —declaró Norby—. Los taxis son peligrosos, especialmente si alguien persuade a alguno de ellos a transgredir las leyes y va al parque para estropear algunos pobres robots. Deberías estar muy agradecido que yo posea mi antigravedad y mi sistema de propulsión para ir a donde quieras.

El alcalde se retrasaba porque la reunión con los concejales se había prolongado más de la cuenta, de manera que Norby bajó sólo al sótano de las computadoras mientras soltaba unas risitas después de leer la nota que el alcalde le había dejado: «Si organizas un lío en mis computadoras, ordenaré que te desmonten y usaré tu barril para guardar jalea de habichuelas».

Jeff se sentó en el vestíbulo principal admirando el suelo imitación mármol, la curvada escalera que llevaba a los pisos superiores, la chimenea con su tablero de madera tallada y las dos columnas salomónicas que la encuadraban. Por las ventanas se veía el jardín helado que descendía en terrazas por la suave pendiente de la colina hasta el estuario salado, más conocido como East River, en cuya parte alta se hallaba la Puerta del Infierno, la zona de aguas turbulentas cuyo nombre derivaba en realidad de la palabra holandesa *hellesgarten*, que significa «paisaje

hermoso». Mientras Jeff intentaba imaginar cómo debía ser Manhattan en los tiempos primitivos, cuando llegaron los holandeses, advirtió que el cielo se ponía de color gris plomizo. Estaba a punto de nevar.

Mientras esperaba, terminaba entonces una de las visitas con guía al edificio. La gente se puso sus abrigos y bufandas y salieron al frío del exterior. La guía, que se había quedado rezagada, sonrió a Jeff. Era una mujer de mediana edad, vestida elegantemente, de figura excelente, con algunas hebras plateadas en su cabello oscuro y un rostro agradable que le pareció extrañamente familiar.

—Hola —dijo ella—. ¿No nos conocemos?

—Soy Jefferson Wells —Jeff pensó que quizá se trataba de una de las maestras de cuando era pequeño—. Me llaman Jeff.

—¡Ya me acuerdo! Tú eres el chico que nos ayudó a combatir a los terroristas que querían apoderarse del Parque Central hace algún tiempo. Creo que, en realidad, intentaban apoderarse de toda la Federación… pero empezar por nuestro parque lo encontré realmente indignante. Trabajo en el Museo Americano de Historia Natural. Guío a grupos de gente que desean ver los pájaros del parque y también soy guía voluntaria de la Mansión Gracie. Me llamo Hedy Higgins.

—¡Ah! ¡Claro! ¡La señorita Higgins! —Jeff se puso colorado porque la recordaba mucho mayor y menos atractiva.

—Aquel día en el parque llevaba ropas gruesas y botas, pero ello no significa que no tenga otro tipo de ropa —sonrió ella ante la confusión del muchacho. De repente echó una mirada a la puerta del despacho del alcalde y la sonrisa desapareció.

—Cuando hemos pasado por el comedor, hemos visto que estaba la mesa puesta. He apresurado a la gente para no molestarle.

—Lo estoy esperando —dijo Jeff—. Hemos de comer juntos. Su hija está prometida con mi hermano. ¿Conoce al alcalde Jones? Es un gran tipo.

—Sí. Lo es. Quiero decir que ésa es su reputación. Durante las visitas a la Mansión Gracie que hago como guía, nunca me he tropezado con él. Creo que será mejor que me vaya antes de que llegue.

—Demasiado tarde —dijo Jeff mirando por la ventana y viendo que el alcalde subía corriendo las escaleras—. Aquí está el alcalde. ¡Señorita Higgins! ¡No se vaya!

La mujer se iba en dirección a la puerta trasera cuando se abrió la principal y apareció Leo Jones.

—Hola, Jeff.

—¡Oh! —exclamó Hedy Higgins.

Leo se paró en seco con los ojos muy abiertos.

—¡Pero qué coincidencia! Precisamente hoy estaba pensando en ti, Hedy.

—¿Cómo estás, Leo? —dijo ella con voz algo temblorosa.

—He tenido una difícil reunión en la alcaldía a causa de esos ataques a robots; también discutimos los robos de componentes de ordenador; y, por último, el hecho de que cada día nos encontramos con más tuberías viejas en las casas y, que cuando el agua se congela, se rompen. Sin embargo, he conseguido sacarles dinero para plantar árboles en primavera en la Rambla del Parque Central para que los pájaros puedan posarse. Para ti, Hedy.

—¿Para mí?

—Estoy enterado de tus actividades. Sé que eres la jefe de los ornitólogos del museo y la manera como cuidas del Parque Central. Nunca tengo tiempo… o valor… para hacer uno de esos paseos por el parque.

—¿Valor, Leo?

—Ha pasado tanto tiempo… Siempre me he sentido mal por la manera como te abandoné después de salir de la escuela secundaria, cuando fuimos a universidades distintas. Después, me gradué, me casé con la madre de Albany… ya ha fallecido, pobrecita. Después me nombraron alcalde. Desde entonces, ¡estoy tan ocupado…!

—Tanto que no te has dado cuenta de que Hedy Higgins es la guía de las visitas a la Mansión Gracie, tu residencia como alcalde —añadió Hedy riendo—. Leo, no has cambiado. Siempre el mismo hombre atareado que se embarca en todo tipo de trabajo las veinticuatro horas del día.

—Hoy no. Hoy voy a comer con Jeff. Por favor, acompáñanos. Me sentiría muy honrado y, por la expresión de contento de la cara de este muchacho, creo que a él no le importará.

En el comedor, agradablemente proporcionado, había una chimenea de la cual la señorita Higgins les informó que la repisa fue construida por un tal Duncan Phyfe en 1800 con madera de sauce. Una capa de permiplástico protegía el papel de la pared del 1830, que todavía mostraba un escenario campestre y unos monumentos de París bajo un cielo muy

azul. Jeff engulló una excelente comida mientras contemplaba divertido como Leo se esforzaba en entretener a su antiguo amor de la adolescencia.

¿Sería posible que la enérgica observadora de pájaros del Parque Central, armada con una sombrilla, se hubiera convertido en la guía de la Mansión Gracie sólo por encontrarse nuevamente con Leo Jones? Mientras contemplaba el rostro feliz de la mujer, Jeff llegó a la conclusión de que era posible. A los quince años resulta un tanto difícil pensar que la gente de media edad pueda enamorarse, pero mirando a Leo y a Hedy, Jeff pensó que podía ser.

A los postres, el alcalde empezó a hablar del misterioso personaje que iba en taxi y disparaba contra los robots pequeños con alguna especie de arma electrónica que los aturdía momentáneamente sin causarles mayores daños.

—Es curioso —decía Leo—, pero cada vez parece tratarse del mismo viejo taxi y cada vez que lo descubrimos, tiene la memoria del viaje borrada. Dejamos que circule a ver si algún día lo podemos atrapar con el malhechor dentro. Hemos de detenerlo porque si no podría convertirse en una moda y la gente encontraría divertido empezar a inutilizar robots.

Jeff observó que la señorita Higgins no terminaba el pastel.

—Si alguien tiene un arma que destruye el cerebro de los robots —continuó Leo—, podría significar el fin de nuestra civilización. Si atacase a las computadoras grandes perderíamos el contacto con el resto del sistema solar ocupado. He leído los relatos de la sublevación de los robots de hace un siglo. Eran malos, pero, afortunadamente, los seres humanos recuperaron el buen sentido y decidieron dedicarlos a otras tareas en lugar de retroceder a los tiempos en que el hombre estaba sujeto a vivir solo en el planeta Tierra. Actualmente, no se puede vivir en ninguna parte sin una buena tecnología informática.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo Hedy en tono suave.

—Tonterías. Quédate —replicó Leo—. Escucha: ¿habéis tenido en el museo algún caso de componentes robados, el otro problema que tengo?

—No lo sé. He de irme —insistió Hedy levantándose—. Has sido muy gentil en invitarme a comer, alcalde Jones. Y me he alegrado mucho de verte otra vez, Jefferson Wells.

Y se fue con tantas prisas que el alcalde se quedó con la boca abierta.

—Pero… ¡espera Hedy!

Se levantó tan apresuradamente que tropezó con la alfombra y cayó. Se incorporó con rapidez y salió corriendo al vestíbulo seguido por Jeff. Cuando llegaron, la puerta principal se cerraba. Por la ventana, vieron como Hedy corría bajo la nieve hacia un taxi que se posaba en tierra esperándola. Parecía un taxi viejo.

—Creo que lo ha llamado con el aparato que lleva en el bolso —comentó Jeff—. Tenía prisa en marcharse.

—Huye de mí —dijo Leo cabizbajo—. Me aborrece. He tardado demasiados años en verla de nuevo. Es demasiado tarde para nosotros.

En aquel momento apareció Norby subiendo por la escalera del sótano.

—¿Han comido bien, Jeff, alcalde?

—Ha sido delicioso e interesante —respondió Jeff con cautela.

—Yo también he pasado unas horas interesantes —explicó Norby—. He encontrado un banco de datos de los residentes de Manhattan y he descubierto que el verdadero nombre de Mac era Moisés. Su esposa murió cuando su hija Merlina era pequeña, y más tarde lo heredó todo incluyéndome a mí. Ella fue la que me vendió. Nunca se lo perdonaré.

—¿Todavía vive?

—Su marido murió pero ella todavía vive. Tiene dos hijos que viven con ella. Fue actriz; actuó con el nombre de Merlina Mynn.

—¡Cómo! —se asombró Leo por segunda vez en aquel día—. ¡Yo estaba enamorado de Merlina Mynn!

—¿Otro amor? —preguntó sarcástico Jeff que empezaba a pensar que los sentimientos del alcalde Jones resultaban bastante frívolos.

—Yo tenía ocho años y Merlina ya triunfaba en Broadway. Hace mucho tiempo de esto.

—Bien —prosiguió Norby—, la hija de Mac se casó con un banquero llamado Hilary Higgins, de la poderosa familia que edificó la Mansión Higgins, ésa con gárgolas que se ve desde el Parque Central por su parte oeste. Merlina vive allí con su hijo Horace y su hija Hedy.

Norby parpadeó ante el súbito silencio que reinó en la sala.

—¿He hecho algo que no debía? ¿Hay algún motivo por el cual no deba hablar con esa gente?

—Ninguno, Norby, ninguno —dijo por fin Leo con la voz algo ronca—. Averigua por qué Hedy nunca me dijo que era una Higgins, de la Mansión de los Higgins. Cuando salíamos juntos, ella vivía con una vieja

tía y nunca me habló de sus padres. Quizás en aquella época no se llevaba bien con ellos.

—Se lo preguntaré —declaró Norby en tono firme—. Me deben una explicación de todo cuanto sepan del padre de Merlina, mi creador Moisés MacGillicuddy.

—Y Norby… —añadió Leo—, dile que siempre he admirado la Mansión Higgins y que me gustaría mucho que me la enseñara. Se lo pediría yo mismo, pero no me atrevo…

—Su número de teléfono no está en la guía —añadió Norby—. Quizá será mejor que vengas conmigo cuando vaya a verles, Jeff. Me gustaría ir mañana por la mañana.

—De acuerdo, pero ahora será mejor que nos vayamos. Está nevando mucho.

—¡Que curioso, Jeff! —comentó Leo Jones—. ¡Pensar que tu robot fue reconstruido por el abuelo de Hedy!

Jeff tuvo el extraño presentimiento de que, en lugar de curioso, aquel hecho le parecía amenazador.

# 4. La Mansión Higgins

A la mañana siguiente, después de desayunar, Jeff conectó su ordenador y estaba a punto de pedir el libro de problemas de dinámica espacial, cuando Norby le interrumpió.

—Prometiste venir conmigo a la Mansión Higgins, Jeff.

—Después de que haya pasado una hora estudiando. A este paso, no aprenderé nunca la dinámica espacial… —Jeff se quedó boquiabierto mirando la pantalla—. ¡Pero si lo entiendo! ¿Cómo es posible?

—Porque tienes un robot-maestro muy eficiente —respondió Norby—. Mientras dormías, te he proporcionado enseñanza mental. Puedes saber y comprender todas las ecuaciones, no sólo algunas.

—¡Fantástico! ¡Podré enseñar a la Federación *todas* las ecuaciones! El Comando Espacial avanzará años en la tarea de mejorar sus motores de hiperviaje. Pero no puedo… Al almirante no le gustaría.

—¿Por qué no? Se ganaría una medalla.

—En primer lugar, considera que los cadetes deben aprender con el propio esfuerzo. Además, me siento culpable porque ha funcionado tu enseñanza mental. Debería haberlo aprendido yo sólo…

—¡Pero si lo has aprendido solo, Jeff! Lo único que he hecho yo ha sido estimular ligeramente tu mente. ¿No fue Louis Pasteur quien dijo que la suerte favorece a las mentes preparadas? Y, en segundo lugar, el almirante me ha dicho privadamente que ha cambiado de opinión respecto al hiperviaje. Cree que la humanidad ha de salir poco a poco de su sistema solar puesto que todavía es demasiado insensata y ambiciosa.

—Además —dijo Norby—, aún en el caso que les revelaras esas ecuaciones, nadie te creería porque tardarían años y años en comprobarlas. Ahora, por favor, vamos a ver a la hija de Mac.

Delante del Parque Central, la Mansión Higgins se alzaba como un refugio de otra época y, en realidad, lo era. La casa de tres pisos, tenía un tejado inclinado metálico perforado por numerosas chimeneas curvadas sobre faldones y protuberancias extrañas en las paredes. Las ventanas estaban protegidas por fuera con unas rejas ornamentales muy sólidas; por dentro, lucían unos visillos muy compactos. Cuando Jupe alzó la vista bajo la nieve que caía, le pareció que un visillo se movía. No llegó a distinguir a nadie, ni una sombra siquiera.

La gárgola mayor de la Mansión Higgins sobresalía del tejado, justo encima de la puerta de entrada. La figura tenía un ojo cerrado en un guiño grotesco y, de su curvado pico, medio oculto por los carámbanos que colgaban, asomaba una lengua burlona. De pronto, escupió un chorro de líquido helado sobre los visitantes que fue a parar encima del forro térmico exterior de las botas de Jeff. Éste se alegró de que Norby le hubiera transportado por encima de la blanca sábana de nieve que cubría Manhattan, porque los quitanieves no funcionaban y sólo circulaban vehículos sobre patines o trineos tirados por caballos.

El descansillo de entrada a la Mansión Higgins tenía cabida para una sola persona. Al alcance de la mano, en la puerta, había un anticuado y grueso picaporte de hierro forjado. Norby se mantenía flotando sobre el suelo, al lado de Jeff, murmurando en voz baja mientras su dueño pulsaba el timbre.

Se oyó una llamada lejana en el interior de la casa. Nadie acudió a abrir. Jeff llamó otra vez y miró una vez más hacia lo alto, justo en el momento de recibir en plena cara otro chorro de líquido anticongelante perfumado procedente de la gárgola.

—¡Esta gárgola me escupe!

—Quizá será mejor que nos vayamos a casa, Jeff, y escribamos una carta.

Jeff dio media vuelta pero en aquel momento un esquiador llegaba deslizándose por el Parque Central y se paraba delante mismo de la casa.

—¡Hola, Jeff, Norby!

El alcalde Leo Jones resplandecía ataviado con un traje térmico de cuerpo entero que ponía en evidencia su todavía bien conservada figura masculina. Se libró de los esquíes y se reunió con Jeff ante la puerta.

—Te llamé por teléfono, pero Fargo me dijo que ya habías salido, de manera que me apresuré a venir a la Mansión Gracie. Hoy es sábado, claro, pero me he traído el buscapersonas por si el gobierno de la ciudad no puede funcionar sin mí… He pensado que sería una buena idea acompañarte en tu visita a la mansión. Dime, ¿tu hermano está bien?

—Se ha torcido los tobillos.

—Quiero decir de la cabeza. Balbuceó no sé que cosas acerca de monstruos espías alienígenas sazonados este año.

—Está escribiendo una novela… ¡Otra vez! ¡He visto moverse nuevamente el visillo! Hay alguien que nos espía y creo que hará bien en echarse para atrás, alcalde. Cuando no quieren la presencia de visitantes, hacen que la gárgola les escupa.

—No es patriótico escupir al alcalde de Manhattan —declaró en tono solemne Leo y, a continuación, aplicó una solemne patada a la puerta con sus botas para esquiar—. ¡Abran! ¡Habla su alcalde!

La puerta rechinó, emitió una serie de ruidos metálicos y se abrió sólo una rendija. Una cadena la aseguraba por la parte interior y, a pesar de la oscuridad que reinaba dentro, Jeff creyó discernir la forma de una cabeza humana.

—Sois dos y un robot —dijo una voz que sonaba a moho.

—Soy el alcalde Leo Jones, éste es Jeff Wells y su robot Norby fabricado por Moisés MacGillicuddy. Deseamos hablar con alguien de la familia Higgins —añadió engullendo saliva—, y ver a Hedy si es posible.

La puerta se cerró de golpe, se oyó un sonido de cadenas y nuevamente se abrió esta vez sin protecciones. Bajo el elevado techo en forma de cúpula del vestíbulo, había un hombre alto que vestía una túnica remendada y tenía el ceño fruncido. Surcaban su cabellera blanca y sucia algunas hebras negras, y unos lentes anticuados se sostenían en equilibrio sobre su curvada nariz. Se parecía asombrosamente a la gárgola.

—El suelo es de piedra —anunció—. Pueden pisarlo. No se ensucia.

Leo entró en la casa, apoyó los esquíes en una chimenea apagada y abrió la cremallera de su traje. Jeff y Norby entraron no muy convencidos.

Cuando la puerta se cerró con un golpe metálico, apenas quedó un rastro de luz que procedía de una puerta vecina. Jeff vio que el bajorrelieve de la chimenea representaba a un dragón.

Norby le asió la mano para establecer contacto telepático.

—«¡Eso es igual que un dragón jamino, Jeff!».

—«MacGillicuddy lo debió traer de esa nave tuya que se estrelló, Norby. Después de que el Mentor Primero te enviara por el hiperespacio para encontrar la nave, ¿tuviste tiempo de explorarla antes de que cayera en nuestro sistema solar?».

—«No sé lo que llevaba la nave e ignoro lo que Mac se llevó».

—Mi nombre es Horace —dijo el hombre.

—Por favor, informe a la familia Higgins de que estamos aquí —dijo Leo en el mismo tono en que se dirigía a los mayordomos robots de las casas que disponían de un lujo semejante.

—Yo soy de la familia. Soy Horace Higgins. El abuelo hizo este robot. Recuerdo que mi madre lo contaba.

—¿También hizo la escultura del dragón? —Jeff se preguntaba si Mac habría contado a su hija la historia de la nave estrellada.

—Quizá sí, quizá no. Lo cierto es que puso algo en la gárgola más grande para que asustara a la gente que no quisiéramos ver. El abuelo MacGillicuddy hizo un montón de cosas. Me hubiera gustado mucho conocerlo bien, pero cuando murió yo sólo tenía diez años y Hedy era muy pequeñita. Tampoco conocí mucho a mi padre, pero él y el abuelo Higgins fueron banqueros. No inventaron nada.

Jeff advirtió que, aún cuando los rasgos de Horace eran los mismos de la gárgola, sus ojos tenían una expresión de un niño inocente ligeramente desconcertado.

—¿Y usted qué hace, señor Higgins?

—Soy el conservador de la Mansión Higgins y de la casa vecina —anunció Horace orgullosamente—. Mamá no nos permite tener robots, de manera que Hedy y yo hemos de ocuparnos de todo. Mi hermana está en la casa vecina arreglándola. No tardará. *

—Esperaremos —decidió Leo—. ¿Quizás en la sala de estar?

Pero Horace hizo un gesto en dirección a un largo banco pegado a la pared de la chimenea, en el mismo vestíbulo. Jeff y Leo se sentaron. Norby se elevó con su antigravedad y se trasladó a examinar la escultura del dragón mientras Horace se lo miraba boquiabierto.

Los ojos de Jeff ya se habían adaptado a la oscuridad reinante y pudo ver una serie de puertas cerradas a lo largo de las paredes. En un extremo del vestíbulo se veía una escalinata que ascendía hasta un amplio descansillo donde se dividía en dos, formaba una curva y se perdía de vista en las alturas.

Una de las puertas se abrió y Hedy entró en el vestíbulo.

—¡Leo! —exclamó mientras fijaba rápidamente la mirada en la escalinata—. Tenía que haber supuesto que vendrías, pero no deberías haber traído a Jeff y a su robot. ¡Sácalos inmediatamente de aquí!

—¡Oh, deja que se queden, Hedy! —rogó Horace—. Me gustaría ver todas las cosas que hace este robot.

—Señorita Higgins, me gustarla hablar con su madre —dijo Norby—. Usted y su hermano eran demasiado jóvenes para acordarse de su abuelo, pero su hija, Merlina Mynn, podría decirme…

—¿Decirte qué? —preguntó una voz. Una voz mágica, sombría, que parecía venir de la nada.

De repente, la escalinata se inundó de una luz brillante que destacaba lo que parecía una enorme pintura al óleo. Era el retrato de una mujer morena, excepcionalmente hermosa, vestida con un traje largo blanco. Tenía grandes ojos azules, facciones perfectas y una expresión de dulzura tan radiante que uno sentía deseos de quedarse a su lado para siempre.

—¡Merlina Mynn! —exclamó Leo en tono reverente.

Alguien bajaba la escalera, lentamente, sujetándose a la barandilla. Llegó a la parte iluminada, debajo mismo del cuadro.

—Por favor Jeff, iros inmediatamente —susurró Hedy.

—Puedo ser vieja —dijo la mujer—, pero conservo el oído. No se irán hasta que no me asegure de una cosa. He de saber… ¿Eres realmente el robot que hizo mi padre?

Era alta y la edad apenas había inclinado su cuerpo. Sus ojos conservaban su belleza y los huesos de su cara seguían siendo perfectos, pero la mujer que, desde arriba, fijaba la mirada en Norby, parecía una cruel caricatura de la representada en el cuadro. Tenía el pelo recogido y un rostro arrugado marcado por sentimientos de ira y autocompasión contenidos durante demasiado tiempo.

—Moisés MacGillicuddy me hizo tal cual soy ahora —anunció Norby—. Estoy escribiendo una biografía de él y me gustaría hablar con usted…

—No. No escribirás ninguna biografía de mi padre.

—Señora Higgins, por favor ayúdeme —rogó Norby—. Yo amaba a Mac y no sé porque nunca nos presentó, o porque usted me vendió sin preguntar mi opinión…

—¡Silencio, robot! Aún cuando quisiera, no podría decirte casi nada de mi padre. Perdía el tiempo inventando cosas o recogiendo chatarra, incluso después de que le permití instalar su laboratorio aquí en la Mansión Higgins. Pintó mi retrato y se lo llevó en lugar de llevarme a mí con él. Estaba más interesado en fabricar robots que en pasar unos minutos con su propia hija. ¡Odio los robots!

—Por favor, mamá —intervino Hedy—. Norby no tiene la culpa.

—Sí. Sí la tiene. ¡Era el robot favorito de mi padre y es él quien me ha robado su legado!

—¡No! —gritó Norby—. ¡Yo no he robado nada!

—¡Lo hiciste! ¡Nunca he podido encontrarlo!

—Mamá, nunca nos has dicho en que consistía ese legado —dijo Hedy—. He buscado y buscado en toda la Mansión Higgins…

—Ahora te lo diré. Papá cayó enfermo de repente y apenas podía hablar, pero recuerdo muy bien sus últimas palabras. Dijo claramente: «Conserva el legado… valioso… verdad…».



—¿Eso es todo lo que dijo? —preguntó Horace.

—Murió después de decirlo. Los abogados no supieron a que se refería.

—Quizás a la escultura del dragón —sugirió Norby señalándola.

—¡Esa estupidez de dragón no es mi legado! —gritó Merlina—. ¿No te dijo lo que era?

—No. No me dijo nada —respondió Norby—. Pero esta escultura es alienígena. La he rastreado y no contiene nada, pero es una buena obra de arte. Probablemente sea su legado. Ninguna otra cosa podría serlo.

—«Excepto tú, Norby».

—«Excepto yo. Si yo soy el legado, por favor, no se lo digas, Jeff. Quiero quedarme contigo, no con ella».

—¡Mientes robot! —declaró Merlina—. Estoy segura que destruiste lo que mi padre me dejó porque lo querías sólo para ti. Tú, robot, alejaste a mi padre de mí cuando estaba vivo y, después, me arrebataste el legado.

—¡No es cierto! —exclamó Norby agitando los brazos—. ¡Fue usted quien abandonó a Mac! Él dijo que usted no le quería y que sólo le interesaba su trabajo de actriz y casarse con un hombre rico.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de Merlina y sus labios temblaron.

—Robot malvado, yo poseo una cosa que encontró mi padre, algo que probó en ti en sus horas bajas. ¿Reconoces esto?

Y del bolsillo de su túnica sacó un objeto tubular con un interruptor en un extremo.

—Es un arma —dijo Norby—. ¡Es con esto que usted ataca a los robots!

—Sí. Y mi padre también lo utilizó en ti, sólo que no lo recuerdas. Una vez me dijo que tenía un interruptor que, al parecer, borraba la memoria de los robots. Creo que lamentó haberlo usado en ti porque eso le impidió descubrir de donde procedían algunos de tus componentes. Tenía que haberte destruido porque eres un robot malvado que has desobedecido la Primera Ley de la Robótica que dice que no puedes dañar a ningún ser humano. Y tú me has hecho daño de muchas maneras, una de ellas ahora, cuando me has dicho lo que mi padre pensaba de mí. ¡Creo que eres peligroso y que hay que borrarte la memoria!

—¡No! —gritó Jeff interponiéndose entre Norby y el arma que Merlina empuñaba.

Pero el disparo llegó primero. Norby cayó. Instantáneamente, cabeza, brazos y piernas desaparecieron en el interior de su cuerpo.

Jeff lo recogió.

—¡Norby!

No hubo respuesta.

# 5. Lizzie

JEFF mantenía apretado a Norby intentando establecer contacto telepático, pero no hubo respuesta.

—¡Ha borrado la memoria de mi robot! ¡Le ha disparado con la máxima intensidad y lo ha matado!

—Bien —murmuró Merlina débilmente mientras se apoyaba en el pasamanos de la escalera y la pistola pendía inerte de su mano. Leo se la quitó y Hedy se precipitó hacia su madre.

—Deja que Horace me lleve arriba, Hedy —dijo Merlina—. Todo ha terminado. Ya no necesitaré más el arma. Se la pueden llevar.

Jeff estaba tan desesperado que exclamó sin importarle lo que decía:

—¡Merlina Mynn, usted es la malvada! ¡Su padre intentó decirle que su legado era valioso y muy afín a la verdad! Bien, ¡lo más valioso que tenía era Norby y ha sido él quien finalmente le ha dicho la verdad de usted misma! ¡*Él* era su legado y usted lo ha destruido!

Merlina le miró como si no le comprendiera. Finalmente sacudió la cabeza:

—No importa. Ya nada importa. Vete. No vuelvas nunca más.

Y apoyada en Horace, subió lentamente las escaleras.

—Siento mucho lo que ha pasado con tu robot, Jeff —dijo Hedy.

Las lágrimas cegaron los ojos del muchacho.

—Nunca la perdonaré.

Leo se aclaró la garganta y dio unos golpecitos en la espalda de Jeff.

—Llamaré un taxi para que te lleve a casa ahora que Norby no puede.

—Espera —intervino Hedy—. Ya he llamado a Lizzie, el taxi favorito de mamá. Imagino que ya no lo va a necesitar más.

Cuando Jeff, acompañado de Leo, salió cargado con Norby, les esperaba flotando en el aire un taxi amarillo destartalado, cuyo limpiaparabrisas rechinaba fatigosamente al apartar la nieve del cristal delantero.

—Llevo portaesquíes, admirable ser humano —dijo Lizzie—. ¿A dónde vamos?

—Leo —dijo Hedy que temblaba de frío en el umbral de la puerta—. Estoy muy afligida por lo ocurrido. ¿No podrías quedarte un rato?

—Si no te importa, Jeff…

—No me importa —dijo éste sin fuerzas para nada. Entró en el taxi, puso a Norby sobre sus rodillas y dio las señas de su apartamento de la Quinta Avenida, al otro lado del parque.

—¡Espera! —exclamó Leo acercándose corriendo—. Toma el arma, Jeff. Creo que será mejor que la lleves al Comando Espacial.

—Está bien. Adiós, Leo… Hedy.

El cristal de la ventanilla se cerró y Lizzie se elevó balanceándose insegura a causa de su vejez.

—¿Qué hay en ese bidón reluciente, señor humano? —preguntó Lizzie.

—Un robot muerto. Mi mejor amigo.

—¡Pero los robots pueden repararse!

—Éste es muy especial… No hay nadie que pueda repararlo…

De repente Jeff se interrumpió. ¡Si pudiera comunicarse con el Mentor Primero! Pero ¿cómo? Su telepatía sólo funcionaba a través del contacto físico y una vez, ocasionalmente, había conseguido conectar a distancia con Norby. Pero ¿y si lo lograba? Y, en caso de conseguirlo, ¿estaría la nave del Mentor Primero en buenas condiciones?

Jeff pensó en la extraña raza alienígena de los Otros que vivían muchísimo más que los seres humanos y que habían creado los robots Mentores para que cuidaran del planeta Jamia, a donde habían enviado una nave con repuestos. La misma nave que Mac había encontrado estrellada y que contenía al alienígena Norby.

Mac debía haber rescatado, no sólo a Norby, sino también la escultura del dragón y el arma. Pero ¿por qué los Otros mandaban al espacio un instrumento tan peligroso que podía matar a los «robots». Mentores?

En una ocasión, Jeff y Norby habían encontrado una nave de los Otros y se habían hecho amigos con uno de ellos, a quien Jeff llamó Rembrandt.

—Si no puedo establecer contacto con el Mentor Primero, lo intentaré con Rembrandt. Quizá pueda ayudarme a restituir lo que el arma ha destruido.

—¿Decías alguna cosa, amable señor humano?

—Sólo hablaba conmigo mismo, Lizzie.

—Debes tener cuidado con esta arma, señor.

—¿Cómo sabes que es un arma? No lo parece.

—La he visto antes. La señora Higgins la utilizaba conmigo para que yo no pudiera revelar nada a la policía acerca de los viajes que hacíamos por su cuenta.

—¿Aquéllos en los que disparaba a los robots?

—Como ya te he dicho, admirable señor humano, no tengo acceso a la memoria de estos viajes. Me gustan los hijos de la señora Higgins, pero no apruebo lo que ella hace. Aunque trata mal a los robots, su padre me pidió que siempre fuera amable con ella.

—¿*Su padre*?

—Moisés MacGillicuddy. Una vez me reparó y, después de ello, siempre me he sentido algo diferente de los demás taxis. Me parecía ser… *alguien.*… quiero decir que tenía… No sé…

—Tenías una personalidad.

—Hace un siglo, cuando se pusieron en marcha por primera vez los taxis-robot terrestres en Manhattan, se les dio una especie de carácter. La gente quería que los taxis parecieran humanos, que comentaran el tiempo, explicaran chistes e informaran acerca de las mejores atracciones turísticas. Yo fui uno de aquellos taxis y más tarde me remodelaron para convertirme en aéreo. Programaron el «carácter» en mi pequeño cerebro, pero después de la reparación llevada a cabo por MacGillicuddy, sentí como si poseyera además sentimientos y una identidad.

—¿Te descubriste talentos especiales?

—Oh, no, señor humano. MacGillicuddy me dijo que nunca sería otra cosa que un simple taxi, pero que disfrutaría mucho más de las cosas.

—Lizzie, ¿te hacía daño cada vez que la señora Higgins te disparaba?

—No, señor humano. Hemos llegado a tu destino.

—¿Cómo puedo avisarte cuando te necesite otra vez?

Una pequeña tarjeta-llamador apareció por una ranura del brazo del asiento de Jeff. Se la guardó en el bolsillo y salió del taxi con Norby en los brazos.

—Me llamo Jeff Wells, Lizzie. Te avisaré.

—Lamento que tu amigo robot haya muerto, Jeff Wells, señor.

—Yo también, Lizzie.

Y con las lágrimas resbalándole incontenibles por las mejillas, Jeff entró en el edificio.

—Ha de haber algo que pueda reparar a Norby, Jeff —afirmaba Fargo mucho más tarde.

—¿El qué? He probado durante horas establecer contacto con el Mentor Primero o con Rembrandt y no he conseguido absolutamente nada.

—He llamado a Yobo. Va a acelerar los trabajos para poner a punto la nave de hiperviaje. Tú y Yobo podréis ir a Jamia…

—¡Cómo! ¿Sabes las coordenadas? Sólo Norby las conocía.

—Ah… tienes razón —admitió Fargo—. Me parece que nos hemos desentendido demasiado de las cosas al tener a Norby. ¿Estás seguro que no funciona en absoluto?

—¡Claro que no estoy seguro! ¡Y no me permitiré estarlo! Voy a conservar la esperanza de salvarle, porque mientras la tenga continuaré probando y quizá tropiece con la solución.

—No la veo por ninguna parte, a menos que puedas contactar con el Mentor Primero o con Rembrandt. Sin MacGillicuddy, no existe ningún robotista en toda la Federación capaz de reparar a Norby, sin contar con que no tenemos el equipo de Jamia ni el metal superalienígena de aquel universo anterior.

—Hemos de intentar conectar con el Mentor Primero y con Rembrandt. Enlacemos nuestras mentes y concentremos todas nuestras energías en la telepatía a larga distancia.

Jeff apartó las pocas páginas del manuscrito de Fargo que ya estaban impresas y cogió la mano de su hermano.

—Nunca he tenido mucho éxito en la telepatía a larga distancia —objetó Fargo—. Y con los tobillos bañados con vibraciones electrónicas, es posible que se produzca alguna interferencia.

—Probaremos con las botas desenchufadas y luego con ellas enchufadas.

Probaron. Una y otra vez.

Todo fue inútil.

Cuando aquella misma noche, Jeff estaba a punto de acostarse, recibió una hiperllamada del almirante Yobo.

—Me he enterado de tu problema, Jeff. Echaré de menos a ese desvergonzado robot. Siempre nos metía en una serie de líos pero nunca fallaba al sacarnos de ellos. Quiero que sepas que estamos trabajando en la nave de hiperviaje tan rápidamente como podemos. Aunque tardará meses en estar a punto…

—Pero no sabemos las coordenadas de Jamia, almirante —interrumpió Jeff sombrío—. ¿No se lo ha dicho Fargo?

—Sí. En su segunda llamada. Está mucho más preocupado por *ti* de lo que quiere admitir. ¡De alguna forma encontraremos el modo de llegar a Jamia y al Mentor Primero! Quizá nuestra nueva nave pueda hallar las coordenadas en la computadora de *La Esperanza*.

—La nave personal de Fargo está en revisión.

—¡Sí, caramba! He de asegurarme de que no borren las grabaciones…

—Probablemente ya lo han hecho. No creo que podamos contar con *La Esperanza*. Aunque Norby la usó muchas veces, no sabemos cómo transfería su propia capacidad de hiperviaje a la computadora de la nave.

—¿Y por qué crees que le es tan difícil a la Federación lograr una nave de estas características? Norby nos dijo que era posible pero no podía enseñarnos cómo. Así que no nos queda otro remedio que inventarla. Es una tarea llena de dificultades.

—Almirante, ¿quiere decir que su nueva nave tropieza con graves problemas?

—Sí, pero no desesperes, cadete. Encontraremos la manera de llegar a Jamia, ¡aunque tengamos que circunnavegar todo el universo!

Jeff dio las gracias a Yobo pero se fue a la cama completamente deshecho. Miraba a Norby encerrado en su bidón y de pie en un rincón, y no podía dormir. El ruido de la calefacción que funcionaba a pleno rendimiento no le ayudaba precisamente a conciliar el sueño. Finalmente, saltó de la cama y se fue a la sala de estar. Las persianas estaban subidas y vio que finalmente había cesado de nevar.

La luz de la luna brillaba sobre el Parque Central haciendo resaltar la capa blanca de nieve posada sobre las manchas oscuras de los árboles y las paredes de piedra. Unas escasas luces brillaban en algunos edificios de la

parte oeste del parque, pero, en general, Manhattan parecía tranquilamente dormido. Jeff sabía que la ciudad siempre estaba despierta, en especial en el centro, pero en aquellos momentos se sentía como la única persona del mundo capaz de gozar de toda aquella belleza. Y también el único ser que estaba más triste y más solo.

Un taxi, con uno de los faros estropeados, fluctuaba lentamente sobre el Parque Central, giró sobre sí mismo y se acercó con lentitud. Hizo una pausa ante la ventana de Jeff y le guiñó su único faro en servicio.

Jeff abrió la ventana.

—¿Lizzie?

El taxi se acercó.

—No quería estorbarte, Jeff Wells, señor. Pero esta noche no tenía llamadas y he pensado acercarme a tu apartamento por si me necesitabas.

El frío era cortante, pero la aguda claridad del aire incontaminado pareció aclarar la mente de Jeff.

—Voy a recuperar a Norby —le dijo a Lizzie—. Todavía no sé cómo, pero lo haré.

—Yo te ayudaré si puedo.

—Gracias, Lizzie. Eres un buen taxi y una mejor amiga.

—Me siento honrada, Jeff Wells, señor, pero vas a enfriarte con esta ventana abierta. Si te vas a la cama, iré al centro de la ciudad a buscar un viaje.

—De acuerdo, Lizzie.

Y la vio alejarse con un vuelo un tanto tambaleante hacia el sur, sobre la Quinta Avenida. Cerró la ventana y se fue a la cama.

A fin de poder conciliar el sueño, probó de recitar unos versos de su meditación del solsticio, pero no pudo. La angustia de haber perdido a Norby parecía oprimir todo su ser. De repente, tuvo la típica sensación de siempre cuando alguna idea de su subconsciente luchaba por salir a la superficie. «¿Pero, qué es?», se preguntó.

Respiró profundamente, obligó a sus músculos faciales a adoptar una sonrisa serena, exhaló el aire y relajó toda la musculatura.

—Soy una criatura del universo —susurró—. Norby todavía forma parte del universo sin importar el daño que haya sufrido. Existe alguna manera de ayudarle y esa manera está en mi mente. Pero no puedo encontrarla.

Se sentó en la cama y esta vez sonrió de veras. Miró a la silla encima de la cual se encontraba Norby y dijo:

—Norby, no creo que puedas oírme, pero hoy me han dicho algo que sé que puede ayudarte. No lo recuerdo pero en algún momento acudirá a mi memoria si no lo consigo conscientemente.

Se recostó, se tapó y cerró los ojos.

—Algo que he oído… —murmuró en sueños—. ¿Lizzie?

Finalmente, se durmió.

# 6. Un poco de medicina

AL DÍA siguiente, Jeff sentía la mente vacía, como si la idea misteriosa hubiera desaparecido para siempre. Cuanto más se esforzaba en recordarla, menos lo lograba. Decidió dejarlo. Se pondría a hacer alguna otra cosa. Seguro que la idea acudiría por sí sola. Se puso a estudiar aunque la idea de acabar su preparación como cadete del espacio y entrar en el Comando Espacial parecía haber perdido todo su atractivo ahora que Norby no estaba con él.

Pasó otro día. El final de las vacaciones trimestrales se acercaba y Jeff aún no había podido encontrar el medio de ayudar a Norby.

Leo Jones llamó a Fargo por la noche interesándose por Jeff y Norby, y para informarle de que su renovada relación con Hedy mejoraba día a día, pero que ella le había pedido que sería mejor para su madre que nadie fuera a visitar la Mansión Higgins. Había caído en una grave depresión, lamentándose de haber perdido su legado para siempre.

—¡Nunca tendrá a Norby, dañado o no! —aseguró Jeff—. Lo compré y es mío. Y le quiero aunque sólo sea un bidón con piezas inservibles.

—Claro, Jeff —dijo Fargo en tono suave—. Pero me gustaría que dejaras de estudiar un rato y salieras a dar una vuelta bajo la luz de la luna con Lizzie. Se la pasa flotando ante nuestras ventanas y los vecinos empiezan a quejarse que les impide contemplar el paisaje.

Y se dirigió a su habitación a bordo de su silla de ruedas eléctrica a continuar con su novela que, según él, no avanzaba tan bien como era de desear.

Jeff llamó a Lizzie y, cuando estaba a punto de subir al taxi desde la ventana de la sala, oyó que Fargo gritaba:

—¡Eh! ¿Qué hace aquí?

Se oyó un tremendo estrépito de cosas que caían y la voz de Fargo que lanzaba sonoros juramentos. Jeff se precipitó corriendo a la habitación de su hermano a tiempo de ver la silla de ruedas caída al lado de dos figuras que luchaban furiosas. Una llevaba un traje oscuro y una gorra de esquiar que le cubría el rostro y, la otra, un pijama de rayas y botas electrónicas.

Con una de sus más originales maniobras de judo y ayudado por el peso de las botas, Fargo lanzó a su adversario sobre la alfombra y le arrancó el gorro.

—Bien, bien… —jadeó ligeramente—. Pareces un actor demasiado viejo para empeñarte en seguir haciendo de Drácula. ¿Es alguien que conocemos, Jeff?

—Es el hermano de Hedy, Horace Higgins —dijo Jeff—. ¿Qué haces aquí, Horace? ¿Por qué has entrado?

Horace se sentó en el suelo fregándose el cuello.

—Soy muy bueno con las cerraduras y puedo entrar en la mayoría de los lugares cerrados, pero me parece que esta vez me he equivocado de habitación.



—Pero ¿por qué has venido?

—Por ese robot antiguo. El que mamá inutilizó con el disparo. He creído que podría aprovechar alguno de sus componentes. He buscado tu dirección en la guía de teléfonos y he pensado que, si le extraía la

maquinaria interna a Norby mientras dormías, te podría dejar el bidón como recuerdo.

—¿Y que te proponías hacer con las piezas de Norby?

Una expresión astuta cruzó por el melancólico rostro de Horace.

—Tengo una afición. Mamá no lo sabe. Hedy dice que no debo dejar que se entere porque odia las computadoras y los robots.

Mientras tanto, Fargo había enderezado la silla y con ayuda de sus musculosos brazos se había subido a la cama con botas y todo.

—Así que tienes una afición, ¿eh, Horace? ¿Y qué haces? ¿Juegas con robots?

Horace sonrió feliz.

—Juego con computadoras. En el subterráneo de la otra casa tengo un taller que Hedy arregló para mí. Hay una puerta que comunica ambas casas para que mi hermana y yo podamos encargarnos de todo. Mamá ignora lo que hago. Hedy dice que el abuelo MacGillicuddy lo hubiera aprobado.

—Dime la verdad —pidió Jeff—. ¿Ibas a robar sólo la maquinaria de Norby o todo él?

Horace bajó la cabeza.

—En realidad lo quería entero. Esperaba poderlo reparar. Tengo un equipo electrónico muy bueno en mi taller.

—Qué se obtiene robando… El alcalde nos ha dicho que últimamente ha habido una serie de robos en las tiendas de componentes de ordenador —insistió Jeff.

—Sí. Era yo. ¿Lo vais a chivatar a la policía?

—No, si prometes no hacerlo más.

—Hedy dice que no debo sustraer cosas. Cuando me atrapa, restituye el valor del equipo que me he llevado. Lo que pasa es que siempre resulta ser de noche cuando preciso un componente y las tiendas están cerradas. No me gusta salir de día cuando todo el mundo se atropella. Me gusta estar solo con mis máquinas. Tengo algunas y juego con ellas. ¿Crees que podría arreglar a Norby para jugar con él?

—No lo creo, Horace —dijo Jeff—. Ahora te llevaré a casa con Lizzie, De todas formas iba a salir.

—Es tarde.

—Tengo que pensar con calma para ayudar a mi robot.

—Si puedo ayudarte, lo haré. Gracias por no llamar a la policía —se puso en pie algo tambaleante y se dirigió a Fargo—. Espero no haberte hecho daño. No me he fijado que sufrías una incapacidad.

—Sólo temporal —declaró Fargo en tono magnánimo sin mencionar que, aún con botas electrónicas, era capaz de habérselas con un ladrón demasiado viejo.

Lizzie voló por la calle transversal más cercana, por donde los taxis podían cruzar legalmente el Parque Central, mientras Horace daba detalles a Jeff sobre su afición.

—Me habría gustado que mamá me hubiera dado el arma. Pero yo no la hubiera usado para borrar ninguna memoria robótica, tal como hizo ella con la pobre Lizzie, sino que habría utilizado su energía para otra cosa.

—¿Para qué? —preguntó Jeff.

—No lo sé. La mayoría de las cosas destructivas pueden servir en sentido contrario si sabes la manera. ¿Cómo te parece que podría hacerse?

—El arma puede usarse en sentido constructivo —intervino de repente Lizzie.

—¿Ah sí? —preguntó nuevamente Jeff que no había tomado en serio a Horace.

—MacGillicuddy me lo dijo, pero afirmó que seguía siendo un arma peligrosa. Por eso te avisé, Jeff Wells, señor.

—Pero ¿no te dijo nada más? La forma…

—No, señor. A mí, no. Y de eso hace mucho tiempo.

—¡Maldición! —se lamentó Jeff—. ¿De qué manera podría averiguar cómo usar correctamente el arma? Quizá lograría recuperar a Norby.

—No, si se ha agotado la energía que lo sustenta —objetó Lizzie.

—¿Qué quieres decir?

—Después de que la señora Higgins usara el arma contra mí, a veces me sentía tan débil y falta de energía que no podía antigravitar bien y me costaba volver al garaje. Solucionaba el problema pero… es ilegal. Será mejor que nadie sepa cómo lo hacía.

—¡Lizzie! —gritó Jeff—. ¡Alto! Vuelve atrás. Volvamos a mi apartamento. Vamos a buscar a Norby y me vas a decir lo que hacías para recuperar energía. Horace y yo te guardaremos el secreto, ¿verdad,

Horace? Especialmente, si tenemos en cuenta que lo que te hacía la señora Higgins también era ilegal.

—Nunca lo había pensado —dijo Lizzie—. Retrocedo.

Jeff estuvo a punto de ser atacado por Fargo que creía que volvían a entrar ladrones en casa. Pero no tardó en volver a estar sentado en el interior de Lizzie con Norby sobre las rodillas.

—Ahora, enséñanos, Lizzie.

El taxi voló una vez más por la calle transversal y empezó a bajar, cada vez más, hasta hallarse debajo del único paso en todo el parque que no era un puente hecho por el hombre, sino un túnel natural abierto en la roca sólida. De los lugares del techo donde se filtraba el agua, colgaban carámbanos de hielo.

—Siempre aguardo aquí para asegurarme de que no hay nadie por los alrededores. Es tarde y esta calle transversal no desemboca en el Centro Lincoln donde siempre hay tanta gente.

Se asomó por el túnel con cuidado y se elevó lentamente hasta casi posarse encima de los árboles. Al otro lado del paso, a su espalda, Jeff vio el pequeño castillo de Belvedere y, delante, la sección del parque llamada la Rambla, densamente poblada de árboles. Era un lugar que conocía bien… o creía conocer, porque vio como Lizzie bajaba hasta casi a ras de suelo y se metía por un sitio donde apenas entraba. Una vez dentro, perdió la orientación y ya no supo donde estaba.

La luz de la luna, que ya no era llena, apenas se filtraba por la espesura de los árboles. La sombra de las ramas con su gruesa capa de nieve aumentaba más si cabe la oscuridad reinante, sólo rota por la luz del único foco de Lizzie que alumbraba débilmente el sendero. Finalmente Jeff vio algo familiar: un antiguo farol de alumbrado vial al lado de un elevado arco de piedra.

Lizzie se elevó hasta que estuvo al lado de la lámpara y, una vez allí, extrajo de la parte delantera del taxi una especie de brazo extensible articulado en cuyo extremo se veían otros dos brazos más pequeños, los cuales, a su vez, terminaban en unos dedos como garfios diminutos que quitaron el globo del farol y, a continuación, desenroscaron la bombilla. Colocó ambas cosas en un bolsillo de la parte delantera de su armazón e hizo señas a sus pasajeros.

—Jeff Wells, señor, tendrás que encaramarte encima de mi capó y colocar allí al robot. Te sugiero que debajo coloques una de mis

alfombrillas de goma para que no notes la corriente. Voy a canalizársela.

—¡Pero lo estropeará!

—Ya lo está —intervino Horace en tono suave—. Te daré a Norby una vez te hayas subido al capó.

Una vez arriba, Jeff cogió la alfombrilla y a Norby de manos de Horace.

—Lizzie, Norby no tiene ningún enchufe, pero lo he visto recargarse de electricidad con un alambre sensor. Ahora lo tiene dentro, pero quizá si levantaras su sombrero…

—Lo haré.

Levantó el sombrero de Norby con uno de los brazos pequeños y usó el otro para conectar el cable sensor al casquillo del portalámparas. Jeff esperó temblando a pesar de la ropa térmica que llevaba.

—Ya está —dijo Lizzie retirando los brazos—. Le he pasado toda la electricidad que he podido y creo que incluso parte de la mía… ¡Oh, pobre de mí!

Y cayó al suelo de golpe. Afortunadamente, no fue de muy alto, pero el impacto bastó para que Jeff y Norby se dieran un buen porrazo.

—¿Estás bien, Jeff? —preguntó ansiosamente Horace sacando su cuello de grulla por la ventanilla del taxi.

—No me he hecho daño —afirmó Jeff mientras se esforzaba en ponerse de pie y buscar con la mirada a Norby que debía haberse hundido en alguna parte de la capa helada.

Horace abrió la puerta con dificultades porque por aquel lado la capa de nieve era muy alta.

—Deja que te ayude, Jeff.

—Ni siquiera llevas las botas. ¿Cómo saliste así de la Mansión Higgins?

—Cuando vi que Lizzie no venía, tomé otro taxi. No esperaba tener que caminar.

Jeff encontró a Norby y lo levantó. Seguía cerrado y silencioso. Tristemente, entró con él en el taxi y cerró la puerta.

—¿Le ha ayudado la electricidad? —preguntó Lizzie.

—Me parece que no —respondió Jeff—. Por favor, Lizzie y Horace, callaos un momento mientras me concentro. Intentaré entrar en contacto con Norby… por… bien, mentalmente. Aprendimos a hacerlo. Si conserva una chispa de vida, la encontraré.

Jeff se concentró con los ojos cerrados, pero no sintió nada.

—Jeff, creo que será mejor… —empezó Horace.

—¡Sssh!

Y entonces:

—«¿Eso es todo lo que sabes hacer por mí, Jeff? ¿Dejar que un taxi estúpido sacuda mi valioso cuerpo con una descarga eléctrica?».

—¡Norby! ¡Estás vivo!

# 7. A casa

—NUNCA he recibido un tratamiento peor —seguía protestando Norby mientras empezaba a asomar la mitad de su cabeza fuera del barril. A continuación aparecieron los brazos y las piernas. A Jeff jamás le había parecido tan maravilloso.

Cuando Lizzie habló lo hizo con voz tímida y bajita:

—Te presento mis excusas, Norby. Pero era el único medio que conocía para restablecer la energía que aquella espantosa arma te había quitado.

Norby dio unos golpecitos con el pie en el suelo.

—No hacen falta las excusas, querida señorita. La electricidad ha sido violenta pero me ha ayudado. El arma había descargado toda mi energía y no podía ir al hiperespacio a recargarme.

—¿Te recargas en el hiperespacio? —exclamaron al unísono Horace y Lizzie.

—No lo digáis a nadie. ¡Por favor! —rogó Jeff.

—¡Qué robot tan maravilloso! —comentó Horace—. Cuánto me alegro de que mi madre no lo destruyera.

—Tengo frío y estoy cansado —declaró Jeff—. Lizzie, lleva a Horace a casa. Norby y yo…

—No, Jeff —interrumpió Norby—. No puedo llevarte. Mis talentos especiales han desaparecido. Por eso no captaba tus intentos, que sin duda has realizado por conectar conmigo telepáticamente. Y tampoco puedo hiperviajar ni antigravitar.

—¡Oh, Norby!

—Ahora sólo soy un robot ordinario. ¿Todavía me quieres contigo?

—Claro que sí, Norby. Te quiero y me siento muy feliz de que tú también sigas siendo mi amigo.

—Lizzie nos llevará a casa —intervino Horace—. Yo pagaré. Hedy me dio algún dinero de más esta semana para que comprara los componentes electrónicos que necesito en lugar de robarlos.

—Desafortunadamente, amable humano, señor, de momento no puedo llevar a cabo mis funciones de taxi. Habrás advertido que mi reloj y mi Sistema de calefacción se han parado. Necesito recargarme. Al ayudar a Norby he agotado también mi propia energía excepto la batería de fusión que mantiene mi modesto cerebro en funcionamiento.

—Enchúfate al farol del alumbrado —dijo Norby.

—Imposible. Mi brazo no alcanza a esa altura y no puedo antigravitar. Tendréis que enviarme al servicio de reparaciones.

—Subiré, me enchufaré yo mismo y me cogeré el extremo de tu brazo —sugirió Norby.

—Quizá ninguno se ha dado cuenta —prosiguió Lizzie en tono apagado—, pero las luces del parque se han apagado. Seguro que hemos fundido alguna cosa.

—Iré andando hasta el teléfono más cercano —propuso Horace—. ¿Dónde está?

—No puedes caminar sin botas —repuso Jeff—. Yo iré a la caseta de los botes. Hay un teléfono al lado.

—Vendré contigo —dijo Norby.

—Tendría que cargar contigo y, con tu peso, probablemente resbalaría y caería. Los dos nos hundiríamos en la nieve. Iré solo. Esperadme aquí.

—Por favor, apresúrate, Jeff Wells, señor. Si el camión de reparaciones no llega pronto, mi motor de taxi precisará reparaciones serias y, en ese caso, es probable que el garaje se limite a sacarme el cerebro y a instalarlo en alguna fábrica.

—Lo enviaré tan pronto como sea posible —prometió Jeff.

Hundiéndose en la nieve, se dirigió hacia una colina de árboles cercanas para descender por el otro lado, hacia la caseta de los botes.

La tarjeta de llamada de Lizzie tenía el número de su garaje y Jeff la introdujo, confiado, en la ranura del ordenador del teléfono. No ocurrió nada. De repente se dio cuenta de que tampoco allí había luz.

Jeff carecía del rico vocabulario que Fargo utilizaba cuando las circunstancias se volvían especialmente irritantes, pero soltó todas las

palabrotas que conocía mientras chapoteaba en dirección a la Quinta Avenida, hacia su propio apartamento. También allí faltaba la luz, de manera que tuvo que subir a pie la escalera y, como tampoco funcionaba el llamador electrónico que al reconocerlo abría la puerta, tuvo que golpear ésta con los puños hasta que Fargo se despertó y le abrió.

Contó a borbotones la situación a su hermano.

—… y aunque Norby ha perdido sus talentos especiales, todavía vive, pero hemos de ayudar a Lizzie a recargarse… si no Horacio se congelará en la Rambla, o de camino a su casa, y el cerebro de Lizzie… seguro que lo venderán a una fábrica y… ¿cómo puedo comunicarme con el garaje si los teléfonos no funcionan?

—Interesante —comentó Fargo—. Hace muchísimo tiempo, los teléfonos no estaban conectados al sistema eléctrico de la ciudad, de manera que, cuando fallaba la luz, los aparatos seguían funcionando. Creo que aún ocurre así en lugares como los hospitales, la policía, los bomberos y el gobierno… ¡Esto incluiría el despacho del alcalde! Corre a la Mansión Gracie…

—¿Tienes idea de cuantas manzanas hay desde aquí a la mansión Gracie? ¿Manzanas agotadoras llenas de nieve?

—Llama a otro taxi… Oh, no hay teléfono. ¡Espera! Acabo de recordar que tengo una batería de emergencia en alguna parte. Estaba en *La Esperanza* y me la traje cuando envié la nave a revisión. La batería dará a Lizzie la energía suficiente para poder volver a su garaje. Mira en el armario del vestíbulo.

—¡Eres un genio, Fargo! —exclamaba jeff un minuto más tarde.

—Me place contentar a la gente —murmuró campanudo Fargo—. Albany lo dice siempre. Ahora llévate una linterna para el caso de que continúe el apagón y el cordón de extensión más largo que tenemos por si se soluciona. Ten cuidado… No creo que te vayan a asaltar a esta hora y con esta temperatura, pero dada mi indisposición, es bueno que seas joven y puedas realizar ejercicios vigorosos.

—A cada minuto que pasa me siento más viejo y cansado —replicó Jeff mientras se embutía en sus ropas de invierno más gruesas.

—No ha pasado mucho tiempo de tu hora habitual de acostarte —continuó Fargo—, de manera que aún podrás dormir lo suficiente si consigues recargar a Lizzie. Así no tendrás que cargar con Norby por todo el parque, sin mencionar a Horace. Buena suerte.

El camino de vuelta le pareció más largo, frío y atemorizador que el de ida, ya que la voluminosa batería contribuía a aumentar los resbalones y su linterna parecía empeñada en mostrarle caminos que jamás había visto antes. De pronto se halló ante el Puente del Arco y vio que se había equivocado. Apagó la linterna para observar el entorno a la luz de la luna, pero el cielo estaba tapado de nubes. En aquel momento vio una luz que oscilaba entre los árboles y que se dirigía hacia él.

—¡Eh, Jeff! —gritó Norby—. He encontrado esta linterna en el portaequipajes de Lizzie y he pensado que iría bien para hacerte señales. Por la luz de tu linterna he visto que te habías equivocado y he tenido que caminar a través de la nieve. Cuanto echo de menos mi antigravedad.

—Ya lo sé, Norby —dijo Jeff mientras lo alzaba—. Yo también, pero no tanto como te echaba de menos a ti.

A pesar de que la calefacción de Lizzie no funcionaba, Horace no se heló porque en el portaequipajes había una manta y estaba envuelto en ella. La que peor estaba era Lizzie.

—Mi motor casi ya no funciona, Jeff Wells, señor. ¿Has hablado por teléfono con el garaje?

—Los teléfonos no funcionan a causa del corte eléctrico, pero quizás esta batería te recargue lo suficiente para hacerte volver al taller.

—Gracias, Jeff Wells, señor, pero le tengo miedo a mi garaje. Creo que no tardarán en descubrir que he estado tomando electricidad del alumbrado vial y me encerrarán en el depósito. Alguna vez han amenazado con desguazarme. ¿No podrías comprarme?

—Ojalá, Lizzie. Pero Fargo y yo no tenemos dinero. Apenas podemos mantener la pequeña nave de mi hermano. ¿No podría comprarte la familia Higgins? ¿Qué dices, Horace?

—También a mí me gustaría, pero desgraciadamente también contamos con poco dinero. Sólo contamos con una pequeña renta y el sueldo de Hedy.

Norby conectó y traspasó toda la carga de la batería a Lizzie. El motor tosió pero no tenía suficiente antigravedad para levantarse del suelo.

—Quizá pueda salir del parque rodando —dijo Lizzie—. Por fortuna, todavía ponen ruedas a los vehículos antigravedad. Entrad todos dentro.

En aquel momento se encendieron todas las luces del parque. Jeff saltó del taxi armado con la extensión. Norby sujetó un extremo a Lizzie mientras Jeff trepaba por el poste con el otro. A pesar de llevar sus guantes térmicos, el poste metálico le congelaba los dedos.

Pero funcionó. Después de otra carga, Lizzie se elevó con toda facilidad.

—Lizzie —dijo Horace—, primero hemos de llevar a Norby y a Jeff a casa porque éste ha tenido que cruzar dos veces el parque y debe estar cansado y muerto de frío.

—Inmediatamente —dijo Lizzie.

No sólo se había puesto nuevamente a nevar y de forma copiosa, sino que los alféizares de las ventanas de los Wells tenían un aspecto tan helado y resbaladizo, que Lizzie creyó más conveniente posarse en el tejado, justo delante de la puerta que se abrió sin problemas obedeciendo a la voz de Jeff.

—Adiós, Horace y Lizzie —dijo Jeff—. Muchas gracias por ayudarme a restablecer a Norby.

Horace salió del interior del taxi y entró en el descansillo de la escalera para estrechar la mano a Norby.

—Siento muchísimo que mi madre te haya hecho perder algunos de tus talentos, Norby. El abuelo MacGillicuddy no fue muy buen padre para ella y eso la hizo muy infeliz, y ahora que es vieja no está muy bien. Tampoco yo soy muy normal, pero soy feliz y me gustan los robots.

—Mac amaba a su hija —aseguró Norby—. Lo sé.

—Pero ella aborrecía a su padre —dijo Horace en tono triste—. Espero que nos veremos otra vez. Ha sido una gran noche de aventuras. Y prometo no rob…

—¡Eh! —gritó Jeff mirando por encima del hombro de Horace hacia el cielo, a través de la nieve que caía—. ¡Una cosa muy grande se acerca! ¡Horace, mira!

Y asiendo a Horace lo arrastró hacia la seguridad del interior, justo en el mismo instante en que una masa imponente aterrizaba en el tejado y aplastaba a la pobre Lizzie que estaba debajo.

# 8. El visitante

EL EDIFICIO dejó de temblar y Jeff también.

—¿Estás bien, Horace?

—No he sufrido ningún daño, pero Lizzie me temo que sí. La tormenta habrá obligado a esta nave a elegir tu tejado para un aterrizaje forzoso y no ha visto el taxi. Lizzie debe haber muerto.

—No estoy muerta, señor Higgins, pero tengo el cuerpo totalmente destrozado. No te podré llevar a casa. Por favor, digan a esta nave que se aparte de encima mío para que mañana los del garaje puedan recoger mis restos. Me temo que esta vez mi cerebro acabará de verdad en una fábrica.

—No veo bien a través de la nieve —dijo Norby—, pero no parece llevar ninguna identificación en el casco y…

De repente se abrió la portilla de la nave. Iluminada por la luz del interior, apareció la silueta de una figura oscura que medía unos dos metros de alto. Cuando se adelantó y Jeff pudo verla con claridad, advirtió que tenía dos pares de brazos, tres ojos y numerosas rayaduras y abolladuras en la superficie de su cuerpo de metal.

—¡Mentor Primero! —gritó.

—¡Padre! —exclamó Norby.

—¡Que robot tan espantoso! —dijo Horace aplastándose contra la pared del descansillo—. ¿Es algún modelo experimental del Comando Espacial?

—Conozco bien al almirante Yobo —dijo el Mentor Primero en terrícola básico con un ligero acento.

—Oh… —dijo Horace—. En ese caso, imagino que todo es correcto, pero ¿por qué has tenido que aplastar a mi taxi favorito?

—He venido por el hiperespacio a través de las coordenadas que Norby me dio de tu casa en una ocasión, Jeff, pero no me esperaba un tiempo como éste, ni que habría algo en tu tejado, porque cuando Norby me trajo a Ula al planeta Jamia me dijo que *La Esperanza* estaba en revisión. —Después de dar todas estas explicaciones en jamino, el Mentor Primero añadió en terrícola básico—: Siento mucho haber dañado tu vehículo, señor.

La nieve se acumulaba en el descansillo y Horace tiritaba de frío cuando dijo indignado:

—¡De verdad que lo lamentarás! Creo que debería llamar a la policía. El Comando Espacial no puede hacer esto a taxis inocentes…

—Horace —interrumpió Jeff—, creo que será mejor que pases la noche en nuestra cama plegable. Ahora será difícil encontrar otro taxi. —Añadiendo en jamino dijo—: Además no queremos que nadie advierta lo que hay en nuestro tejado.

—Pero, por la mañana, los coches patrulla lo verán —advirtió Norby también en jamino—. Creo que Fargo todavía conserva una lata de pintura blanca de cuando arregló el mueble de la biblioteca. El Mentor Primero y yo pintaremos el nombre de *La Esperanza* en el casco de su nave y así nadie sospechará.

—Pero verán los restos de Lizzie —advirtió Jeff.

—¿Estáis hablando en algún código especial del Comando? —preguntó Horace todavía tiritando, pero evidentemente boquiabierto.

—Algo así —dijo Jeff—. Mentor Primero, ¿puedes levantar un poco tu nave, guardar a Lizzie dentro y volverte a posar… con suavidad?

—Soy fuerte. No hay problema.

—¿Qué vais a hacer con mi cerebro? —preguntó Lizzie—. Aunque el casco ya no valga nada, mi cerebro con su motor de minifusión todavía es valioso y la gente de desguace querrá…

—Lizzie —interrumpió Norby—, mi padre y yo cuidaremos de tu cerebro. Creo que tu garaje tendrá que aceptar que uno de sus taxis ha desaparecido. Pueden pensar que te ha fallado la antigravedad cuando pasabas por encima del río Hudson y que te has precipitado en su parte más profunda, más allá del barranco. Aunque, conociendo a Jeff, me imagino que querrá pagar tu valor al garaje. Pero, mientras tanto, por favor, confía en mí y en mi padre. Te trataremos con cuidado. Y ahora,

Jeff, llévate a Horace abajo antes de que ambos os convirtáis en un par de cubitos de hielo.

El Mentor Primero entró en su nave y volvió a salir cargado con una bolita de pelo verde que depositó en los brazos de Jeff. La bolita se desenroscó y pegó un lametón en la barbilla de Jeff.

—Gracias, Mentor Primero —dijo éste—. Fargo está escribiendo una novela y le alegrará tener de nuevo la compañía de Ula.

—La madre de Ula va a tener otro pequeño y ésta se siente celosa —explicó el Mentor Primero—. Pensé que Norby la vendría a buscar antes de lo previsto, pero cuando intenté entablar contacto telepático con él no sentí nada. Nunca había ocurrido. Me preocupé pensando que habría sucedido alguna cosa grave y, puesto que si me hubiera dirigido al Comando Espacial habrían detectado inmediatamente mi nave, decidí probar aquí para hablar contigo o con Fargo. Tú no puedes responder telepáticamente sin la ayuda de Norby, pero de alguna manera me pareció sentir que estabas en tu apartamento de Manhattan. Espero no haberlo dañado demasiado.

—Preocúpate de entrar inclinado cuando bajes después de haberte ocupado de Lizzie. Los marcos de las puertas no están hechos para la altura de los robots Mentores.

Horace estaba tan agotado que se fue inmediatamente a dormir. Jeff, a pesar de su Cansancio, entró en la habitación de Fargo y le puso al corriente de todo lo sucedido.

Acariciando a Ula, Fargo señaló la pequeña porción de yeso que había caído del techo.

—Menos mal que el almirante se preocupó de reforzar nuestro tejado para que pudiera soportar el peso de *La Esperanza* cuando me autorizó a aparcarla ahí. Y menos mal que la tengo en revisión, de lo contrario hubiera sido mi nave la aplastada y no Lizzie. Al Mentor Primero no se le puede reprochar el accidente. Es su primer viaje a la Tierra y el tiempo de Manhattan despista a cualquiera.

—Pero ¿qué va a ocurrir con Lizzie? ¿Tendremos que pagar los daños y se llevarán el cerebro a una fábrica…?

—Jeff, convertirás la preocupación en tu carrera favorita. Todavía quedan unas horas para que amanezca, algo que en invierno, afortunadamente, ocurre tarde. Y tu hermano mayor, o sea yo, guardián legal y padre sustituto, insisto en que te vayas a la cama.

Y Jeff así lo hizo.

Por la mañana la nieve se había convertido en una lluvia gélida que congeló las ramas de los árboles y el resto del blanco Manhattan. Mientras Horace y los hermanos Wells desayunaban, el Mentor Primero contemplaba por la ventana la caída de la lluvia, que iba disminuyendo lentamente, y los débiles rayos de sol que se filtraban a través de las capas de nubes.

—¿Dónde está Norby? —preguntó Fargo.

—Intentando tranquilizar a Lizzie —respondió el Mentor Primero—. Mientras dormíais, Norby y yo hemos colocado a Lizzie en el interior de mi nave y hemos conectado su cerebro a la computadora de la misma. Pienso llevármela a mi… a mi cuartel general. Parece gustarle la idea.

—Excelente —aprobó Fargo—. ¿Qué te parece nuestra ciudad?

—Hay muchos castillos.

—Sólo son edificios altos a los que llamamos rascacielos —aclaró Fargo—. Algunos sirven de residencias habitables. El nuestro sólo es de tamaño mediano. Es muy antiguo.

—La nieve, como vosotros decís, es un fenómeno realmente notable. ¿Tenéis mucha en el planeta Tierra?

—Sólo en las partes frías. En invierno, Manhattan es frío. La Tierra gira inclinada y en ambos hemisferios tenemos estaciones. En verano hace mucho calor.

—Por lo visto —intervino Horace—, los robots como tú suelen vivir en el interior de colonias cubiertas como las que tenemos en el resto del sistema solar. ¿Ésta es la primera vez que visitas la Tierra?

—Sí —respondió el Mentor Primero—. De hecho, estoy acostumbrado a un clima muy agradable y sin cambios. Nunca había visto la nieve ni el hielo. Desde aquí puedo oír como se quiebran las ramas de los árboles del parque. ¿Cómo podéis soportar vivir aquí? ¿No os gustaría tener un clima regulado?

—De ninguna manera —declaró Fargo—. El clima natural de nuestro Manhattan es vigorizador y nos permite gozar y apreciar la capacidad de adaptación del cuerpo humano, así como las creaciones de la mente humana.

Jeff se echó a reír.

—Sin embargo, Fargo, he notado que cuando hace demasiado frío o un calor excesivo, prefieres quedarte dentro de casa.

—No hay que hacerle caso a mi hermano menor —dijo Fargo cogiendo otra pasta recién hecha—. ¿Y no creéis que deberíamos llamar a la hermana de Horace para comunicarle que no le ha pasado nada?

Con semblante culpable, Horace engulló el último de los melocotones y el yogurt, y se levantó.

—Estoy abusando de vuestra hospitalidad. Aunque me gustaría muchísimo continuar aquí para hablar con este robot maravilloso, he de ir a casa a asegurarme de que el sistema de calefacción funciona adecuadamente con este tiempo tan frío. Nuestros inquilinos protestan si no tienen suficiente calor…

Se oyó la campanilla de la puerta.

—¿A esta hora de la mañana? —comentó Fargo.

—Es casi mediodía —advirtió Jeff—. Nos hemos dormido.

Abrió la puerta. Leo Jones entró.

—Hedy dice que Horace ha pasado toda la noche fuera y no sabe donde está… ¡Horace! ¿Qué haces aquí?

Se abrió otra vez la puerta y entró Norby. Leo lo miró asombrado.

—¡Norby! ¡Estás bien!

—Es una larga historia, Leo —intervino Fargo—. Te haré la merced de contártela íntegra acompañada de otra pasta, mientras Jeff y Horace se ponen sus abrigos.

En su habitación, Jeff preguntó a Norby como estaba Lizzie.

—Está bien, Jeff. Desde que tiene acceso a los bancos de datos de la nave de mi padre, sabe de donde viene y está deseosa de volver allá. Será el primer taxi de Manhattan que visite Jamia, salvo que ya no es un taxi. Se siente un poco triste por eso.

—Me gustaría que todavía lo fuera. He llamado a otras compañías pidiendo un taxi pero, o bien no me contestan, o me dicen que he de esperar unas cuantas horas.

—Mi padre puede llevar a Horace a casa.

—Claro, y ser detenido de paso… ¡Espera! Norby, es una buena idea, Trae aquel pedazo grande de cartón que venía con el póster que compré.

Cuando Jeff y Norby se reunieron con los demás, llevaban un cartel que decía: «Compre los robots industriales de Cob». De la parte superior colgaba una cuerda gruesa en forma de lazo.

—Si te pones esto, Mentor Primero, nadie pensará que eres una cosa rara —dijo Jeff—. Especialmente si también llevas mi gorro de esquí de manera que tape tu tercer ojo y ocultes un par de brazos debajo de una capa…

—Supongo que no te referirás a mi capa de satén rojo para las fiestas —interrumpió Fargo—. Además, algunos robots industriales pueden tener perfectamente cuatro brazos.

—De acuerdo —concedió Jeff—. Mentor Primero llevará a Horace a su casa y, si no le importa llevarnos también a Norby y a mí, podremos enseñarle la escultura del dragón y la gárgola de la Mansión Higgins. Alcalde Jones, ¿podría llamar a Hedy y comunicarle que vamos para allá?

—La llamaré y me reuniré con vosotros. El robot puede arrastrarme sobre los esquíes si tengo dificultades con la nieve helada.

—Espero que mi madre no vea a Mentor Primero —comentó Horace—. Un robot tan grande podría despertar nuevamente sus ansias de destrucción.

# 9. Hecha por los Otros

EL ASPECTO de la Mansión Higgins era todavía más fantástico a causa de los carámbanos que colgaban de sus cornisas y alféizares. El Mentor Primero se quedó contemplándolos mientras dejaba a Jeff y Horace delante de la puerta de entrada.

—Esto sí que debe ser un castillo —comentó.

—Quizá tienes razón —asintió Jeff—. Si cada hogar es el castillo de un ser humano, la Mansión Higgins lo es.

Estaba a punto de prevenir al Mentor Primero acerca de la gárgola que escupía, cuando advirtió que una capa de hielo la envolvía por completo.

Hedy les dio la bienvenida y les hizo entrar sin hacer comentario alguno acerca de la extraña apariencia del enorme robot ni del cartel que llevaba colgado. Jeff sospechó que el alcalde Jones conocía más de la cuenta las aventuras de la familia Wells y que había hecho jurar el secreto a Hedy.

Norby, aposentado en los brazos inferiores del Mentor Primero, no daba señales de querer bajar al suelo.

—¿Dónde está su madre, señorita Higgins?

—Arriba. Ya no sale de su habitación. De repente le ha caído la vejez encima y no hace más que sollozar. No puede soportar bajar aquí y ver su retrato de cuando era joven y bella. Repite incesantemente que jamás tendrá el legado de su padre porque mató a su robot. Si le digo que estás vivo…

—Por favor, no le diga nada —rogó Jeff—. Destruyó las capacidades especiales de Norby y no tengo deseos de explicárselo. Y si ve a Norby recordará lo que éste le dijo: que Mac se sintió rechazado por su egoísmo.

—Sí —dijo Hedy—. Lo comprendo.

El Mentor Primero contemplaba la escultura del dragón.

—Leo, ¿has comido? —preguntó Hedy.

—Sólo he tomado un bocado en casa de los Wells. Casi nada.

—Vamos a la cocina y comeremos juntos. Hoy el museo está cerrado y creo que Horace se bastará para mostrar la Mansión Higgins a Norby, Jeff y al Mentor Primero.

—Iré al taller y lo arreglaré un poco. Me gustará que los dos robots lo vean limpio —dijo Horace.

Cuando se hubieron ido, el Mentor Primero dijo en jamino:

—Jeff, la escultura del dragón fue hecha por los Otros. MacGillicuddy la debió encontrar en la nave estrellada junto con Norby.

—Cuando la vi por primera vez —dijo éste—, no me pareció que contuviera ninguna parte electrónica en su interior. Pero no puedo decir nada más porque he perdido mis talentos. ¿Qué te parece?

—Sí, es una obra de arte muy buena, pero pertenece a Jamia.

—No digas eso —rogó Norby—. Merlina Mynn se ha desprendido de todo. Hemos de dejarle el dragón.

—Se lo dejaré —accedió el Mentor Primero—, pero siento que en esta casa hay algo más de los Otros…

Horace volvió sonriendo de oreja a oreja.

—Por favor, venid a ver donde trabajo. Hasta ahora nadie lo ha visto, excepto Hedy.

En el subterráneo del otro edificio vieron una vasta sala llena a rebosar de tantos objetos heterogéneos, que Jeff pensó que lo único que podía hacer Horace allí era pasar el tiempo buscando cosas. Sin embargo, Horace parecía saber exactamente donde estaba todo. Les mostró una máquina de jugar al ajedrez y una fuente musical de agua. Jeff se abstuvo de comentarle que algunos de sus más preciados «inventos» hacía siglos que se usaban. Esperaba que el Mentor Primero comprendiera que Horace era un ser humano que carecía de una mentalidad adulta.

—Una colección muy interesante —comentó el Mentor Primero cogiendo un viejo objeto de madera construido con hileras de bolitas.

—Es un ábaco —anunció Horace con orgullo—. Se pueden hacer operaciones aritméticas con él, pero no soy muy bueno utilizándolo. Encuentro más fácil la calculadora de bolsillo. Tengo las instrucciones para su manejo. Me gustaría que lo aceptaras como un regalo mío.

—Gracias —dijo gravemente Mentor Primero—. A los, ah… niños de donde vivo, les gustará mucho. ¿Y esto qué es?

Horace miró hacia unos pequeños objetos que estaban en la palma abierta de la mano izquierda inferior del Mentor Primero.

—Transistores antiguos. Probablemente todavía funcionan. También tengo algunas placas de microchips.

—No te comprendo —dijo el Mentor Primero.

—En la historia de la robótica terrícola —intervino Norby—, estos utensilios hicieron posible las computadoras avanzadas y se siguieron utilizando hasta la invención del cerebro electrónico de microburbuja.

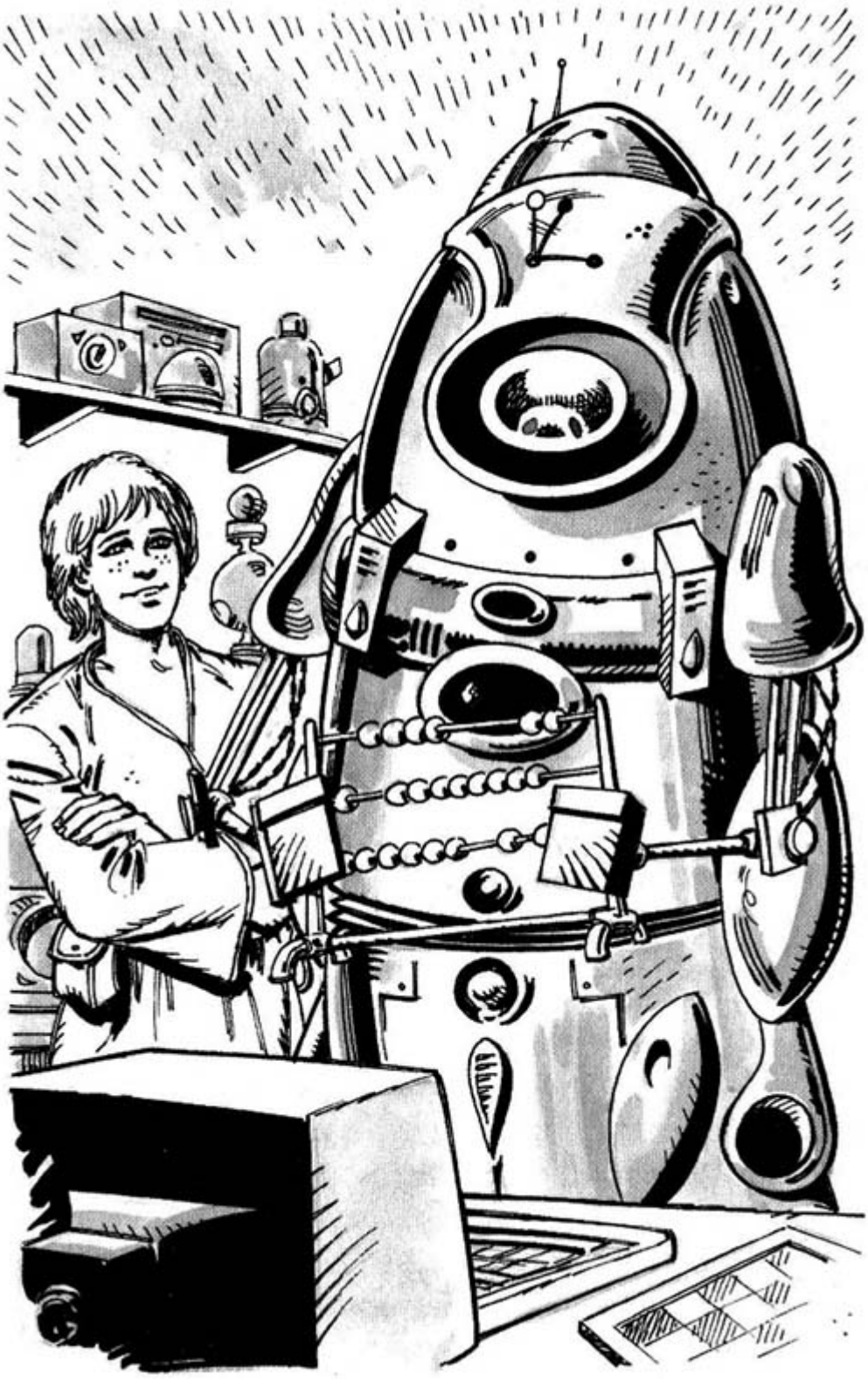
—Pensé que podía usar los microchips para hacer circular mis trenes eléctricos, pero son tan antiguos que sólo funcionan con transformadores. ¿Veis?

Y Horace quitó una gran lona que tapaba una mesa de un rincón. Sobre ella apareció un paisaje en miniatura de colinas, pueblos y un ferrocarril con varios cruces, túneles y puentes que llegaba a la estación después de una serie de recorridos. Horace tocó un interruptor y el tren empezó a avanzar lanzando una serie de pequeñas vaharadas sonoras de algo que parecía humo.

—¡Es maravilloso! —exclamó Jeff fascinado. De pequeño había tenido una estación espacial, pero los trenes en miniatura sólo los había visto en los museos.

—Resulta fácil construir un transformador antiguo —explicó Horace señalando uno en forma de caja que había usado en los trenes—. Incluso yo sé hacerlos. Tengo otro. Mentor Primero, llévatelo junto con los transistores como regalo. Puedes comprobar como amplifica la corriente aunque, desde luego, los transistores pueden hacer muchas cosas más, pero yo no las entiendo.

—Gracias —repitió el Mentor Primero en un tono grave como si recibiera piedras preciosas. Cogió el transformador de la huesuda mano de Horace—. Me gustaría inspeccionar estas cosas. Podría utilizarlas para los juguetes de los drago… eh, de los niños. Muchas gracias.



Jeff miró fascinado el ferrocarril en miniatura.

—Es un tren magnífico, Horace. Lo has construido a la perfección.

—Puedes venir cuando quieras, Jeff —ofreció Horace—. Jugaremos con el tren y me contarás cosas del espacio. Nunca he ido.

—Quizá vayas un día.

—No. No quiero abandonar mi casa. No me gusta salir de Manhattan.

—¡Jeff! —gritó Leo desde la puerta que conectaba ambas casas—. ¡Hemos de irnos!

—Sí —dijo el Mentor Primero—. Hay alguien cerca envenenado por el odio. Puedo sentirlo.

—No quiero ver otra vez a Merlina Mynn —declaró Norby.

Hedy se unió a Leo y ambos entraron en el taller.

—Mi madre os ha visto llegar. No ha advertido a Norby porque el Mentor Primero lo llevaba muy cerca de su cuerpo, pero está muy irritada porque no quiere ningún robot en casa. Le he dicho que había pedido uno para que reparara el sistema de calefacción. Será mejor que salgáis por este edificio en lugar de volver a la Mansión Higgins. No le importa que Leo se quede.

Cuando los dos robots y Jeff estuvieron fuera, a salvo en el Parque Central, el Mentor Primero miró hacia atrás, a la Mansión Higgins.

—Me gustaría examinar otra vez esa casa. Contiene algo que no es terrícola. Algo poderoso.

—¿La escultura del dragón? —preguntó Jeff.

—No lo creo, pero quizá me equivoco.

—¿Es malo? —preguntó Norby—. Me resulta difícil creer que cualquier cosa enviada por los Otros pudiera contener nada perjudicial y, sin embargo, el arma lo es.

—¿Malo? —repitió el Mentor Primero—. Es un concepto humano pero puedo entenderlo. No lo sé. Lo siento sólo débilmente porque éste no es mi planeta ni éstas son las especies biológicas que yo comprendo, pero me parece que contiene pensamientos malos y algo más que no desea luchar pero que espera que haya un cambio.

—¿Y de qué puede tratarse? —preguntó Jeff.

—No lo sé —y el Mentor Primero se arregló el cartel que le colgaba a la espalda, alzó a Jeff en sus brazos, lo colocó cerca de Norby y emprendió la marcha por la nieve del Parque Central.

Fargo, Jeff, Norby y el Mentor Primero hablaron y hablaron durante el resto del día, revisando una y otra vez el problema.

—He examinado a Norby —decía el Mentor Primero—, y no puedo decir qué tiene. Al parecer, se le han borrado sus talentos más especiales. Ignoro cómo construir las partes que le devuelvan la capacidad de hiperviajar o antigravitar y me da miedo desmontarlo.

—Confío en ti, padre. Tú me hiciste.

—Sólo una parte, Norby. Yo te doté de los componentes de la antigravedad así como del mecanismo que te permitía viajar al hiperespacio, pero cuando MacGillicuddy te encontró, añadió muchas cosas más, pero todo tan entrelazado e imbricado que sólo él te podría desmontar con garantías de éxito.

—Y está muerto —añadió Jeff—. Tenía la leve esperanza de que su nieto podría ayudarme, pero Horace no es más que un hombre simple con una inteligencia simple, no un genio de la robótica.

—¿Y si dejáramos que los científicos de Yobo te ayudaran, Mentor Primero? —propuso Fargo.

Mentor Primero rascó la barriga de Ula con una de sus manazas y preguntó:

—¿Se puede confiar en los científicos del almirante?

—No —declaró Norby—. No tendrían ningún interés en ayudarme, sólo desearían desmontarte, padre.

—Probablemente Norby tiene razón —asintió Jeff—. Tendremos que pensar en alguna otra cosa.

—Escucha, Jeff, todavía no has mostrado esa arma al Mentor Primero —los ojos de Fargo se entrecerraron mientras fijaba la mirada en su hermano—. Creo recordar que Lizzie te dijo que Mac le había contado que el arma también podía ser usada para el bien. ¿No es cierto?

Jeff sonrió débilmente.

—También dijo que Mac había declarado que podía ser muy peligrosa.

—Ve a buscarla, Jeff —dijo Fargo.

Jeff fue a su habitación, abrió el cajón cerrado con llave donde había puesto el arma y la sacó, cogiéndola con mucho cuidado, por primera vez después de aquella noche espantosa en que llegó a casa convencido que había perdido a Norby.

El arma tenía la forma de un cilindro de metal de color naranja pálido que, cuando se asía, tenía el toque de una pieza de satén cálido. Si se apartaba una plaquita, aparecía una hendidura donde podía insertarse el

pulgar y disparar un impacto o dos. Merlina debía haber usado los dos cuando atacó a Norby.

Un extremo del cilindro estaba cerrado por el mismo metal y el otro era un orificio abierto. Cuando Jeff miró a su interior vio una capa dorada traslúcida de algo que no parecía metal sino una cosa que brillaba débilmente.

Cuanto más sostenía el arma, menos deseos sentía de soltarla. Parecía viva. Aquel instrumento alienígena le hacía sentirse poderoso sólo de tenerlo en las manos. No tenía ningún deseo de llevarlo a la sala.

De repente, le pareció que hacía años que empuñaba aquella arma y que era suya y que jamás desearía soltarla. Y también sintió que jamás sería capaz de usarla porque podía destruirlo.

Cuadró los hombros y entró en la sala. Fargo, Norby y el Mentor Primero lo miraron fijamente.

—¿Qué pasa, Jeff? —preguntó Norby.

Jeff alargó el arma al Mentor Primero.

—Por favor, coge este instrumento. Tiene un efecto especial sobre la gente que lo empuña. No me extrañan los actos de Merlina Mynn. No sé como pudo utilizarla Mac.

—La usó sobre mí después de hallar mi parte jamina —explicó Norby—. He perdido la memoria de lo que ocurrió exactamente, así como del momento en que el Mentor Primero me construyó, pero ahora puedo recordar a Mac con ella en la mano. Después de hacerme robot jamino y terrícola, afirmó que nunca más volvería a alterar mi memoria. Aquélla es la última vez que vi el arma.

—Quizá le asustó y, por eso, la ocultó —sugirió Fargo.

—Debió utilizar el primer impacto —calculó el Mentor Primero, que seguía mirando el arma pero no hacía ningún ademán para retirarla de la mano de Jeff—. El primero borra la memoria de los robots, el segundo debe eliminar las capacidades y la energía. Y si se emplea de forma prolongada, seguramente debe destruir también el cerebro, aunque sólo sea por falta de energía.

—Por favor, cógela —rogó Jeff—. Mira si tiene algún uso que devuelva los talentos a Norby. En caso contrario, llévatela a Jamia, a donde pertenece.

El Mentor Primero tocó el arma y retrocedió inmediatamente como si se hubiera quemado.

—No quiero usar este instrumento. Es peligroso para los robots. Sólo debe ser manejado por los seres biológicos.

—¿Quieres decir que, si la coge un robot, se activa y podría dañarlo? —preguntó Jeff.

—Quizá.

—¿En ese caso, por qué los Otros lo enviaron a Jamia? —preguntó Fargo—. Cuando mandaron la nave de rescate, los robots Mentores apenas estaban empezando a civilizar a los dragones de Jamia.

—Por tanto, no se envió para que los dragones controlaran a los Mentores —concluyó Norby—. Quizás el arma llevaba alguna especie de instrucción. Algo que describiera cómo usarla sin peligro para fines constructivos.

—Es probable —comentó el Mentor Primero—. Quizá MacGillicuddy encontró las instrucciones pero como no sabía leer jamino, probablemente las tiró.

—No, si se parecía a Horace —dijo Jeff—. Las hubiera guardado en su taller de la Mansión Higgins. Tendremos que enseñar a Horace una muestra de escritura jamina y preguntarle si ha encontrado algo parecido.

—Es poco probable que las encontréis —afirmó Fargo—. Horace igual las ha convertido en un juguete o, lo más seguro, su madre las ha destruido. Después de todo, si tenía el arma y si ésta iba con las instrucciones…

—¡Maldita sea! —exclamó Jeff.

—¿Y cuál debe ser el fin constructivo? —preguntó el Mentor Primero.

Nadie fue capaz de responder. Jeff encerró nuevamente el arma en el cajón de su escritorio.

# 10. Queda un talento

AQUELLA noche Jeff durmió mal. No hizo más que soñar que Merlina Mynn lo perseguía enarbolando un Norby aplastado que parecía haber sufrido el impacto de la nave del Mentor Primero. Cuando conseguía arrancarle a Norby de las manos, Merlina estallaba en risas histéricas y, de pronto, se tornaba tan joven y hermosa como en el retrato.

Jeff se despertó sudando y advirtió que en la habitación hacía demasiado calor. La calefacción estaba al máximo, pero el tiempo, fuera, había cambiado. Soplaba un frente cálido que fundía los carámbanos y podía oír el sonido de las gotas al caer.

Mientras yacía en la cama, consciente de que en la sala Norby y el Mentor Primero conversaban en voz baja, en jamino, recordaba la noche en que presintió que en algún rincón de su mente había un dato que le ayudaría a recuperar a Norby. Se trataba de algo que había oído. Seguía sin poder recordarlo, pero ahora estaba seguro de que lo había dicho Lizzie.

Después del desayuno, mientras Fargo rezongaba acerca de las dificultades de la composición de una novela, Jeff pidió al Mentor Primero ir a su nave para hablar con la nueva encarnación de Lizzie.

Le acompañaron los dos robots. Lizzie estuvo encantada.

—Estoy muy contenta de veros a todos —exclamó. Procedente de la computadora de la nave, su voz sonaba más musical pero seguía teniendo el acusado acento de Manhattan—. Me siento muy sola. La computadora no es una gran compañía para el cerebro de un taxi acostumbrado a los seres humanos. Le he contado todos los chistes que conozco, pero la verdad es que no tiene ningún sentido del humor.

—Lizzie —dijo Jeff—, estoy intentando recordar algo que dijiste acerca del arma. ¿Puedes repetirlo?

—Dije que Moisés MacGillicuddy me había dicho que el arma podía utilizarse para el bien pero que, aún así, resultaba muy peligrosa.

—¿Nunca te dijo para que clase de bien?

—No, pero… —Lizzie hizo una pausa y Jeff no pudo dejar de pensar lo extraño que resultaba oír surgir la voz de un taxi de Manhattan a través del tablero de control de la nave del Mentor Primero.

—¿Pero, qué? —preguntó Norby.

—Nada definido, pero tuve la impresión… es decir, se supone que los cerebros de los robots no pueden ser intuitivos, pero quizá no debería mencionarlo…

—¡Lizzie! —gritó Norby—. Deja ya de pensar como un cerebro de robot terrícola ordinario. Has dejado de serlo desde el momento en que estás conectada con la computadora de mi padre. Y dejaste de ser corriente cuando Mac te cambió. Probablemente tienes intuición de la misma manera que tienes sentimientos. Dinos la impresión que tuviste.

—Pensé que quizá MacGillicuddy se refería al cambio operado en mí como una cosa buena realizada por el arma, pero no tengo pruebas de esto. Ignoro si el arma me cambió.

—Quizá lo hizo —terció el Mentor Primero—. Pero ¿cómo? Ignoramos cómo manejar el arma de una manera no destructiva.

—Si pudiéramos comunicarnos con los Otros, seguramente ellos lo sabrían —dijo Jeff.

—Probablemente fue una buena cosa que el arma nunca llegara a nuestras manos —observó el Mentor Primero—. Habría podido hacer más daño que beneficio. Sin embargo, tienes razón en que los Otros podrían ayudarnos. Desde que los robots Mentores fueron activados por la computadora principal dejada en Jamia por los Otros, nunca he visto ningún Otro, aunque sé que tú y Norby los conocéis.

—Los hemos visto en el pasado, el presente y el futuro —declaró Norby—. A uno lo conocemos muy bien. Le llamamos Rembrandt. Vive en nuestro presente, en alguna parte en el universo, en el espacio-tiempo normal o en el hiperespacio.

—Si pudiera nos ayudaría —aseguró Jeff—. Es un artista. Quizá fuera él quien realizó la escultura del dragón.

—No, Jeff —dijo Norby—. Como seres biológicos, los Otros viven mucho más que los humanos, pero la nave de rescate debió ser enviada antes del nacimiento de Rembrandt.

—Pero podría conocer su existencia y la del arma —insistió Jeff—. Probemos a concentrarnos todos en él. Sé que los poderes telepáticos de Norby han desaparecido, pero el resto de nosotros poseemos una pequeña capacidad y podemos probar.

—¿Yo también, Jeff Wells, señor?

—Tú también Lizzie, especialmente ahora que formas parte de la poderosa nave del Mentor Primero… *¡la nave!*

—¿Qué pasa, Jeff? —preguntó Norby.

—Me había olvidado de que esta nave es la misma que mucho tiempo atrás los Otros enviaron con provisiones a Jamia. La nave se estrelló en un asteroide de nuestro sistema solar junto con el *Explorador*, es decir tú, Norby, tal y como te hizo primeramente el Mentor Primero…

—¿Y qué, Jeff? Quizá los seres humanos como tú olvidan estas cosas, pero ni el Mentor Primero ni yo las olvidamos jamás.

—¿Alguna vez se ha registrado a fondo esta nave? Quizá podamos encontrar alguna oirá cosa enviada por los Otros, o las instrucciones, o algo que pudiera explicar el funcionamiento del arma y el significado de la escultura del dragón.

—Esta nave ha sido utilizada en numerosas ocasiones desde que Norby la trajo a Jamia —dijo el Mentor Primero—, pero como no sabíamos nada de la escultura del dragón ni del arma, nunca hemos buscado nada que pudiera estar escondido. Miremos ahora.

Registraron cada milímetro cuadrado de la nave jamina pero no encontraron instrucciones de ninguna especie. Sólo vieron un armario que presentaba unas marcas en la puerta como si hubiera sido forzada. Pero dentro no había nada.

—Pensaba utilizar este armario para guardar muestras de minerales caso que viajara a otros planetas —explicó el Mentor Primero—. Pero en Jamia tengo tanto trabajo que este viaje a la Tierra es el primero que hago. Me parece recordar que, cuando la nave llegó a nuestro poder, este armario estaba vacío.

—Es lo suficientemente grande para contener la escultura del dragón —comentó Jeff—. Y en este cajón caben de sobras el arma y las instrucciones.

—Mira —dijo Norby—, en la cara interna, en la parte superior e inferior de la puerta hay unos extraños ganchos, y los estantes del interior

no llegan a la línea del borde de las paredes laterales para no chocar con lo que estuviera sujeto a la parte interior de la puerta, y poder cerrarla.

—Pero ¿qué forma podía tener la cosa? —preguntó el Mentor Primero.

—Estos ganchos me recuerdan los que se utilizan para sujetar las tuberías de las casas a la pared —comentó Jeff—. En esta puerta parece haber el espacio suficiente para contener un objeto tubular sujeto a los ganchos.

—Sólo que el objeto no está aquí y no sabemos qué pudo ser —añadió Norby.

—Yo tampoco lo sé —intervino Lizzie—. He buscado en los bancos de memoria de esta computadora idiota a la que mi cerebro está conectado y sólo hay una nota que dice que el armario contenía objetos de arte enviados por los Otros, pero ninguna lista. No sirve de mucho, ¿verdad?

—Sí, sirve —afirmó Norby—. Confirma la teoría de Jeff.

—Espera… —dijo Jeff—. Y si… y *digo si* el arma estaba en este cajón, la clasificaron como objeto de arte, en cuyo caso serviría para elaborar algo artístico y no para destruir memorias o talentos de los robots.

—Sí, pero ¿cómo? —objetó Norby—. Lizzie, ¿puedes encontrar algo más que nos explique cómo se usaba el arma?

—No, Norby, pero ahora que estoy conectada a la energía de esta nave, creo que puedo contribuir a vuestros esfuerzos por conectar telepáticamente con Rembrandt.

—Probemos —decidió Jeff. Asió la manaza derecha inferior del enorme robot, mientras éste tocaba el tablero de control de la computadora de su nave y, por tanto, con Lizzie, y tendió la otra a su robot—. Ven, Norby.

—Ya no puedo hacerlo.

—Pero puedes formar parte del anillo.

—A lo mejor lo estropeo todo —argumentó Norby con voz tenue mientras ocultaba la cabeza en el interior de su cuerpo hasta dejar a fuera solamente la mitad superior de los ojos—. Quizá no sólo haya perdido mis talentos, puedo estar dañado de alguna manera y resultar peligroso si me conecto con otras mentes.

—Norby, hijo mío —intervino el Mentor Primero—, no te desesperes. Encontraremos la manera de ayudarte. Únete a nosotros. No tenemos miedo. ¿Jeff?

—Ninguno.

—¿Lizzie?

—Oh, no, amable Mentor Primero, señor. Jamás he tenido miedo de Norby.

Jeff alargó su otra mano.

—Ven, Norby.

Jeff sostuvo fuertemente las manos de los dos robots, uno a cada lado. Fijó la mirada en la pantalla del visor, encima del tablero de control de la nave. El Parque Central brillaba al cálido sol, mientras éste fundía la nieve y el hielo. Veía el pequeño castillo de Belvedere —recordó que tenía que mostrarle al Mentor Primero el único castillo «de verdad» de Manhattan— y siguió pensando cómo le gustaría enseñarle al Mentor Primero el Museo Metropolitano para que viera arte humano verdadero… Así, no se concentraba.

—«Yo puedo enseñarle todas las atracciones turísticas de Manhattan —dijo Lizzie telepáticamente—, es decir, hubiera podido cuando era un taxi…».

—«Me gustará mucho contemplar el arte humano algún día —terció el Mentor Primero—, pero ahora creo que deberíamos concentrarnos en los Otros. Tú sabes el aspecto que tienen, Jeff. Represéntalos en tu mente».

Avergonzado de la transparencia de sus pensamientos tanto para Lizzie como para el Mentor Primero, Jeff cerró los ojos e intentó concentrarse.

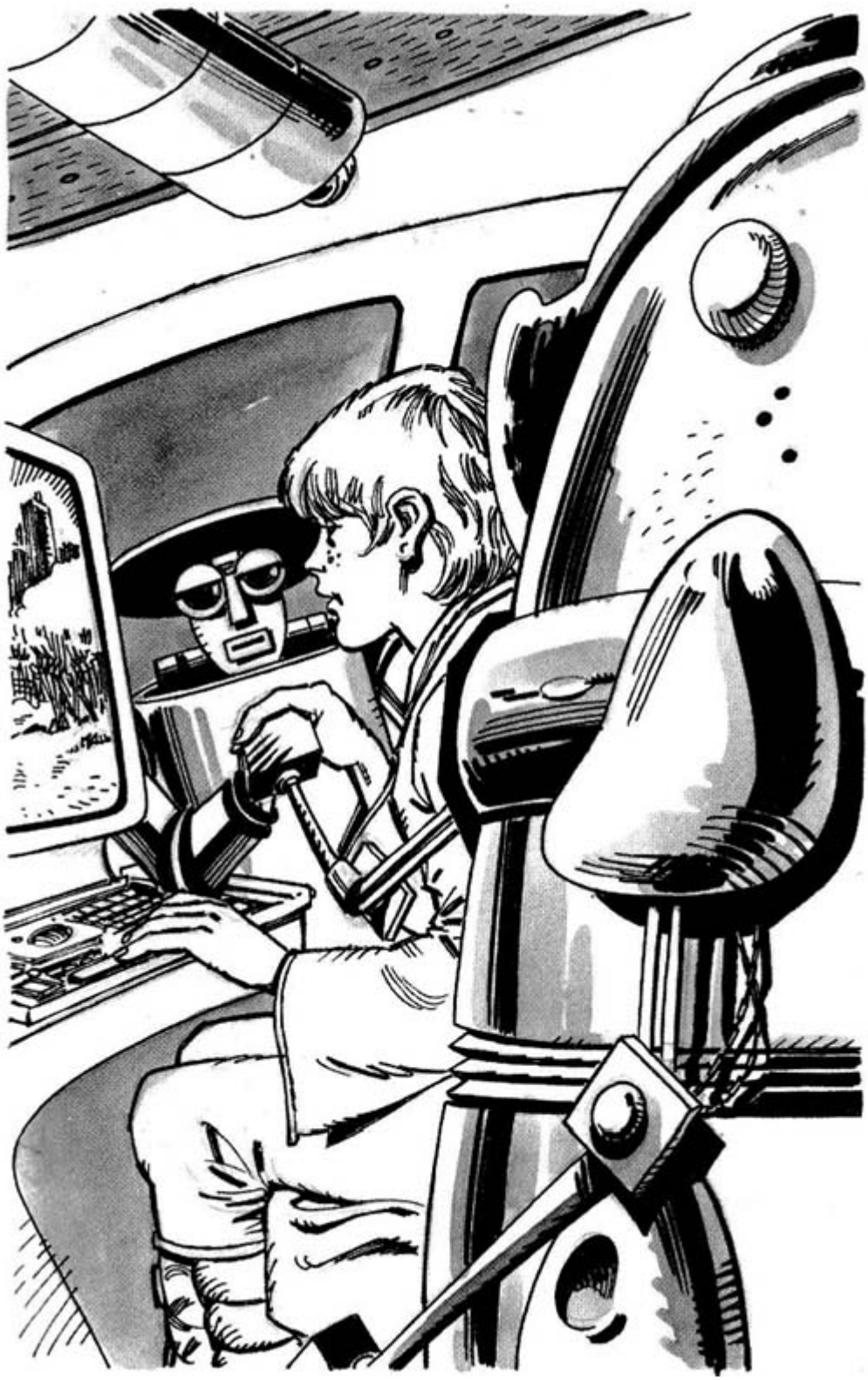
Olvidó la vista del Parque Central y compuso la imagen mental del Otro a quien llamaban Rembrandt. Alto, de cuatro extremidades y tres ojos, como los robots Mentores creados por ellos, pero vagamente humanoides y con una expresión de gran calma y considerable hermosura en sus extraños rostros. «¡Oh, cómo deseaba ver nuevamente a Rembrandt!».

De repente a Jeff le pareció que el estómago se le caía a la vez que oía gritar a Lizzie:

—¡Me caigo!

Jeff abrió los ojos al tiempo que el Mentor Primero le soltaba bruscamente la mano y se lanzaba hacia los controles de la nave.

Jeff miró a la pantalla y se quedó sin respiración. La nave bajaba a toda velocidad sobre un paisaje de árboles achaparrados ¡que no había visto en su vida!



# 11. Mac

LA NAVE detuvo su caída pero aplastó unos cuantos árboles al detenerse a un metro del suelo.

—Gracias, Mentor Primero —dijo Lizzie—. Tendría que haberme sostenido con mi antigravedad, pero me ha sorprendido tanto sentir que el techo de debajo había desaparecido de repente, que me he olvidado de hacerlo. La capacidad emotiva puede ser una cosa disculpable para un taxi de Manhattan, pero no es segura cuando se trata de una nave espacial. No me extraña que tu computadora resulte tan aburrida.

—Lizzie, ya que formas parte de mi computadora, por favor, memoriza las coordenadas exactas que tenía la nave antes de empezar a caer.

—No necesito memorizarlas —respondió Lizzie algo tiesa—. Las conservo. O lo hace la computadora. O algo… ¡Oh, estoy muy confusa, pero tengo las coordenadas! ¿Deseas que lleve la nave a esa posición y la mantenga en situación de antigravedad?

—Sí.

La nave se elevó y se detuvo. Jeff carraspeó y dijo:

—Si no te importa, Mentor Primero, me gustaría que la nave se elevara el doble.

—De acuerdo. Ya está.

Desde la nueva posición, se tenía una mejor perspectiva. Jeff vio una tierra de bosques espesos pespunteados por masas rocosas y unas cuantas praderas. En la distancia podía verse el brillo del agua y más allá, más extensión de tierra.

—¿Ha girado la nave? —preguntó Jeff.

—Sí —respondió Norby—. Tengo los sensores en posición de manera que podamos ver en todas direcciones.

La sombra de los árboles indicaba que el sol estaba alto, pero resultaba difícil calcular la dirección en la cual se habían trasladado. En los árboles cercanos más elevados Jeff vio musgo y líquenes. Como el musgo crece en la cara norte de los árboles, calculó que la primera vista había sido del este. La pantalla cambió y mostró el lado sur donde apareció una vasta Extensión de selva. Cuando los sensores giraron hacia el oeste, divisó más agua, un río caudaloso y, más allá, una especie de acantilados cuya estructura columnar y eruptiva era inequívoca.

—¡Seres humanos! —exclamó el Mentor Primero—. ¿Dónde estamos?

Se veía gente moviéndose entre los árboles. Un hombre de piel bronceada se encaramó sobre una roca alta y gritó algo agitando un arco. Cogió una flecha del carcaj colgado a la espalda, la colocó en el arco, tensó éste y disparó inútilmente contra el costado de la nave.

—Son indios de Manhattan —dijo Jeff—. Y éste es el río Hudson y más allá el cañón. Hemos retrocedido en el tiempo, antes del 1626, cuando los indios vendieron la isla a los holandeses. Eleva la nave y podrás ver el río hacia el sur hasta la desembocadura, en la bahía.

—La vista es espectacular —comentó el Mentor Primero—. Estoy seguro de que te sientes orgulloso de vivir en una isla tan maravillosa, sea el tiempo que sea. Pero ¿cómo hemos venido a parar a vuestro siglo diecisiete?

—Me temo que lo he hecho yo —declaró Norby—. Me estaba esforzando tanto en ver si recuperaba la telepatía, que me he olvidado de comprobar si conservaba la habilidad de viajar en el tiempo. Ya sabía que me faltaba la antigravitación y el hiperviaje, pero es evidente que la del viaje en el tiempo no la he perdido.

—En este espacio temporal Rembrandt no existe —dijo Jeff—. Pero quizás existan los Otros que fabricaron el arma, pero ¿cómo podemos encontrarlos? ¿Nos concentramos otra vez telepáticamente?

Probaron y probaron, con y sin Norby, pero siguió sin ocurrir nada. Ni Jeff ni el Mentor Primero sintieron ninguna señal de contacto mental con los Otros.

Al cabo de una hora, Jeff dijo:

—Norby, si nos has traído aquí, ¿puedes devolvernos a casa?

—No estoy seguro, Jeff. Quizá tengamos que volver a Jamia para pasar allí el resto de nuestras vidas.

—No podemos —declaró Jeff—. En este momento, allí, el Mentor Primero ya existe. No podemos trasladarnos a un tiempo en el cual ya exista uno de nosotros. Intenta devolvernos al nuestro en el mismo instante en que lo abandonamos.

El Mentor Primero añadió:

—Lizzie, lleva la nave a las coordenadas exactas que teníamos cuando estabas en el tejado de Jeff.

—Sí, señor.

Norby se enchufó en la nave y cerró ambos pares de ojos para concentrarse en la vuelta al tiempo correcto. A los cinco minutos abrió el par de ojos traseros y le dijo a Jeff:

—Ojalá pudiera hablar con Mac…

—No puedes ir a un tiempo y a un lugar en el cual ya existas —repitió Jeff.

—Sí, ya lo sé. Sólo…

Se produjo una sacudida y de repente, debajo de ellos apareció el tejado de la casa de Jeff y un Manhattan civilizado.

—Hay algo equivocado —comentó Jeff—. Falta el edificio alto que se construyó el año pasado al oeste del Parque Central.

Los sensores de la nave captaron unas voces enteramente comprensibles puesto que hablaban en terrícola básico normal.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Lleváis la marca del Comando Espacial y, por tanto, no podéis posaros en mi tejado! Estábamos durmiendo y no os hemos visto llegar, pero marchaos o llamaré a la policía. Manhattan es un país independiente y vosotros, los extranjeros, habéis de pasar por los canales adecuados para obtener el permiso de entrada. ¡Fuera de mi tejado!

Los sensores giraron y mostraron en la pantalla a un hombre bronceado de edad madura vestido con pantalones cortos. Con él estaba una mujer de su misma generación sosteniendo una hamaca plegable, Llevaba traje de baño y un enorme sombrero de paja. Ambos parecían enojados.

—Debe ser hace muchos años, antes de que Manhattan renunciara a su soberanía para unirse a la Federación —dijo Norby—. Me pregunto si podré encontrar a Mac. Entonces todavía era joven. Mucho antes de que comprara una nave de recuperación y me encontrara, Quizá pueda ayudarme.

—El hombre del tejado se ha ido agitando el puño —informó el Mentor Primero—. Probablemente llamará a las autoridades. Lizzie, si Norby no nos puede devolver a nuestro tiempo, por favor llévanos a alguna otra parte.

—¿A dónde? —preguntó Lizzie—. Esta nave es demasiado grande para ocultarla en el túnel transversal del parque.

—¡Espera, espera! —gritó Norby—. Vuela lentamente sobre el Parque Central. Quizá mis sensores no se hayan estropeado del todo. Siento a Mac… Deseaba tanto verle que me he conectado con el único tiempo en que era adulto pero todavía no me había encontrado. He de verle…

—No puedes, Norby —insistió Jeff—. Si lo haces, cambiarás tu propia historia y todo lo que nos ha ocurrido después a los dos. Me vas a cambiar a mí, al Mentor Primero y a todo…

Norby no le hacía caso.

—Está en el parque, Lizzie.

—Voy a llevar la nave a donde quiere Norby.

—¡Lizzie! —exclamó Jeff—. ¡No sabes nada del viaje en el tiempo! ¡Ignoras que es muy peligroso, porque puede cambiar el futuro que es nuestro presente!

Pero la nave del Mentor Primero ya se mecía sobre el Parque Central rozando las copas de los árboles para pasar más desapercibida a las patrullas antigravedad de la policía.

—¡Hay una barca de remos en el estanque! —exclamó Norby emocionadísimo—. ¿Le reconoces, Lizzie?

—Sí, Norby. Es nuestro Moisés MacGillicuddy cuando era joven e hizo bajar la nave cerca de la superficie del agua, al lado de la barca de remos.

MacGillicuddy sonrió a la nave y gritó:

—¡Eh, Comando Espacial! ¿Os habéis perdido?

El Mentor Primero asió a Norby.

—No debes decir nada, Norby. No debes salir de la nave para verle.

—Ya lo sé —dijo éste—. No soy totalmente estúpido. Conozco las leyes de la robótica y nunca ocasionaría tanto daño aunque lo deseara. Lo único que quiero es que Jeff se asome por la ventanilla, que finja que quiere saber donde están los mejores museos para los turistas y averigüe si Mac está casado y si desea tener hijos.

—¿Para qué? —preguntó Jeff.

—No estoy seguro —respondió Norby—. Aunque no pueda pedir a Mac que me ayude, quizá yo pueda ayudar más tarde a Merlina.

Jeff se asomó e hizo señas con el brazo a MacGillicuddy, Éste remó para acercarse. Su rostro tenía una bondadosa expresión que se parecía mucho al de su nieta Hedy, excepto que era mucho más joven. Era un día de primavera algo frío, las primeras fresas empezaban a florecer y los narcisos se hallaban en todo su esplendor. Mac llevaba un jersey que parecía tener un montón de años y un pañuelo de seda verde que parecía nuevo.

—Pareces muy joven para pertenecer al Comando Espacial —comentó Mac.

Jeff tragó saliva e intentó imaginar cómo se comportaría Fargo en una situación semejante. Seguro que representaría toda una comedia y convencería a todo el mundo.

—Soy un cadete del Espacio —dijo al fin, contento de no tener que mentir—. Formo parte de una investigación…

—Si estáis entrevistando a los habitantes de Manhattan acerca de la posibilidad de unirnos a la Federación, sabed que yo soy partidario de ello. Es una tontería pensar que una pequeña isla pueda seguir sola en medio de todo el sistema solar unido. Pretendían sacar dinero de los visados, pero les ha salido el tiro por la culata porque la Federación *nos* hace lo mismo. Decid a vuestros jefes que cuando nos unamos a la Federación seré el mejor comerciante de chatarra. Acabo de comprar una nave y…

—Ésta es una investigación distinta, señor. Es una especie de estudio aleatorio sobre la gente que trabaja a horario fijo. No estamos en fin de semana, ¿verdad?

—¿No lo sabéis?

—Acabamos de llegar de… ah… de lejos.

—Sí, es cierto. Hoy es lunes y no trabajo, Usualmente lo hago en una compañía de robótica, pero hoy celebro una cosa y aprovecho para reflexionar sobre todas las cosas que quiero hacer y que quiero conseguir, ya sabes, el futuro. Una especie de planificación.

—¿Qué está celebrando? ¿Una fiesta local?

Mac se echó a reír.

—Es una fiesta íntima. Ayer, mi esposa tuvo nuestro primer hijo, una niña a la que llamaremos Merlina porque es mágicamente hermosa. La

ayudé a nacer y después he venido aquí, al lago, a reflexionar. Ahora voy a verla otra vez.

—Felicidades, señor. Parece que se siente muy dichoso por tener una niña.

—Estoy muy contento. Es precisamente lo que quería. Procuraré que Merlina tenga la mejor vida que pueda ofrecerle. Voy a salir al sistema solar a buscar tesoros para ella, cosas que la hagan feliz para siempre.

—Esto está muy bien, señor. Ahora, hemos de irnos, Aquí hace mucho frío y hay poca gente en el parque. Acabaremos nuestra investigación en el centro de la ciudad.

—Pero ¿de qué es la investigación? No me lo has dicho.

—Sólo se aplica a la gente que hace trabajos independientes.

—Vuelve dentro de un año o dos. Yo seré de ésos.

—Buena suerte, señor.

—Y para ti, cadete.

La nave jamina se elevó de la superficie del agua y subió lo suficiente hasta ocultarse detrás de una nube. Norby se sentó a los controles, determinado a devolverlos a todos al tiempo actual.

—No puedo concentrarme —se lamentó—. No dejo de pensar en Mac y Merlina y en cómo la quería.

—La mayoría de los padres que acaban de tener un niño, le quieren mucho —declaró Jeff.

—Éste era especial. Hizo lo mejor que pudo por ella. Quizás exageró trabajando sin cesar y desplazándose con su nave en busca de todo tipo de objetos e inventando. Esto le tuvo tanto tiempo fuera de casa que Merlina creció resentida y egoísta, pero probablemente Mac no se dio cuenta. La amaba por encima de todo.

—La mayoría de la gente hace lo mismo —repitió Jeff—. Vámonos a casa.

—Sí —corroboró el Mentor Primero acercándose a los controles, al lado de Norby—. Concéntrate en nuestro tiempo, Norby. Te ayudaré. Debemos volver porque es el único medio para encontrar a los Otros que ya te conocen,

—Mirad por la pantalla —avisó Lizzie—. Se están acercando unas naves de patrulla. Tienen luces rojas que parpadean. En el Manhattan de mis días, esto significaría que habríamos cometido alguna infracción de

tráfico, como exceso de velocidad, y nos pondrían una multa. Pero esta vez no he volado demasiado aprisa.

—¡Alto! —gritó una voz amplificada por los sensores de la nave—. A pesar de vuestra forma rara, la identificación del casco indica que pertenecéis al Comando Espacial. No os habéis registrado en Emigración Extranjera. Habéis violado por tanto el espacio de la soberana nación de Manhattan y os detendremos en custodia…

—¡Rápido! —gritó Jeff—. ¡Vamos al hiperespacio antes de que nos inmovilicen con los ganchos!

El Mentor Primero se movió con rapidez. La nave saltó a una masa de nubes, lejos de la patrulla y, a continuación, se sumió en la vastedad gris del hiperespacio.

—A salvo —dijo el Mentor Primero.

—No me gusta estar aquí —se quejó Lizzie— ¡Este hiperespacio me estremece todos los circuitos! Soy una máquina de Manhattan y quiero volver a mi propio espacio y tiempo.

—Lo haremos, Lizzie —aseguró Jeff—. Norby, ¿nos podemos mover por el tiempo como por el hiperespacio?

—No lo sé, Jeff. Lo estaba probando, pero estos días no soy muy bueno en nada.

—Jeff Wells, señor.

—¿Sí, Lizzie?

—Yo sé que ésta es la nave del Mentor Primero, pero es un robot y yo estoy programada para pensar en los seres humanos como en mis jefes. Debo, por tanto, informarte primero a ti, amable señor humano…

—¿Informarme de qué?

—Estoy haciendo lo que puedo para obtener una lectura de los sensores de esta nave de la cual ahora formo parte, pero por lo visto en el hiperespacio no funcionan. Sin embargo, soy capaz de detectar que algo toca nuestro casco. He de informarte que algo se ha conectado a la portilla de esta nave, señor.

# 12. Un almuerzo con los alienígenas

—¡JEFF Wells, señor! —gritó Lizzie asustada—. Alguien me está hablando en una lengua extranjera a través del casco… ¡Oh, qué extraño…! ¿Cómo es que lo entiendo?

—Porque estás conectada a una nave cuya computadora comprende el jamino —explicó Norby—. No seas tan tonta y dinos de una vez lo que pasa ya que desde aquí no podemos oírlo.

—No puedo evitar ser tonta. Sólo soy un taxi de Manhattan, al menos en mis circuitos.

—Lizzie, ¿qué están diciendo? —preguntó Jeff.

—Conectaré los sensores del casco a los altavoces del interior —decidió el Mentor Primero—, dado que Lizzie parece demasiado nerviosa para funcionar adecuadamente. ¿Todos los taxis de Manhattan son iguales?

—No le respondas a eso, Jeff Wells, señor, por favor.

Jeff sonrió a pesar de su ansiedad y esperó a que el sonido se oyera por los altavoces. Cuando por fin surgió, el corazón le saltó de alegría porque eran palabras dichas en la lengua usada por los Otros y conocida como jamino.

—¿Norby? ¿Estás dentro de esta extraña nave? He registrado un contacto mental contigo, pero de una forma muy extraña; no pareces el mismo de siempre. ¿Estás dañado? ¿Te han capturado?

—¡Rembrandt! —Norby aplaudió con sus dos manos de doble palma—. Entra a bordo si puedes. Abriremos la portilla.

Cuando el Otro se les unió en la sala de control, parecía tener la misma edad de siempre, pero claro, los Otros conservaban el mismo aspecto hasta que eran muy viejos.

—Yo te lo explicaré todo, Rembrandt —dijo Jeff—. Pero primero, dime, ¿chanto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Hace pocos meses, ¿recuerdas? —dijo Rembrandt—. Habías pasado tus exámenes y tenías vacaciones. ¿Disfrutas de otras?

—No. Se trata de una semana de vacaciones trimestrales y se supone que debería estar estudiando. Pero Norby y yo tenemos un problema y necesitamos tu ayuda.

—Yo lo explicaré, Jeff —intervino Norby cogiendo una de las manos inferiores de Rembrandt—. Lo haré telepáticamente y será más rápido.

Al cabo de unos instantes, Norby retiró su mano y vaciló sobre sus dos pies dobles.

—No puedo. De alguna manera conseguí viajar en el tiempo y llegar hasta Rembrandt a través de una distancia tan vasta, pero ya no soy capaz de comunicarme como solía.

—Lo haré yo —dijo Jeff—, pero en voz alta. Mi telepatía por contacto no es lo suficientemente buena para elaborar un relato coherente de lo que ha ocurrido, Rembrandt. En realidad ni siquiera estoy seguro de que nada resulte coherente.

Rembrandt y Jeff estaban consumiendo un solitario almuerzo en la gigantesca nave del Otro, mientras las portillas de ambas naves seguían ensambladas. Norby había decidido quedarse en Jamia con Lizzie y el Mentor Primero, quizá porque se sentía demasiado desgraciado al haber perdido sus habilidades.

Los seres humanos y los Otros eran criaturas completamente diferentes procedentes de distintas partes del universo y con una historia divergente, pero de alguna manera Jeff sentía que tenía algo en común con Rembrandt, en especial su naturaleza biológica. Al menos, podía respirar el mismo aire e ingerir alimentos similares, cosa que resulta de gran ayuda cuando se celebra un almuerzo de deliberación.

—No sé qué le ocurrirá a Norby si no recupera sus talentos perdidos —comentaba Jeff—. Tengo miedo de que no querrá continuar a mi lado. Sufrirá por ser solamente un robot terrícola más y no poder salir al universo cuando quiera.

—Parece que aún puede viajar en el tiempo.

—Sí, pero sabe que es demasiado peligroso.

—Sí. El pasado no debe ser cambiado. ¿Tienes miedo de que Norby quiera quedarse en Jamia con el Mentor Primero?

—Sí —articuló Jeff con la visión borrosa a causa de las lágrimas.

—Como sabes, soy un artista y no sé nada de reparar inteligencias artificiales, pero he informado a mis científicos. Están estudiando el problema e intentarán ayudarte. Me habría gustado que hubieras traído esa arma misteriosa.

—No pensábamos dejar la Tierra, pero, de cualquier manera, creo que no la hubiera tocado de casa. Cuando te he explicado todo lo ocurrido, no he querido que el Mentor Primero y Norby se enteraran del extraño efecto que me produjo cuando la sostuve en la mano. Me entraron deseos de no soltarla por nada del mundo.

—¿Y no tienes otra clave para conocer su funcionamiento, excepto la que borra la memoria y destruye las habilidades de los robots?

—No. Ninguna. Tendrás que examinarla, Rembrandt y, dado que es imposible que tu nave sea vista en la Tierra, podrías dejarla aquí en el hiperespacio y bajar con nosotros. ¿Te importaría?

Rembrandt se levantó y dio unos pasos por el pulido suelo del rosado espacio destinado a comedor. Un robot de limpieza entró, recogió los platos usados y salió silenciosamente. A Jeff le pareció una pala de basura andante con brazos de araña.

Como Rembrandt no decía nada, Jeff temió haber insultado a aquella criatura tan antigua al pedirle que bajara a la Tierra.

—No es necesario que vengas si no quieres —se apresuró a añadir—. Volveremos a la Tierra, cogeremos el arma y entraremos de nuevo al hiperespacio para reunirnos contigo en la nave, a menos que prefieras que sea en Jamia o en cualquier otro planeta.

—Ése no es el problema, Jeff. El problema es que *deseo* ir a la Tierra para ver tu casa y pasear por ese Parque Central que me has descrito. En toda mi vida sólo he caminado una vez por la superficie de un planeta, pero era en otro universo y llevaba un traje espacial. Intentábamos salvar dos universos, Jeff. Esta vez iría sólo porque lo deseo, no por necesidad.

—¿Quieres decir que los Otros tenéis leyes que os prohíben pisar los planetas?

—Dentro de lo posible, los evitamos siempre, pero no tenemos leyes que rijan nuestra conducta. Ya no. Hace mucho tiempo que superamos la necesidad de su existencia. Las prohibiciones se han incorporado

gradualmente a nuestras mentes. Si sólo se tratara de infringir la ley, resultaría fácil. Mis antepasados no muy distantes, fueron muy diestros en este menester.

—Recuerdo que me dijiste que descendías de piratas —comentó Jeff.

—Y cuando dejaron de ser piratas, algunos de ellos se convirtieron en chatarreros y rodaban por el universo a ver qué se podían llevar que pudiera ser de utilidad. Es posible que el arma sea una de estas cosas.

—No lo entiendo. ¿No la fabricaron los Otros y la enviaron a Jamia en la nave de abastecimiento que se estrelló?

—Según lo que me has contado, lo dudo. He realizado una búsqueda en el banco de datos históricos de mi computadora y no aparece ninguna cita acerca de un arma de este tipo. No hay nada.

—¿Qué dice la computadora de la nave de abastecimiento? ¿La que ahora es del Mentor Primero?

Rembrandt pareció incómodo.

—Los datos no están. Parece que alguien los ha borrado. Tengo fundadas sospechas de que lo hizo mi abuelo. Además de ser uno de los últimos chatarreros piratas, fue un excelente escultor. Junto con su tripulación, en una ocasión visitó Jamia y preparó la activación de los robots Mentores para que, más tarde, mediante bioingeniería, transformaran a los dragones salvajes en las criaturas civilizadas que conoces. Probablemente esculpió el bajorrelieve de la mansión Higgins como recuerdo de lo que parece un dragón jamino. Y lo debió enviar en la nave de aprovisionamiento como regalo.

—¿Y no hay ningún registro de la fabricación por parte de los Otros de un arma como la que te he descrito?

—No. Incluso ni remontándonos a nuestra historia antigua, cuando teníamos un imperio que abarcaba numerosos sistemas solares con planetas colonizados y aprendíamos a controlar a los robots. No tenemos ningún instrumento que posea las características sufridas por Norby ni las propiedades de las que Lizzie oyó hablar a MacGillicuddy. ¿Cómo es posible usar un arma destructiva para hacer el bien?

—Esperaba que tú lo sabrías.

—Nosotros, los Otros de la actualidad, no podemos ayudarte a averiguarlo.

—Pero si examinarais el arma, tú y tus científicos quizá podríais sacar alguna idea. Es posible que viajara dentro de un armario clasificado como

«objetos de arte» que tu abuelo quería que tuvieran los robots Mentores de Jamia. ¿Puede significar esto que el arma *es* un objeto de arte?

—No lo sé —suspiró Rembrandt—. Soy un artista y comprendo que deseas que la examine, pero después de la manera como reaccionaste, quizá sería mejor que un robot simple la lanzara al fondo del océano y se quedara allí. Quizá no resulte sensato que la maneje una criatura inteligente.

—Eres un Otro. Una raza más antigua y más sabia.

—No tan sabia ni tan antigua como para no tener que esforzarnos en no recaer en los vicios de nuestros antepasados que estaban menos interesados en el conocimiento y la creatividad que en las posesiones materiales y el poder.

—Nosotros todavía no nos hemos liberado de eso —manifestó Jeff—. No hace tanto tiempo que los seres humanos estuvieron a punto de eliminar a su propio planeta con una serie de guerras nucleares y, después de evitar este peligro, tuvieron un trabajo terrible para detener su agostamiento a causa de la contaminación y la superpoblación.

Rembrandt asintió con un gesto.

—Sois una raza más joven, pero similar a lo que fuimos nosotros. Ahora, los Otros vivimos en naves interestelares que hiperviajan, porque las diversas tentaciones asociadas al hecho de vivir en un planeta son demasiado peligrosas; y, a partir de la generación de mi padre, hicimos el voto de no interferir en las vidas de las criaturas que viven en ellos. Y lo mantenemos aunque en ocasiones signifique no ayudar a los que lo necesitan.

—¿Significa esto que no me ayudarás? ¿No vendrás a la Tierra a ver el arma o no permitirás que te la traiga?

Rembrandt se inclinó sobre la mesa.

—Jeff, amigo mío, me parece que lo que en realidad quieres es que baje a la Tierra, a tu casa, para que sea yo quien coja el arma encerrada en el cajón y así no tener que tocarla de nuevo.

Jeff inclinó la cabeza.

—Sí. Es cierto. Esperaba que me desembarazarías de ella después de haberla usado para ayudar a Norby.

—¿Estás seguro de que le ayudará?

—Se ha usado dos veces en él. La primera cuando era un robot jamino y le borraron la memoria de Jamia y, la segunda, cuando Merlina la utilizó

con toda su potencia. No dañó los bancos de memoria de Norby pero destruyó sus talentos alienígenas. De alguna manera, Moisés MacGillicuddy la utilizó sobre un viejo taxi llamado Lizzie y aumentó su inteligencia.

—Quizá mis científicos puedan ayudar a Norby sin tener que utilizar el arma —dijo Rembrandt mientras pulsaba un botón.

Habló con alguien al que llamó por un nombre que Jeff halló tan impronunciable como el verdadero de Rembrandt. A continuación, le preguntó si habían ido a la nave jamina para examinar a Norby.

—Hemos ido —dijo una voz—. Ha colaborado en todo con nosotros e incluso ha venido aquí para ser probado por nuestras máquinas mientras tú comías con el joven ser humano. Lo hemos devuelto a su nave porque no podemos diagnosticar lo que le ocurre y, por tanto, repararlo.

—Lo siento, Jeff —dijo Rembrandt.

—Por favor, permite que te traiga el arma.

—Quizá.

# 13. Jeff recuerda

JEFF volvió a la nave con una cierta cantidad de comida y cinco pequeños diamantes, obsequio de Rembrandt para que, una vez vendidos, pudiera pagar el taxi a la compañía de Lizzie. También volvió con un peso enorme en el corazón porque parecía no existir solución al problema de la recuperación de los talentos de Norby, y porque Rembrandt tampoco se mostraba muy de acuerdo a examinar el arma.

—No debías haberle contado como te influyó —le dijo Norby cuando se lo hubo explicado todo—. Los Otros parecen muy sensibles a cualquier cosa que pueda hacerles retroceder a los actos de sus antepasados.

—En el caso de Rembrandt, no hemos de preocuparnos porque su propio abuelo retrocedió casi a las formas más primitivas de los Otros. De hecho, ese abuelo parece la versión alienígena de Mac, recorriendo el espacio para llevarse toda la chatarra que encontraba.

—Entonces, ¿por qué no retrocedemos en el tiempo y buscamos al abuelo de Rembrandt? Especialmente si es el primero que halló el arma. Nos podría decir cómo hemos de usarla y cómo curarme.

—No, Norby. Desde que Merlina te disparó, has viajado en el tiempo más bien por accidente o guiado por tus circuitos emotivos porque deseabas intensamente ver a Mac. Sé que has logrado traer a la nave a nuestro propio tiempo para que pudiéramos encontrar a Rembrandt, pero ¿estás seguro de que controlas por entero tu capacidad de viajar en el tiempo?

Norby reflexionó unos instantes y después parpadeó.

—Quizás en realidad sólo deseo viajar en el tiempo porque es la única capacidad que me queda. Pero si el abuelo de Rembrandt pudiera ayudarnos…

—Lo dudo. Puede muy bien haberse limitado a depositar el arma en la nave enviada a Jamia. Creemos que lo hizo para que los robots Mentores la utilizaran, pero también pudo haber sido para desembarazarse de ella.

—O peor, todavía. En aquel entonces los Otros ya se oponían a interferir en la vida planetaria y podía sentirse culpable por las cosas que había hecho, como la creación de los robots Mentores para que cambiaran a los dragones jaminos. A ti y a mí nos gusta la Jamia de ahora, pero lo cierto es que los Otros «interfirieron» en sus vidas.

—Entonces, el abuelo de Rembrandt envió el arma como «objeto de arte» a los Mentores para que se destruyeran a sí mismos… ¡Eso es terrible! No podemos comunicarle esta teoría a Rembrandt.

—Quizá no sea así, Jeff.

—No podemos estar seguros. Y no creo que debamos preguntar al abuelo de Rembrandt si puso el arma en la nave, porque la mera pregunta cambiaría la historia de los Otros. Y de Jamia, y del Mentor Primero, y de ti… y de mí. Es demasiado peligroso, Norby.

—Tienes razón, Jeff. Hace mucho que decidimos no viajar en el tiempo a menos que fuera absolutamente necesario, porque hemos tenido dificultades al hacerlo. Será mejor que dejemos las cosas como están, aunque ello signifique quedarme como un robot sin ninguna importancia.

Jeff lo abrazó.

—No, Norby. No te rindas. Encontraremos la manera.

—Será mejor que me vaya a Jamia con mi padre y me dedique a trabajar como un robot cualquiera. Con el tiempo, quizás él encuentre el modo de devolverme mis capacidades y entonces vendré a reunirme contigo, Jeff.

—¿Volverás de verdad? ¿Y si cuando lo hagas yo ya soy viejo, o he muerto? Está claro que si te quedas a mi lado, algún día moriré porque soy un ser orgánico con un tiempo de vida limitado, pero entonces igualmente podrás volver a Jamia y vivir con el Mentor Primero. De esta manera, habremos estado juntos durante toda mi vida. Lo deseo mucho, Norby, Por favor, Norby, ¿por qué has de irte «ahora»?

Jeff luchaba para impedir que se le saltaran las lágrimas pero era muy difícil.

Norby se cerró. La cabeza bajó al interior de su cuerpo y el sombrero encajó con un chasquido con el borde de la abertura. Brazos y piernas

desaparecieron en el interior del bidón plateado que una vez estuvo rotulado «Clavos Norb».

Jeff esperó, consciente de la batalla que se libraba en la mente de Norby. Y, mientras esperaba, recordó cuando lo llevaba con Lizzie, de vuelta de la Mansión Higgins, el bidón sobre las rodillas, convencido de que había muerto para siempre. Lizzie le había dicho que conocía el arma y que la señora Higgins la utilizaba para que el taxi no informara a la policía de los viajes que ella hacía para inutilizar robots,

Jeff recordaba claramente las palabras de Lizzie.

—¡Lizzie! —gritó de repente—. ¿Puedes oírme?

—No es preciso que grites, Jeff Wells, señor. Oigo todo lo que ocurre en mi taxi, quiero decir en esta nave…

—Quiero que me confirmes lo que oí…

—Jeff Wells, señor, he oído que Norby quiere ir a vivir a Jamia. Yo también estaré allí porque voy con la nave del Mentor Primero. Como ya funciono con hiperviaje, me sentiré muy satisfecha de traeros a ti y a Norby de un planeta al otro para que podáis visitaros.

La cabeza de Norby surgió de golpe.

—¡No es eso, Lizzie! Se trata de una cosa entre Jeff y yo. ¡No deberías haber escuchado nuestra conversación privada!

—No sé como podía haberlo evitado, Norby. El Mentor Primero está en su cabina. ¿Quieres que le pida que desconecte los sensores de la sala donde estás con Jeff?

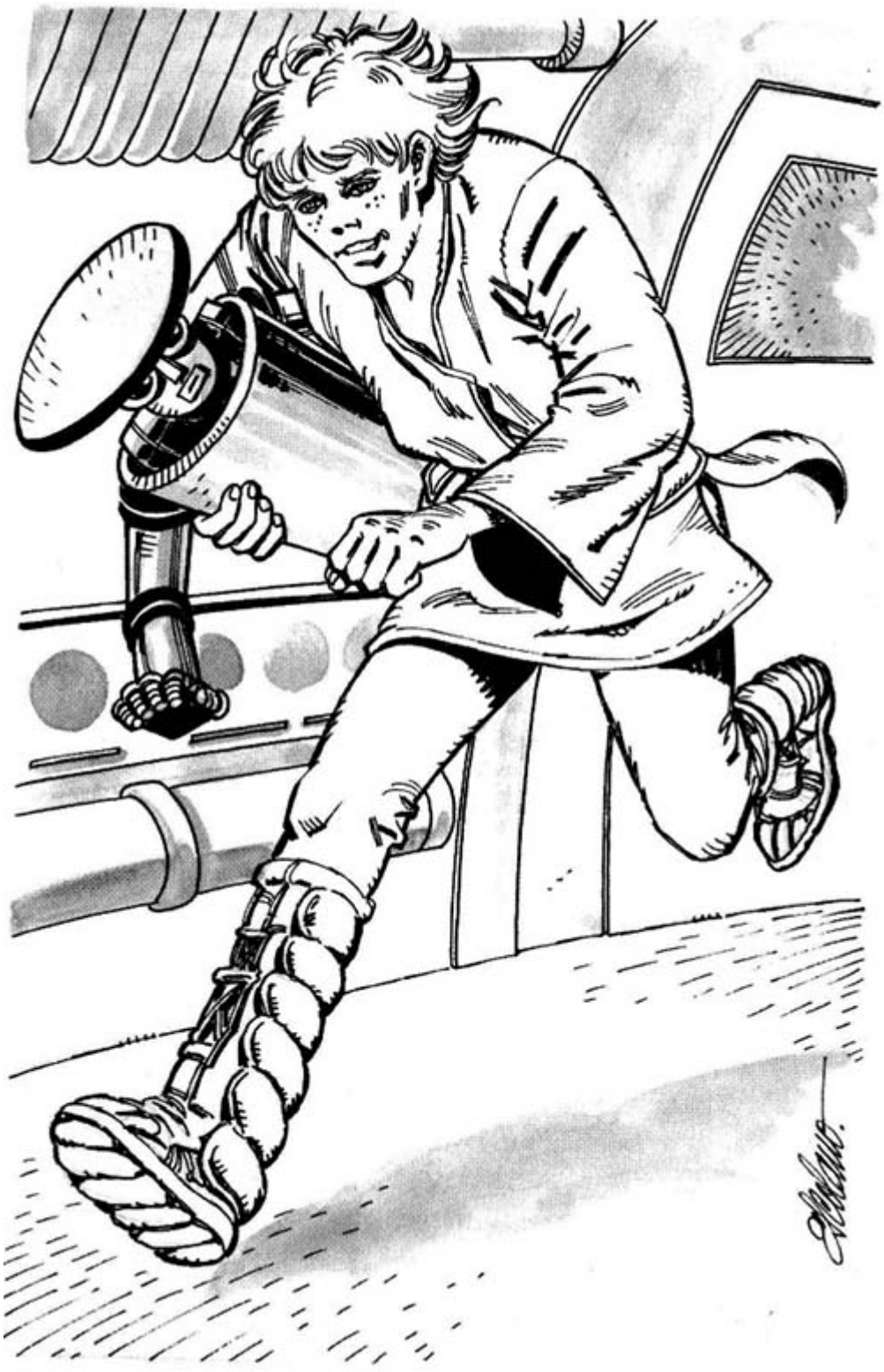
—No. Espera, Norby… —empezó Jeff.

—¡Desconecta los sensores! —gritó Norby.

—¡No!

Jeff cogió a Norby y con él cargado, se dirigió corriendo a la cabina del Mentor Primero. Llamó a la puerta y esperó. Cuando éste abrió, Jeff dijo:

—Vamos a la sala de control. He de preguntarle algo muy importante a Lizzie y creo que deberíamos estar todos presentes.



Ya en la sala de control, Jeff preguntó:

—Lizzie, piensa cuidadosamente. Cuando utilicé tu taxi por primera vez, después de salir de la Mansión Higgins, cuando habían disparado contra Norby, me dijiste que la señora Higgins usaba el arma contigo para

borrarte la memoria de los viajes. Entonces te pregunté si ésos eran los viajes en los que se atacaba a los robots, y me dijiste…

—Te dije que a causa de los impactos de la señora Higgins no podía decirte lo que ocurría en esos viajes.

—No, Lizzie. No dijiste exactamente eso. Por favor, busca las palabras exactas en tus bancos de memoria si todavía las conservas. Es muy importante.

—Mi banco de memoria es limitado, Jeff Wells, señor, pero después del tratamiento a que me sometió Moisés MacGillicuddy, pude retener más información de la que me permitía la programación usual de los taxis de Manhattan. Creo que debió insertarme algunos componentes más de microburbujas para ampliar mi cerebro, ya que los componentes normales no me habrían dotado de una identidad, un sentimiento de mí misma como individualidad…

—¡Deja de divagar, taxi! —estalló Norby sacando de golpe sus piernas y dando una patada en el suelo—. ¡Responde de una vez a lo que te ha preguntado Jeff!

—Simplemente estaba explicando porque he conservado los datos. Era necesario para una correcta comprensión… por favor, Norby, deja de golpear el tablero de control.

—¿Qué dijiste aquella noche, Lizzie? —insistió Jeff.

—Dije: «No tengo acceso a la memoria de esos viajes. Me gustan los hijos de la señora Higgins, pero…».

—Ya basta, Lizzie —interrumpió Jeff.

—¿Y eso es *todo*? —rezongó Norby con un ruido chirriante—. ¿Y para qué nos sirve?

El Mentor Primero hizo a Jeff un signo de asentimiento.

—Lo he comprendido. Se trata de la palabra terrícola «acceso». Lizzie, ¿quiere eso decir que la memoria está dentro de ti, pero que es el «acceso» lo que tienes bloqueado?

—Oh, naturalmente —dijo Lizzie—. ¿Nadie se había dado cuenta? Norby, ¿creíste que tenías los talentos destruidos en lugar de bloqueados?

—¡Maldito taxi idiota…!

—Norby, por favor, sólo tengo un cerebro pequeño… No soy un genio como tú.

—Bien —declaró Norby colocándose una mano sobre el barril como un Napoleón plateado en miniatura—. Nadie puede remediar aquello que

es…

—Ahora —intervino Jeff pensativo—, ya no hemos de preocuparnos de reconstruir a Norby. Lo único que hemos de hacer es eliminar el bloqueo que le impide usar sus capacidades.

—Mucho más fácil —asintió el Mentor Primero.

—¿Más fácil? —exclamó Norby—. ¿Y cómo os proponéis desbloquear mis maravillosas facultades?

Nadie supo qué decir. Los dos robots y el ser humano se miraron impotentes, hasta que Lizzie dijo:

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—¿Cuál? —preguntó Norby.

—He enviado un registro de todo lo que tú, Jeff y el Mentor Primero habéis dicho.

—No puedes enviar nada a través del hiperespacio —replicó el Mentor Primero.

—Se puede enviar a otra nave, cuando ambas están unidas —dijo Lizzie.

Rembrandt apareció por la portilla sonriendo.

—Un interesante descubrimiento. De modo que los talentos de Norby sólo están bloqueados, no perdidos. No quería alentarte a usar el arma e incluso probarla yo mismo, porque mi abuelo era un viejo bergante y no me fiaría de nada de lo que él hubiera mantenido en secreto. Además, temía que esta vez pudiera destruir la mente de Norby. Pero ahora que ya sabemos que el arma no es letal…

—¡Si es que podemos fiarnos de un cerebro de chorlito como el de Lizzie! —rezongó Norby.

—Estoy dispuesto a bajar con vosotros a la Tierra —declaró Rembrandt—. Examinaré esa arma. Pero deberás usarla tú, Jeff. Norby es tu robot.

—¿Listos para salir del hiperespacio? —preguntó Lizzie—. Me gusta dar órdenes a esta tonta computadora de la nave.

—Adelante, Lizzie —dijo el Mentor Primero—. Llévanos a las coordenadas exactas del tejado de Jeff. La computadora las tiene.

—De acuerdo —declaró Lizzie—. ¡Pero *no* dejaré que este trasto se pose en el tejado hasta asegurarme de que no hay ningún taxi debajo!

# 14. La Obra de Arte

—¿PREOCUPADO? ¿Por qué tenía que estar preocupado? Estaba plenamente inmerso en la más difícil obra novelística que jamás se haya propuesto narrador alguno, sin mencionar la sutil descripción gráfica de una tórrida historia de amor que se me escapaba…

Fargo hizo una pausa en su discurso y miró a su hermano frunciendo el ceño.

—Y como no podía subir al tejado a averiguar por qué no bajabas de tu reunión con Lizzie, tuve que pedir ayuda.

—Sólo he estado fuera desde la hora del desayuno a la del té —declaró Jeff con calma mientras sorbía con cuidado un té caliente—. Te lo hubiera comunicado, pero como ya te he dicho, estábamos muy ocupados.

Era demasiado tarde para ocultar nada a Leo Jones y Hedy Higgins que, sentados uno al lado del otro en el sofá, era evidente que habían sido puestos al corriente por un angustiado Fargo.

Hedy sonrió a Rembrandt.

—Vosotros los Otros, sois diferentes y, sin embargo, los seres humanos nos sentimos a gusto en vuestra compañía.

—Existe la camaradería de la inteligencia, señorita Higgins —dijo Rembrandt en un terrícola básico que si bien había aprendido perfectamente, adolecía de un fuerte acento de Manhattan a causa de las lecciones de Lizzie vía la computadora de la nave jamina.

—Admito —prosiguió Rembrandt— que esta camaradería es más fácil y rápida si ambas especies diferentes son bilateralmente simétricas, caminan sobre piernas y respiran el mismo aire. —Al reír parecía realmente humano—. Estoy maravillado por la belleza de vuestra Tierra y la diversidad de culturas que tiene vuestra civilización.

—Si te ha gustado el vídeocubo, espera a oír algo de música —dijo Leo—. Acabo de enterarme que Hedy canta en un coro y pienso unirme a ella.

—Leo tiene una preciosa voz de barítono —añadió Hedy.

Se sonrieron y se estrecharon las manos. Era evidente que lo que fuera que los había separado, había desaparecido y su relación florecía de nuevo.

Jeff estuvo a punto de perder la paciencia con aquellos enamorados en su madurez, abrumado como estaba por el problema de Norby y la perspectiva que éste se fuera a vivir a Jamia si no podía repararlo.

—Hedy, ¿sabe dónde encontró su madre el arma con la que disparó a Norby?

—Se lo pregunté el otro día. Me dijo que en el tubo, *detrás de mí*, añadió, y se negó a decirme nada más. La mayor parte del tiempo permanece callada. A Horace y a mí nos preocupa mucho. El médico que la visita nos dijo que no tiene ninguna enfermedad, que sólo está deprimida. Los medicamentos que le recetó le sentaron mal y se ha negado a tomar ninguno más.

—El tubo —repitió Norby—. La forma de una cañería. Debía ser lo que estaba sujeto a los ganchos en la puerta del armario. Mac se llevó el tubo, o bien encontró allí el arma o la puso más tarde.

—Hedy —continuó Jeff—, ¿puede llevarme a ver a su madre? He de hablar con ella. Sólo así podemos averiguar qué era ese tubo. Quizás aún tenga las instrucciones del arma por alguna parte. Me gustaría leerlas antes de hacer ningún experimento con ella.

—Iré contigo, Jeff —dijo Rembrandt—. Debo ver la escultura del dragón que sin duda hizo mi abuelo y me gustará caminar por la nieve del Parque Central.

Se organizó un escándalo de voces, todo el mundo hablando al mismo tiempo. Fargo exclamaba a pleno pulmón que Rembrandt debería permanecer oculto; Leo afirmaba que no podía garantizar la seguridad de un visitante tan distinguido; Norby protestaba diciendo que jamás se atrevería a volver al interior de la Mansión Higgins y, por tanto, Rembrandt debería quedarse con él, mientras Jeff argüía que el Otro no tenía botas y que el suelo del parque era húmedo y frío.

Hedy los interrumpió a todos.

—Los pies de Rembrandt, creo que son pies, caben en las botas que van sobre los zapatos de Fargo. Yo me adelantaré en un taxi para prevenir

a mi familia que tenemos visitas. Les diré que el amigo de Jeff es un actor que protagoniza una nueva película sobre casas encantadas y desea ver la Mansión Higgins para inspirarse. A Horace le gustan mucho los vídeocubos sobre casas encantadas y mamá… bien, mamá es el otro dragón de la casa que ha de ver.

—¿Y cómo puede Rembrandt pasar por un actor si tiene dos pares de brazos, dos pares de piernas y tres ojos? —preguntó Fargo.

—¿Y qué se ha hecho de tu espíritu de aventura, Fargo? —exclamó Hedy con el brillo de la lucha en los ojos.

A Jeff le recordó la primera vez que la había visto: una señora atacando a los villanos con un paraguas.

—Rembrandt puede ponerse mi gorro de esquí, el que ya sirvió para ocultar el tercer ojo del Mentor Primero —propuso Jeff—. Sólo parecerá una persona calva un tanto peculiar, especialmente si puede llevar tu capa, Fargo. Todo el mundo quedará convencido de que *es* un actor. ¿Sabes que en Manhattan se ruedan un sin fin de películas?

—Creo que tendría que venir con vosotros —declaró Norby.

—Has de quedarte en casa, Norby. Mentor Primero, díselo, por favor.

—Sí, Jeff —el Mentor Primero apenas había dicho una palabra. Permanecía en un estado de asombro respetuoso total al hallarse ante el nieto del Otro que lo había construido.

—¿He de llevarme el arma? —preguntó Jeff—. Quizá si Merlina la ve, recuerde con mayor facilidad donde la encontró.

Nadie se atrevió a decir nada hasta que, finalmente, Fargo se encogió de hombros.

—Os toca decidir a ti y a Rembrandt. Observo que todavía no ha dicho nada.

—Ya te he contado el efecto que me producía el arma —dijo Jeff—. Es peligrosa.

—Nos has contado un montón de cosas —replicó Fargo—, pero no me has impresionado. Tienes el robot más maravilloso del universo…

—Lo era —murmuró Norby.

—… y nunca lo has explotado ni le has tratado como a una mera posesión. ¿Por qué tendrías que perder el control sobre ti mismo ahora y convertirte en un bandido?

—Eh…

—A menos que lo desees.

—¡Fargo! Yo no… —Jeff hizo una pausa—. Eso me recuerda algo… Algo acerca del arma.

Corrió a su habitación, abrió el cajón cerrado con llave y volvió con el arma asida con mucho cuidado para no tocar el botón de disparo.

Rembrandt se inclinó sobre la mano extendida de Jeff.

—Este instrumento es un objeto completamente alienígena.

—Ciertamente, no está hecho en la Tierra ni en ningún lugar extraterrestre de la Federación Solar —añadió Leo.

—Creo que Rembrandt se refiere a que tampoco lo construyeron los Otros —dijo Norby—. Jeff, ¿cómo has reaccionado esta vez?

Jeff estaba inmóvil.

—Callad todos un momento.

Cerró los ojos y se concentró en el arma.

Era como tener algo de poder indefinido en la mano… No. Más que eso. De repente, Jeff supo que el poder dependía de la persona que empuñaba el arma. Podía controlar la fuerza, la dirección y también la acción del arma… si sabía cómo.

Lo extraño era que en algún momento de su vida, Jeff había experimentado lo mismo, especialmente cuando era muy pequeño, pero no podía recordar qué era lo que le hizo sentirse de aquella manera.

—¿Estás bien, Jeff? —preguntó Norby.

—Ojalá pudiera recordar… Poder… tanta satisfacción… tanta felicidad…

—¡Jeff! —Leo se había puesto a su lado de un salto y le sacudía.

Jeff abrió los ojos.

—Estoy bien. Creo…

—Quizá deberíamos cerrar otra vez bajo llave este objeto maldito —declaró Fargo—. Parece que hayas encontrado el anillo mágico de los antiguos dioses.

—Quizá lo he hallado —dijo Jeff—. Creo que pronto sabré lo que significa.

—Empiezas a preocuparme —dijo Rembrandt—. Me parece que esta expedición no es una buena idea.

Hedy se levantó y ordenó:

—¡Abrigos, capas y botas! Jeff y Rembrandt, Norby necesita ayuda. Mi madre lo dañó y, si podemos extraerle información sobre cómo ayudar

a Norby, debemos intentarlo. Ahora que el médico ha dicho que no está enferma, seré más severa con ella.

—Pero ¿cómo reaccionará Horace ante Rembrandt? —preguntó Leo.

—El bueno, pero infantil de mi hermano, estará encantado de mostrarle la escultura del dragón, mientras yo me llevo a Jeff arriba a hablar con mi pobre madre.

Fue un largo paseo porque Jeff tuvo que mostrarle a Rembrandt todos sus lugares favoritos mientras atravesaban el parque. De ahí que, cuando llegaron a la Mansión Higgins, los rayos del sol poniente iluminaban su tejado.

—Esto es una puesta de sol —comentó Rembrandt saboreando la definición terrícola—. Merece una denominación más hermosa.

—No siempre el sol se pone con tanta hermosura. En ocasiones llueve o nieva, especialmente en invierno en Manhattan.

—El crepúsculo de un planeta seguido por la oscuridad de la noche siempre es bello, como la vida misma.

—Demasiado corta —murmuró Jeff recordando al joven y feliz Mac con quien había hablado, y que ahora ya llevaba años muerto, y en su hermosa hijita convertida en una anciana infeliz capaz de destruir un robot por creer que era un rival.

—Vosotros, los seres humanos, vivís muy poco comparado con nosotros; sin embargo, todas las vidas biológicas son breves en el seno de un universo tan grande.

—¿Crees que incluso la vida más breve puede contribuir con algo al desarrollo del universo?

—Ah, Jeff Wells… Por eso soy un artista.

Un Horace sonriente abrió la puerta.

—Bienvenido a la Mansión Higgins, señor. Puede recorrerla toda si le sirve para inspirarse. Si se aparta de delante de la puerta, le mostraré el talento de la gárgola.

Jeff apartó a toda prisa a Rembrandt del umbral al tiempo que Horace estiraba de una cuerda. Instantáneamente, de la gárgola surgió un chorro de agua colorada que tiñó la nieve del suelo.

—He coloreado el agua —anunció Horace orgullosamente. Jeff hizo salir a Rembrandt al exterior otra vez y le enseñó el pajarraco de pico

puntiagudo que se recortaba contra el cielo de la tarde. Le susurró en jamino:

—¿Crees que eso también lo hizo tu abuelo?

—No —dijo Rembrandt—. Indudablemente es una de las bromas de Moisés MacGillicuddy.

Entraron en el vestíbulo y el Otro se detuvo ante la chimenea.

—Es del abuelo, indudablemente. Y parece que se divirtió haciéndolo…

—¿Quieres decir que también es un instrumento…?

—No. Sólo es una escultura que le gustó. Pero aquí hay algo más… algo distinto que no es del abuelo. Tampoco de los Otros. Algo como el arma… alienígeno.

—Por favor —imploró Horace—, sé que vosotros, la gente del cine, procedéis de todos los rincones del sistema solar, pero me gustaría que no hablarais en otra lengua. Es mi única oportunidad de escuchar…

—Horace —dijo Jeff—, ésta es una deliberación particular. Se trata de una película secreta. No debes decir a nadie lo que veas o lo que oigas.

—No lo haré. Además, sólo hablo con vosotros, con Hedy o con mamá. ¿A quien más podría contárselo?

—Sube, Jeff —llamó Hedy desde el descansillo de la escalera. Había encendido las luces y el retrato de Merlina los miraba desde arriba.

—Aunque la forma humana resulte extraña para un Otro —comentó Rembrandt—, puedo advertir que ésta es una mujer hermosa. Me pregunto por qué, todo y ser humano, este retrato me parece alienígena.

—¡Alienígena! —exclamó Jeff sacando el arma del bolsillo—. ¿Quieres decir como esta arma? ¿Algo que tampoco hicieron los Otros?

—Sí, Jeff. Me parece que deberíamos ir a casa. El retrato puede ser tan peligroso como el arma.

Jeff subió al descansillo para observar el cuadro de cerca. Rembrandt se quedó abajo en el vestíbulo junto a Horace.

—La superficie de la tela es lisa como si estuviera cubierta por una capa plastificada —dijo—. No entiendo lo que quieres decir al calificarlo de «alienígena» Rembrandt.

—No puede serlo —observó Hedy—. Es un retrato de mi madre cuando era actriz, antes de la muerte del abuelo. Ella me dijo que lo había encontrado enrollado en el interior de su nave. Por eso imaginó que se lo llevaba en sus viajes al espacio.

—¿Enrollado? —exclamó Jeff—. ¿En el interior de un tubo?

—¡Oh, Jeff! ¡Que estúpida he sido! Me has preguntado donde encontró mamá el arma y te he dicho «en el tubo». Quizá se refería a la pintura enrollada.

—¡Idiotas! —exclamó la voz fosca de Merlina Mynn. La mujer bajó lentamente las escaleras hacia el descansillo—. La pintura estaba enrollada dentro de un tubo metálico para protegerla y mi padre se la llevaba en todos sus viajes. ¿De qué otra manera podía haberla tenido a salvo en su cabina, lejos de los ojos espías de aquel robot? Quería el retrato sólo para él.

—¿Esta arma venía dentro del tubo junto con el retrato? —preguntó Jeff mostrándola a Merlina.

—Sí —respondió ella.

Con el blanco pelo todo despeinado cayéndole alrededor de la cara, parecía realmente una bruja.

—¿Y ahora, dónde está el tubo? —preguntó Jeff.

Los hombros de Merlina se alzaron ligeramente. Sus ojos exóticos miraban con expresión muerta.

—Donde siempre ha estado. Detrás del retrato. Cuando lo llevé a enmarcar, nos dimos cuenta de que quedaría mal colgado porque la moldura de arriba sobresale demasiado, de manera que hice sujetar el tubo al extremo inferior para que el peso lo mantuviera vertical. Baja el retrato, Hedy. Quiero deshacerme de él.

—Pero, mamá. A mí me gusta —protestó Horace.

—Si mamá ha de sentirse mejor, quizá deberíamos sacarlo de aquí. No te preocupes, Horace. Ayer le hice una fotografía. Te la daré.

—¡Pero a mí me gusta el retrato!

—Sí, Horace —intervino Merlina—. Siempre habéis amado al retrato más que a mí. También mi padre lo prefería. Hedy, ¡deshazte de él! Dáselo a ese actor de ahí abajo. Puede usarlo como parte de los decorados de su película. Tengo entendido que es de terror, ¿verdad?

—Todavía no lo sé —respondió Rembrandt.

Hedy alzó el retrato y le dio la vuelta. Sujeto a la parte inferior del marco había un tubo del mismo ancho que la pintura. Hedy examinó el interior.

—Está vacío. Tampoco hay nada escrito —dijo.

—Señora Higgins… —rogó Jeff.

—Soy Merlina Mynn.

—Señorita Mynn, ¿recuerda si había algo más en el tubo aparte de la pintura y el arma? ¿Había algún pedazo de papel o algo parecido escrito?

—Oh, sí —respondió ella—. Lo tiré.

Jeff rechinó los dientes.



—¿Recuerda lo que decía? ¿Estaba escrito en una lengua que no entendía?

—Naturalmente que lo entendí, joven. Era una página arrancada de uno de los cuadernos de notas de mi padre. Había escrito una frase de lo más idiota.

—¡Mamá, no tenías que haberla tirado! —exclamó Hedy.

—¿Por qué? Soy una actriz. Puedo aprender cualquier cosa de memoria. La frase era: «Los pensamientos crean la diferencia».

—¿Y eso era todo? —preguntó Jeff.

—Sí. A diferencia de mí misma, mi padre se tornó senil con la edad. Imagino que debería perdonarle el haberse llevado el retrato en lugar de a mí, pero no puedo. Hedy, entrega el retrato al actor.

Rembrandt se acercó fijando su mirada en Merlina Mynn. Ésta también le miró y se estremeció.

—¿Siempre miras de esta manera, o te ha dado por ostentar esa expresión insufrible de compasión? Deja de aparentar que quieres perdonarme mis pecados.

—Señorita Mynn, sólo usted puede perdonarse a sí misma —declaró Rembrandt—. Deje de vivir consumida por el odio.

—¡Me gusta odiar! ¡Me hace circular la sangre! ¡Me mantiene viva!

—No —declaró Rembrandt—. La está matando y amargando las vidas de los que la aman.

—No amo a nadie.

—¡No es cierto! —exclamó Rembrandt con una voz como un trueno—. Piense, señorita Mynn. Piense en aquéllos a los que amó y que ya han muerto y en los que todavía viven.

—Piensa en nosotros, mamá —intervino Hedy—. Horace y yo te amamos aunque tú nos odies…

—¡No! ¡Los pensamientos crean la diferencia, recuerda, y yo soy prisionera de los míos! Soy Merlina Mynn… la grande… la mágica…

Se interrumpió sacudida por los sollozos. Cuando Hedy intentó rodearle los hombros con un brazo, se apartó bruscamente y de un salto arrebató el arma de las manos de Jeff.

—Señorita Mynn, no…

—¡Te mataré! ¡Te odio! ¡Desaparece!

Apuntó el arma y oprimió el dispositivo disparador con el pulgar con toda su fuerza.

# 15. El legado

MERLINA Mynn apuntaba con el arma alienígena a su propio retrato. Jeff consiguió arrebatársela pero era demasiado tarde. La imagen había desaparecido.

—¡Ah! —exclamó ella—. Ya me siento mejor. Este retrato me ha estado torturando desde que lo encontré. ¡Idos, forasteros! Y a me he liberado del pasado. ¡Soy libre de morir en paz!

—¡Mamá! —gritó Horace—. ¡No te mueras! ¡Te necesito! Cuando Hedy se case con el alcalde, se irá a vivir a la Mansión Gracie. ¡Me quedaré solo! Por favor, no me dejes.

—¿Eso es todo lo que me queda? —comentó Merlina—. ¿Una casa antigua y destartalada y un hijo chiflado que sin duda hubiera puesto mi retrato en su ridículo taller que, vosotros niños, pensabais que me podíais ocultar?

Horace estalló en sollozos y corrió a encerrarse en una habitación que daba al vestíbulo.

—¡Mamá, no eres buena! —protestó Hedy—. Te has convertido en una vieja bruja de verdad. ¿Quieres que te odie tanto como tú te odias a ti misma? Bien, en ese caso, adelante, muérete. Horace se vendrá conmigo a la Mansión Gracie.

Merlina ahogó un sollozo y subió unos peldaños.

—Señorita Mynn.

—¿Qué quieres, Rembrandt? ¿Te ha sentado mal haberte quedado sin el retrato?

—Quisiera que me diera el resto.

Merlina echó la cabeza hacia atrás y alzó la barbilla. Por unos instantes, pareció una magnífica y joven Medea después del asesinato.

—Te lo puedes quedar. Hedy, cuelga el marco vacío. Cada vez que baje por estas escaleras recordaré que he destruido el pasado.

Mientras Hedy lo hacía, Jeff subió también unos peldaños. Seguía sosteniendo el arma. Ella dio la vuelta y se le encaró.

—¿Que te propones, joven, amenazándome con esa arma? No sirve sobre las personas. Hace años que lo intenté.

—Pero influye sobre el que la tiene —replicó Jeff—. Creo que su padre tenía razón. Es el pensamiento el que crea la diferencia… *en el arma*. En una palabra, responde a los pensamientos y deseos del que la empuña.

—No —declaró Merlina palideciendo todavía más—. No te creo.

Jeff reflexionó sobre cómo hablar a Merlina sin herirla. La ira que ella le provocó había desaparecido. Le daba pena.

—Cuando apuntó el arma sobre su propio retrato, ¿qué sentía?

—Que quería deshacerme de él.

—Mamá —intervino Hedy—. Tus sentimientos eran mucho más fuertes que eso. Has dicho que lo odiabas y que querías que muriera.

—¿Pensaba que si el retrato desaparecía, usted moriría, señora Higgins? —insistió Jeff.

—Sí —murmuró ella—. Eso es lo que quería en realidad. Tal como dijo el pequeño robot, soy una mala persona. Quería morir pero no podía. Sólo si también lo hacía el retrato… esa mujer joven, bella, dulce y noble que nunca fui.

El vestíbulo permaneció silencioso mientras todos la miraban. Jeff vio que, por fin, la mujer se había liberado de su odio.

Se oyó la campana de la puerta y Horace reapareció.

—He llamado al apartamento de los Wells y he hablado con el hermano de Jeff. Pensé que necesitábamos ayuda. Los robots están aquí.

—¡Los robots! —exclamó Merlina tapándose la boca con la mano.

—No destruyó el robot de su padre —explicó Jeff—, pero lo dañó.

Horace abrió la puerta y entraron tres seres, uno de ellos humano que corrió al lado de Hedy.

—Hedy, amor mío, no podía permitir que los robots vinieran solos —explicó Leo—. Como alcalde, he tenido que explicar a la policía que ambos forman parte de un proyecto que se está llevando a cabo. De hecho, hemos sido detenidos dos veces, una al cruzar la Quinta Avenida y la otra

casi al llegar aquí. Debo felicitar a mi hija por el servicio tan excelente de vigilancia.

—Además, no puede estar mucho tiempo separado de Hedy —añadió Norby colocándose al lado de Jeff en la escalera—. Hola, señora Higgins, quiero decir, señorita Mynn. ¿La puedo ayudar?

—¿Quieres ayudarme después de lo que te he hecho?

—Sí, porque sé cuanto la amaba Mac.

—¿Crees que me amaba porque viste mi retrato en la nave?

—No, señora. Nunca vi el retrato. No permitía que nadie entrara en su cabina. Sencillamente lo sé.

—¡Si pudiera creerte!

—Señorita Mynn —dijo Jeff—. Usted ha disparado contra el retrato y éste ha desaparecido. Creo que un artista que vivió hace muchísimo tiempo y en un lugar muy lejano, inventó el arma como un instrumento para el artista, como si fuera un pincel. Al sostenerla, me he sentido igual que cuando me regalaron de pequeño una caja de pinturas para que jugara. La he empuñado sintiéndome poderoso y pensando en lo que podía crear. Naturalmente, esta sensación ha desaparecido rápidamente porque no soy un buen artista… como fue Moisés MacGillicuddy.

—¿Entonces fue mi padre quien creó el retrato?

—A partir del sentimiento que sentía por usted —continuó Jeff—. O como deseaba que fuera.

—Ése era mi legado —se lamentó Merlina—. El retrato. En su lecho de muerte intentó comunicarme la importancia que tenía. También mencionó «afín a la verdad». El retrato era una mentira porque yo no era de aquella manera.

—Pero sabía que podía serlo —afirmó Jeff—. «Afín a la verdad», le dijo, porque la verdad se halla potencialmente en todos nosotros.

—Nunca es demasiado tarde, mamá —dijo Hedy.

—¿Tarde? —Merlina Mynn se irguió con los ojos brillantes—. Soy la hija de mi padre. Naturalmente que no es demasiado tarde. Me propongo vivir. Voy a ser una buena persona, agradable, amable y…

—No exageres, mamá —recomendó Hedy.

Merlina se echó a reír. Estaba radiante.

—Quizá no llegue a ser exactamente lo que mi padre quería, pero lo intentaré ahora que sé que me amaba —de repente, a su rostro asomó la desesperación—. ¡Si no hubiera destruido el retrato!

—Yo conservo la fotografía —señaló Hedy—. Tú y Horace podéis tener una copia cada uno.

—¡Echo de menos a mi padre! —se lamentó Merlina convertida otra vez en una anciana.

—Señorita Mynn —dijo Norby—, ahora que comprendo lo que son ambas cosas, la especie de tela y la especie de pincel, quiero regalarle una cosa. Jeff, por favor, dame eso que hasta ahora hemos estado llamando el arma.

Jeff se la dio y Norby apuntó a la superficie en blanco que había contenido el retrato de Merlina.

—Cuidado, Norby —recomendó Rembrandt—. Ya estás dañado. Asegúrate que esa arma no te perjudique más.

Norby la empuñó firmemente y apuntó en la dirección debida cerrando los cuatro ojos. Su dedo articulado oprimió el interruptor de disparo.

Primero no ocurrió nada pero, de repente, sobre la tela, apareció una especie de nebulosidad. Inmediatamente después, una masa de colores y líneas que parecían en ebullición.

—¿Qué haces? —gritó Merlina—. ¿Me vas a mostrar aquello que he odiado durante tantos años?

—No, señora —respondió Norby—. Lo saco de mi memoria.

—¡Mirad! —exclamó Horace—. ¡El abuelo!

El sonriente rostro de pirata de MacGillicuddy contemplaba desde el cuadro al asombrado grupo de gente. No aparecía tan joven como le había visto Jeff en el parque, pero de ningún modo débil o anciano.

—Un notable retrato, Norby —elogió Leo—. ¿Lo has hecho con el arma?

—Con mi mente —explicó Norby—. Con mi amor por Mac. El arma sólo ha canalizado y aumentado la energía de mis circuitos cognoscitivos y emotivos sobre la superficie de la tela y ha creado la imagen que deseaba.

Merlina bajó hasta el descansillo de la escalera y acarició la imagen de su padre.

—Me siento orgullosa de ser su hija. Guardaré este retrato como un tesoro. Gracias, pequeño Norby.

# 16. El problema persiste

—¿ASÍ que todo está bien si bien acaba? —comentó Fargo sacando brillo a la roja manzana del postre—. ¿Ahora, la Mansión Higgins está llena de luz y alegría?

—Pero seguimos sin solucionar el problema de Norby —declaró Jeff—. Sus talentos especiales continúan bloqueados. Me he pasado horas probando con el arma desde que hemos llegado a casa y no he conseguido nada.

—Come una manzana, Jeff —dijo Fargo—. No te preocupes tanto.

El Mentor Primero y Norby habían subido al tejado a hacer compañía a Lizzie mientras los seres biológicos cenaban. Jeff estaba contento de que Rembrandt pudiera comer la única cosa que la cocina parecía capaz de elaborar aquella noche: patatas fritas con soja. También estaba contento cuando pensaba que Hedy y Leo cenaban en la Mansión Higgins con Merlina y Horace mientras hacían planes para su boda y calculaban las mejoras que necesitaba la casa.

—No entiendo como el arma, y sigo pensando en ella de esta manera, no ha funcionado cuando he pensado intensamente en los talentos bloqueados de Norby y he oprimido el disparador.

—¡Jeff! —exclamó Fargo—. La mente humana no funciona adecuadamente cuando la dominan la angustia y las preocupaciones. Deja de pensar y relájate.

—Quizás —intervino Rembrant en tono de calma— el arma tiene una cantidad limitada de energía y se ha agotado. Lamento mucho que ni el Mentor Primero ni yo hayamos podido descubrir cómo funciona. Aunque me imagino que tampoco tendría ninguna utilidad porque es tan alienígena para los seres humanos como para los Otros.

—¿Entonces, qué podemos hacer? —exclamó Jeff.

—Creo que debes aceptar a Norby tal como está.

—Pero él no se acepta a sí mismo —arguyó Jeff—. Se irá con el Mentor Primero, esperando que algún día los robots jaminos puedan repararlo.

—Quizá lo logren —dijo Rembrandt suavemente.

—No me pienso rendir tan fácilmente, Rembrandt. Soy sólo un ser humano y un muchacho, pero continuaré intentándolo.

—Vosotros, los seres humanos, sois tenaces y valerosos. Os admiro —Rembrandt acarició el pelaje verde de Ula que estaba enroscada sobre sus rodillas y roncaba feliz.

—Tú eres un artista —dijo Jeff, esforzándose en pensar claramente a despecho de su angustia—. Eres tan supercivilizado que incluso dejaste a Merlina la superficie alienígena del retrato.

—Gracias a Norby —comentó el Otro—, esa superficie ahora es una obra de arte que puede ser apreciada y amada por los seres humanos. Sin el arma, el retrato de MacGillicuddy se quedará como está y no hará daño a nadie, por eso creo que no hay peligro en dejar la superficie aquí en la Tierra.

—Esto no tiene sentido —declaró Fargo con un pedazo de manzana en la boca—. ¿Cómo es posible que la superficie posea un peligro potencial aunque no tenga el arma?

—La imagen que se forma en la superficie muestra la verdad interior del que la mira. Merlina no podía soportar la verdad que odiaba de sí misma. Pero el amor de Norby por MacGillicuddy ha producido un retrato que provoca bienestar al que lo mira.

—Es cierto —asintió Jeff—. ¿Pero el arma resulta peligrosa aunque se utilice como un pincel, por así decirlo?

El ojo de la frente de Rembrandt se cerró y al cabo de un minuto respondió:

—Supongo que posiblemente mi abuelo encontró el arma-pincel alienígena junto con la superficie que sirve de tela. Era un artista, pero también era un bandido, de manera que no dijo nada a nadie y se guardó ambas cosas; y quizá, mientras lo experimentaba, descubrió dos aspectos peligrosos del arma.

—¿Dos? —preguntó Fargo—. Me parece que su único peligro es la facultad de bloquear las capacidades de los robots.

—Hay un peligro para el ser biológico que la empuña —continuó Rembrandt—. No se trata de la sensación de poder que experimentó Jeff, porque cualquier artista también la siente cuando utiliza sus instrumentos. Creo que mi abuelo se deshizo de ella porque incrementa la capacidad del usuario de crear a partir de las emociones.

—Ya comprendo —dijo Jeff—. Si la emoción no es buena, la obra de arte puede resultar perjudicial.

—O mucho peor —dijo el Otro—. El artista que la posea, sólo debería utilizarla después de que un proceso de meditación profunda le preparara mentalmente para ello.

—Todo esto me ocasiona escalofríos —declaró Jeff—. Quizá sea mejor que la energía del arma se haya agotado. Con la angustia que tengo, podía haber dañado mucho más a Norby.

—Vete a dormir —recomendó Fargo—. Por la mañana intentaremos recargar esta condenada arma para ayudar a Norby.

—Pero Rembrandt nos ha explicado que es peligrosa…

—A callar y a dormir, jovencito. Rembrandt, tengo un vídeocubo de las pinturas del ser humano que lleva tu nombre. ¿Quieres verlas?

—Mucho, pero llévate tu animalito. Se ha dormido y debe soñar que atrapa algún bicho enemigo. Me está clavando las uñas en las extremidades inferiores.

Jeff se acostó seguro de que no podría dormir. De repente, oyó unos sones metálicos que procedían del tejado. Eran Lizzie y el Mentor Primero que cantaban a dúo una canción muy poco recomendable, sin duda enseñada por aquélla. Finalmente, se les sumó una tercera voz ligeramente desentonada. Sólo podía ser la de Norby. «Es feliz con ellos —pensó Jeff—. Se irá a vivir a Jamia, sin mí».

De repente se sintió rabioso y abandonado, casi de la misma manera que se había sentido Merlina Mynn.

—No me gusta —susurró—. Dejaré que Norby se vaya si es lo mejor para él.

Y después de adoptar esta decisión, no le resultó nada difícil dormirse.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Rembrandt y Jeff subieron al tejado. Fargo insistió tanto en que también quería subir que el Mentor Primero tuvo que cargar con él, botas incluidas. Se instalaron en la sala de control de la nave jamina para discutir la situación.

—No tiene nada donde enchufarla —dijo Jeff examinando el arma-pincel que estaba encima del tablero de control—. ¿Cómo podremos recargarla en el supuesto de que sea eso lo que hay que hacer?

El Mentor Primero la cogió.

—En el extremo hay un agujerito mínimo. Quizá podríamos insertar un alambre fino para canalizar la electricidad o lo que sea que tenga en su interior.

—Pero ¿qué clase de electricidad? —objetó Norby—. ¿Continua, alterna? ¿Y de qué intensidad?

—No podemos saberlo —manifestó Rembrandt—. Tendremos que hacer varios experimentos arriesgándonos a dañarla irreparablemente.

—¡MacGillicuddy no lo hizo! —exclamó Jeff mientras engullía saliva y todo el mundo le miraba como si se hubiera vuelto loco—. Quiero decir que Mac debió usarla bastante, primero con Norby, después probablemente en otros robots que no sabemos y, más tarde, con Lizzie para mejorar su cerebro. También creó el retrato de su hija, a lo mejor después de varias pruebas.

—En otras palabras —dijo Fargo—, que Mac debió agotar su energía y aprendió a recargarla.

—Puede haber tenido una carga considerable y quizás ésta sea la primera vez que se le ha agotado —manifestó el Mentor Primero.

—Quizá no —objetó Jeff—. Admitamos que a Mac se le agotó e imaginemos cómo lo hizo para recargarla.

—En la actualidad, todas las naves terrícolas usan corriente alterna —dijo Fargo—. Ya la tenían en la época en que Mac recorría el sistema solar cargado con el arma y la tela.

—Y aunque la recargara en la Mansión Higgins, allí también hay corriente alterna —recordó Jeff—. ¿Cuál usa esta nave, Mentor Primero?

—Alterna, pero es distinta de la de tu casa.

—Yo puedo regular la intensidad —intervino Lizzie—, pero no puedo cambiarla de continua a alterna. Necesito tiempo para los ajustes…

—Tampoco podrías —objetó el Mentor Primero—. La electricidad de nuestros motores es constante y estándar.

Un manto de desesperación cayó sobre todos, hasta que Jeff dijo:

—De todas maneras hay que probarlo. Enchufémosla.

El Mentor Primero conectó el extremo de un alambre a uno de los terminales de Lizzie y el otro al orificio del arma.

—Adelante, Lizzie.

—No ha ocurrido nada —dijo ésta—. No ha pasado ni una chispa. Probad en los enchufes de casa.

Bajaron todos al apartamento y lo probaron. El arma no funcionó. Jeff incluso lo intentó con el robot de mantenimiento de la casa.

Volvieron en grupo a la nave jamina por si Lizzie tenía alguna otra idea.

—No. Ojalá Mac estuviera aquí. Él lo sabría. Siempre jugaba con instrumentos electrónicos y compraba equipos para los trenes de juguete que Horace tenía cuando era pequeño.

El Mentor Primero abrió un compartimento de la sección media de su cuerpo y extrajo del mismo los transistores y el transformador que Horace le había dado.

—¿Equipo como éste?

—Sí —dijo Lizzie—. Mac me llamaba continuamente para ir a las tiendas a comprar cosas parecidas. Quería mucho a sus nietos, en especial a Horace que era bastante mayor que Hedy.

Fargo cogió el transformador y se echó a reír.

—¿No sería curioso que un trasto como éste que hasta un niño lo puede construir, nos sirviera para adecuar la corriente al arma?

—Probemos —declaró Jeff.

El Mentor Primero y Fargo se afanaron con los alambres y las clavijas hasta que Lizzie dijo:

—Bien, chicos, voy a probar.

Pasaron unos largos cinco minutos hasta que Jeff no pudo resistir más la espera.

—¿Qué ocurre, Lizzie? ¿Hay alguna esperanza de recargar el arma?

—Oh, lo está haciendo. Simple como el día, Jeff Wells, señor. Ya está. Pruébala.

Jeff la cogió y se quedó helado de terror. Se sintió como si empuñara un arma de verdad, no un instrumento de artista para canalizar la energía de los pensamientos y las emociones en la creación de algo útil y hermoso.

—No puedo. Tengo miedo.

Rembrandt le tocó el hombro.

—Tú y Norby debéis quedaros solos. Nosotros permaneceremos aquí con Lizzie. Bajad a casa.

En la sala de los Wells, Norby se sentó en el sofá mientras Ula se tumbaba en el suelo, al lado de la silla de Jeff, rumiando ligeramente mientras digería su ración diaria de verduras frescas.

—Adelante, Jeff. Confío en ti.

—Pero yo no confío en mí mismo. No me siento seguro.

—Eres mi propietario y mi amigo. He decidido quedarme contigo aunque no logres desbloquear mis capacidades.

—¿De verdad, Norby? ¡Caramba! ¡Esto sí que es maravilloso!

Jeff cerró los ojos y se concentró en Norby, en un robot en forma de bidón pero, a la vez, un compañero prodigioso, capaz de llevar a su propietario a través del hiperespacio a los lugares más alejados del universo, con quien podía unir su mente para compartir los pensamientos…

Con el arma empuñada y perdido en una sensación de poder creativo, Jeff sintió que se convertía en una unidad con Norby, con su imagen de Norby. Sonrió, abrió los ojos y apretó el disparador.

# 17. Marcha de la Tierra

—ADIÓS, Rembrandt —dijo Jeff—. Estoy contento de que te hayas decidido a llevarte el arma. Eres el mejor artista que conozco y si hay alguien que la pueda usar, eres tú.

—En primer lugar, mi gente ha de inventar una superficie como la tela hallada por MacGillicuddy. Creo que será más fácil que intentar crear el arma. Gracias a ti y a Norby ya no la temo porque he visto que incluso un instrumento peligroso puede utilizarse adecuadamente si se hace con amor.

—Espero que vuelvas a la Tierra y permanezcas más tiempo con nosotros. Hay muchas cosas que a Norby y a mí nos gustaría enseñarte.

—Cuando vuelva, quizá traiga una nueva pintura para *enseñarte yo*.

Jeff volvió a la nave jamina a través de la portilla a tiempo de oír a Lizzie que decía:

—Jeff Wells, señor, ¿hemos de ir a Jamia a dejar al Mentor Primero?

—Y a ti, Lizzie. Ahora formas parte de esta nave, ¿recuerdas?

—He estado hablando con Norby. En realidad, yo quisiera ser de nuevo un taxi. Todos estos viajes por el espacio y el hiperespacio me hacen añorar la Tierra y el viejo Manhattan. Además, echo de menos a la familia Higgins.

—Creo que podremos remediarlo —declaró Jeff.

En la habitación de la Academia Espacial reinaba el silencio. Jeff preparaba en el ordenador su próximo examen mientras Norby runruneaba, flotando de un teclado a otro.

El robot soltó unas risitas.

—¡Esto será magnífico! Mi novela rebosará de humor y de emocionantes relaciones interpersonales. ¡La de Fargo no tendrá ni punto de comparación!

—Me parece muy bien que hayas renunciado a escribir la biografía de MacGillicuddy —declaró Jeff.

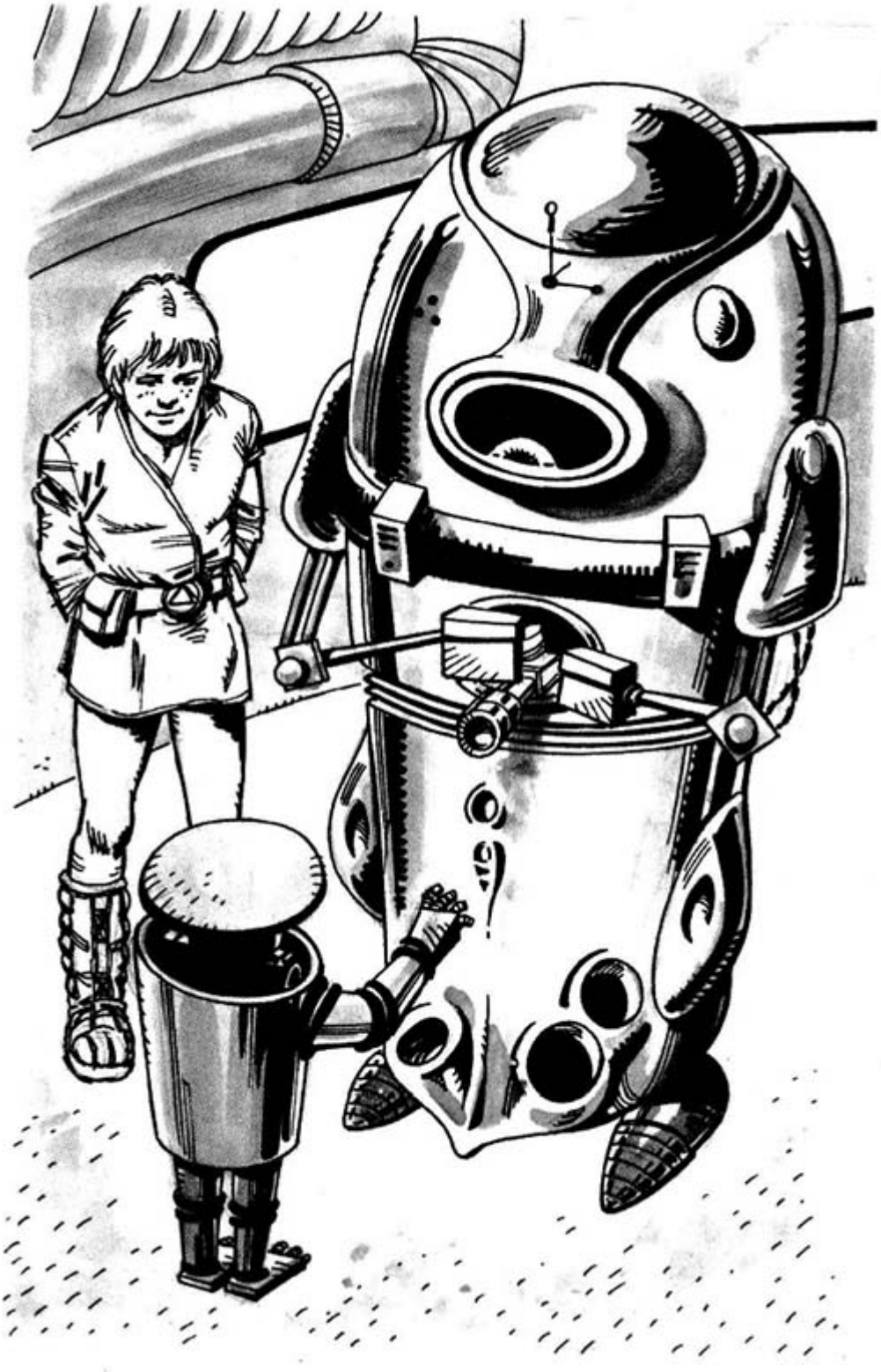
—Sin duda sería la más vendida del año, pero arruinaría nuestra privacidad, especialmente la mía. —El par de ojos traseros de Norby parpadearon en dirección a su dueño—. Me gusta estar en la Tierra, pero donde realmente me siento bien es aquí en la Academia Espacial.

—A mí también me gusta —afirmó Jeff—. No soy más que otro cadete cualquiera, tú eres mi robot-maestro y puedo estudiar en paz y tranquil…

Las ecuaciones de la pantalla del ordenador de Jeff desaparecieron y fueron sustituidas por el rostro del almirante Yobo cuyo entrecejo fruncido era más profundo y fiero que de ordinario.

—¡Los cadetes no tienen permiso para hacer hiperllamadas a menos que se trate de una emergencia! ¡Y mucho menos cargarlas a *mi* cuenta personal!

—Pero yo no…



—Almirante —interrumpió Norby—, voy un poco corto de fondos y creí que no le importaría si hablaba con un inválido.

—¿Fargo ha tenido algún otro accidente?

—No. Casi ya está recuperado del último.

—Entonces, ¿por qué…? —la cabeza del almirante giró hacia atrás—. ¿Cómo? Oh, de acuerdo. Acepto el cobro. Norby, ahí viene tu llamada. Es Fargo. ¡Pero que no se repita, de lo contrario haré desaparecer tu terminal, sea lo que sea eso que dices que estás escribiendo!

La cara del almirante desapareció y fue sustituida por la sonriente de Fargo.

—Como me imagino que estaréis deseosos de oír las últimas noticias, aquí tenéis a vuestro informador terrícola con las más recientes. Los planes de boda van viento en popa. Tú llevarás el sombrero del novio, Norby. Merlina se ha encargado todo un vestuario nuevo sin dificultades para pagarlo ya que es la estrella de la nueva serie de televisión. También gana suficiente dinero para poder comprar una nueva Lizzie, de manera que el resto de los diamantes de Rembrandt servirán para tu educación, Jeff. Vamos a ver… ¿No he olvidado nada? Oh, sí. Me he liberado de mis botas, mis tobillos están perfectamente y tan atractivos como siempre, según dice mi hermosa Albany.

—Pero ¿y el monumento a Mac? —protestó Norby—. ¡Te encargué que se lo pidieras a Leo!

—Mi futuro suegro dice que el Parque Central pronto contará con una estatua de su futuro abuelo político.

—Ya era hora —declaró Norby.

—Y la estatua llevará un bidón plateado con una tapa. Probablemente este detalle causará cierta confusión entre los espectadores…

—Eso sí que será un «verdadero» monumento a Mac —manifestó complacido Norby—. Pero… ¿cómo mantendremos alejadas las palomas de *mi* estatua?

FIN



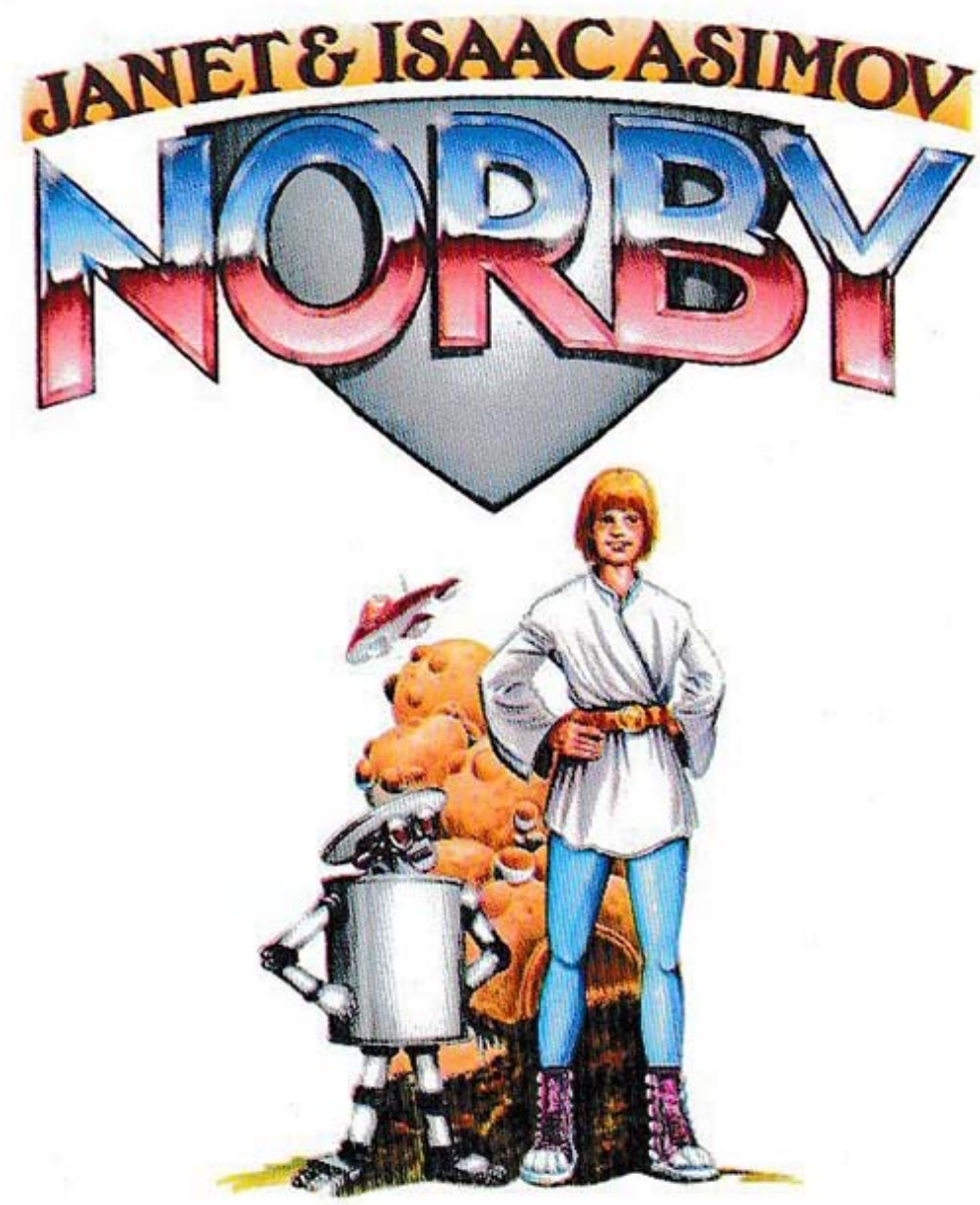
JANET ASIMOV (nombre de soltera, Janet Opal Jeppson) (Ashland, Pensilvania 1926 - Nueva York, 2019), fue una escritora estadounidense de ciencia ficción y psicoanalista. Janet Asimov comenzó escribiendo libros de ciencia ficción para niños bajo el seudónimo J O Jeppson en los años 1970. Estuvo casada con Isaac Asimov de 1973 hasta la muerte de éste en 1992, y colaboraron en varios libros de ciencia ficción enfocados a lectores jóvenes, incluyendo la serie «Norby». También se hizo cargo de algunas columnas que Asimov publicaba en algunos periódicos. Humanista, liberal y activista por los derechos de los animales.

Janet Asimov se graduó en Artes en la Universidad de Stanford, habiendo comenzado sus estudios universitarios en Wellesley College, y se graduó como Doctora en Medicina en la Escuela Médica de la Universidad de Nueva York.

Trabajó como psicoanalista desde el año 1986 y se convirtió en una escritora publicada en el año 1996 con un cuento de misterio publicado en *The Saint Mistery Magazine*. De acuerdo al propio Isaac Asimov, los libros en los que escribieron juntos son 90% de Janet, pero aparecían con el nombre de él por pedido del editor.

ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de

1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica. La obra más famosa de Asimov es *la Saga de la Fundación*, también conocida como *Trilogía o Ciclo de Tránto*r, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación. Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.




JANET E ISAAC ASIMOV formaron equipo en 1973 al contraer matrimonio, pero sólo habían colaborado en una antología de historietas y cómics de ciencia-ficción. La señora Asimov, conocida profesionalmente como la Doctora Janet Jeppson, se graduó en la Universidad de Stanford y recibió su doctorado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York. Actualmente trabaja en el Instituto de Psicoanálisis William Alanson White, donde es profesora y supervisora. Es también autora de dos novelas, así como de numerosos artículos y narraciones cortas.

Isaac Asimov empezó a interesarse por la ciencia-ficción a los nueve años de edad y se apasionó por este género a través de los años. Ya ha escrito más de 270 libros que cubren todas la ramas de la ciencia, entre los que destacan la serie Cómo descubrimos… (Ed. Molino), la serie sobre *La Fundación* (Plaza y Janés) y sus libros sobre robots que comenzó con *Yo Robot* (Edhasa). La serie Norby es la primera colaboración de este equipo de marido y mujer.